

VII. Sobre la psicología de los procesos oníricos¹

Entre los sueños de que he tomado conocimiento por comunicación de otras personas, hay uno que tiene un mérito particular para que lo consideremos ahora. Me fue contado por una paciente que a su vez lo escuchó en una conferencia sobre el sueño; su verdadera fuente sigue siendo desconocida para mí. Pero a esa dama le impresionó su contenido, pues no tardó en «resoñarlo», vale decir, en repetir elementos del sueño en un sueño propio a fin de expresar, mediante esa transferencia, una concordancia en un punto determinado.

Las condiciones previas de este sueño paradigmático son las siguientes: Un padre asistió noche y día a su hijo mortalmente enfermo. Fallecido el niño, se retiró a una habitación vecina con el propósito de descansar, pero dejó la puerta abierta a fin de poder ver desde su dormitorio la habitación donde yacía el cuerpo de su hijo, rodeado de velones. Un anciano a quien se le encargó montar vigilancia se sentó próximo al cadáver, murmurando oraciones. Luego de dormir algunas horas, el padre sueña que *su hijo está de pie junto a su cama, le toma el brazo y le susurra este reproche: «Padre, ¿entonces no ves que me abraso?»*. Despierta, observa un fuerte resplandor que viene de la habitación vecina, se precipita hasta allí y encuentra al anciano guardián adormecido, y la mortaja y un brazo del cadáver querido quemados por una vela que le había caído encima encendida.

La explicación de este tocante sueño es bien simple y, según me cuenta mi paciente, la proporcionó correctamente quien le informó acerca de él. El fuerte resplandor dio sobre los ojos del durmiente a través de la puerta que él había dejado abierta, y le sugirió la misma conclusión que habría extraído en la vigilia: una vela volcada había provocado un incendio cerca del cadáver. Y aun quizás el pa-

¹ [Las primeras cartas de Freud a Wilhelm Fliess (Freud; 1950a) arrojan alguna luz acerca de las dificultades que presentan las últimas secciones de este capítulo. Véase mi «Introducción», *supra*, 4, págs. 8 y sigs.]

dre se fue a dormir con la preocupación de que el viejo guardián no fuera capaz de desempeñar bien su cometido.

Nada que modificar encontramos en esta interpretación, excepto que agregaríamos este requisito: el contenido del sueño debió estar sobredeterminado, y el dicho del niño hubo de componerse de dichos realmente pronunciados en la vida y enlazados con sucesos importantes para el padre. Quizá la queja «*Me abraso*» fue expresada por el niño en medio de la fiebre que lo llevó a la muerte, y las palabras «*Padre, ¿entonces no ves?*» proceden de otra oportunidad que no conocemos pero que fue rica en afectos.

Ahora bien, después que hemos reconocido al sueño como un producto provisto de sentido que puede insertarse en la trama del acontecer psíquico, nos maravillará naturalmente que en tales circunstancias sobreviniese un sueño, cuando lo indicado era el más brusco despertar. Pero debemos reparar en que este sueño tampoco escapa a un cumplimiento de deseo. En él, el niño se comporta como si estuviera vivo, él mismo da aviso al padre, se llega hasta su cama y le toma de un brazo, como probablemente lo hizo en aquel recuerdo del cual el sueño recogió el primer fragmento del dicho del niño. Y en virtud de ese cumplimiento de deseo, precisamente, prolongó el padre por un momento su dormir. El sueño prevaleció sobre la reflexión de vigilia porque pudo mostrar al niño otra vez con vida. Si el padre se hubiera despertado enseguida, extrayendo la conclusión que lo llevó a la cámara mortuoria, habría abreviado la vida del niño, digámoslo así, por ese breve lapso.

Es bien patente la peculiaridad por la cual este breve sueño cautiva nuestro interés. Hasta ahora nos empeñamos sobre todo en averiguar aquello en que consiste el sentido secreto de los sueños, el camino por el cual lo hallaríamos y los medios de que se ha servido el trabajo del sueño para ocultarlo. En el centro de nuestro campo visual estuvieron hasta este momento las tareas de la interpretación de los sueños. Y ahora tropezamos con este sueño que no plantea tarea alguna a la interpretación, cuyo sentido está dado sin disfraz, y paramos mientes en que, sin embargo, conserva los caracteres esenciales por los cuales los sueños se apartan llamativamente de nuestro pensamiento de vigilia y engendran en nosotros la necesidad de explicarlos. Sólo después de despachado todo lo que atañe al trabajo de la interpretación podemos advertir cuán incompleta ha quedado nuestra psicología del sueño.

Pero antes de encaminar nuestros pensamientos por este nuevo sendero queremos hacer un alto y repasar el trayecto

recorrido, para ver si en nuestro viaje hasta aquí no hemos omitido nada importante. Es que debemos tener bien en claro que el tramo cómodo y agradable queda atrás. Si no estoy muy equivocado, por todos los caminos que hasta ahora emprendimos llegamos a la luz, al esclarecimiento y a la comprensión plena; a partir de este momento, en que pretendemos penetrar más a fondo en los procesos anímicos envueltos en los sueños, todas las sendas desembocan en la oscuridad. Tropezamos con la imposibilidad de *esclarecer* al sueño como hecho psíquico, pues explicar significa reconducir a lo conocido, y por ahora no existe ningún conocimiento psicológico al que pudiéramos subordinar lo que cabe discernir en calidad de principio explicativo a partir del examen psicológico de los sueños. Por lo contrario, nos veremos precisados a estatuir una serie de nuevos supuestos que rocen mediante conjeturas el edificio del aparato psíquico y el juego de las fuerzas que en él actúan; y deberemos tener el cuidado de no devanarlos mucho más allá de su primera articulación lógica, pues de lo contrario su valor se perdería en lo indeterminable. Aun cuando no cometiésemos error alguno en el razonamiento y tomásemos en cuenta todas las posibilidades que se siguen lógicamente, la probable imperfección en el planteo de los elementos amenaza hacernos equivocar por completo los cálculos. No puede obtenerse, o al menos no puede fundamentarse, una inferencia acerca de la construcción y del modo de trabajo del instrumento anímico por medio de la indagación del sueño o de cualquier otra operación tomada *aisladamente*, por cuidadosa que ella sea; para este fin deberá conjugarse lo que el estudio comparativo de toda una serie de operaciones psíquicas arroje como elementos de constancia necesaria. Entonces, los supuestos psicológicos que extraemos del análisis de los procesos oníricos deberán aguardar en una estación de empalme, por así decir, hasta que puedan acoplarse a los resultados de otras investigaciones que se empeñan en atacar el núcleo del mismo problema desde otros puntos de abordaje.

A. El olvido de los sueños

Opino, por tanto, que antes hemos de volvernos a un tema del que se desprende una objeción que hasta aquí no consideramos, pero capaz de dar por tierra con nuestros esfuerzos en torno de la interpretación de los sueños. Más de un autor nos ha hecho presente que en verdad no conocemos al sueño que pretendemos interpretar; más correctamente: que no tenemos certidumbre alguna de conocerlo tal como en realidad fue (cf. [4] págs. 70 y sigs.).

Lo que recordamos del sueño y sobre lo cual ejercemos nuestras artes interpretativas está, en primer lugar, mutilado por la infidelidad de nuestra memoria, que parece sumamente incapaz de conservar al sueño y quizás ha perdido justamente el fragmento más significativo de su contenido. Y en efecto, hartas veces, cuando queremos prestar atención a nuestros sueños, tenemos motivo para quejarnos de que soñamos mucho más y por desgracia no sabemos sino este único jirón, y aun su recuerdo se nos antoja verdaderamente inseguro. En segundo lugar, empero, todo nos dice que nuestro recuerdo del sueño no es sólo lagunoso, sino que lo refleja de manera infiel y falseada. Así como, por una parte, puede ponerse en duda que lo soñado fuera en realidad tan incoherente y nebuloso como lo conservamos en la memoria, puede dudarse también, por la otra, de que un sueño haya sido tan coherente como lo contamos, y de que en el intento de reproducirlo no hayamos llenado con material nuevo, escogido al acaso, lagunas inexistentes o creadas por el olvido; en fin, de que no embellezcamos, redondeemos o rectifiquemos el sueño de modo tal que se vuelva imposible todo juicio sobre su contenido efectivo. Y hasta hemos encontrado, en un autor (Spitta [1882, pág. 338]),¹ la conjetura de que todo lo que es en el sueño orden y trabazón sólo se introdujo en él a raíz del intento de evocarlo.² Así corremos el riesgo de que se nos escape de las manos el objeto mismo cuyo valor nos hemos empeñado en determinar.

Hemos desoído estas advertencias en las interpretaciones de sueños que nos ocuparon hasta aquí. Por lo contrario, aun los elementos más ínfimos e inciertos y menos destacados del contenido del sueño nos dieron un acicate tanto o más perceptible para interpretarlos que los elementos conservados con mayor nitidez y certidumbre. En el sueño de

¹ [Agregado al texto en 1914 y trasferido a nota en 1930:] También en Foucault [1906, págs. 141-2] y Tannery [1898].

² [Cf. *supra*, 4, pág. 71.]

la inyección de Irma se dice: «*Aprisa* llamo al doctor M.»,³ y entonces supusimos que ese agregado no habría llegado al sueño si no admitiese una derivación particular. Así dimos con la historia de aquella desdichada paciente a cuyo lecho de enferma llamé *aprisa*, para una consulta, a mi colega mayor que yo. En el sueño en apariencia absurdo que trata como *quantité négligeable* la diferencia entre cincuenta y uno y cincuenta y seis, la cifra de cincuenta y uno se mencionaba varias veces [cf. págs. 434 y sigs.]. En vez de considerar esto trivial o indiferente, inferimos desde allí la existencia de una segunda ilación de pensamientos en el contenido latente del sueño, que llevaría a la cifra de cincuenta y uno; y ese rastro, que seguimos persiguiendo, nos llevó a aprehensiones que veían en la edad de cincuenta y un años un límite de la vida, en total oposición a un itinerario de pensamiento, dominante, que alardeaba presuntuoso de una larga vida. En el sueño «*Non vixit*» [págs. 422 y sigs.] había una intercalación poco destacada, que yo al comienzo descuidé; era el pasaje: «*Como P. no le entiende, Fl. se vuelve, etc.*». Cuando después la interpretación quedó atascada, retomé esas palabras y desde ellas reencontré el camino hacia la fantasía infantil que en los pensamientos del sueño se presentaba como punto nodal intermediario. [Cf. pág. 480.] Esto aconteció por medio de los versos del poeta:

«Rara vez me *comprendieron*
y pocas los comprendí a ustedes,
sólo cuando nos encontramos en la *mierda*
nos comprendimos al instante».⁴

En todo análisis podrían documentarse ejemplos de que precisamente los rasgos más ínfimos del sueño son indispensables para la interpretación, y podría mostrarse cómo se demora la culminación de la tarea cuando se tarda en prestarles atención. El mismo aprecio tuvimos en la interpretación de los sueños por cada uno de los matices de la expresión lingüística en que el sueño se nos presentaba; y hasta cuando se nos ofreció un texto disparatado o incompleto, como si hubiera fracasado el empeño de traducir el sueño a la versión correcta, también esta falla de la expresión fue respetada por nosotros. En resumen, tratamos como a un texto sagrado lo que en opinión de otros autores no sería sino una improvisación arbitraria, recompuesta a toda prisa en el

³ [Cf. *supra*, 4, págs. 132-3.]

⁴ [Heine, *Buch der Lieder*, «Die Heimkehr», LXXVIII.]

aprieto del momento. Esta contradicción requiere ser esclarecida.

Dicho esclarecimiento se pronuncia en favor nuestro, sin por eso invalidar la opinión de otros autores. Desde el punto de vista de lo que acabamos de conocer sobre la génesis del sueño, esas contradicciones armonizan por completo. Es cierto que desfiguramos el sueño en el intento de reproducirlo; reencontramos en esto lo que caracterizamos como la elaboración secundaria del sueño por parte de la instancia del pensamiento normal, que a menudo incurre en un malentendido sobre aquel. [Cf. págs. 485 y sigs.] Pero tal desfiguración no es, a su vez, sino un fragmento de la elaboración a que son sometidos regularmente los pensamientos oníricos a consecuencia de la censura del sueño. Otros autores han entrevisto o han notado aquí el fragmento de la desfiguración del sueño que trabaja de manera ostensible; a nosotros nos afecta menos, pues sabemos que un trabajo de desfiguración mucho más extenso y difícil de asir se ensañó con el sueño ya desde los pensamientos oníricos escondidos. Los autores sólo yerran en esto: juzgan arbitraria la modificación del sueño en el recuerdo que de él nos queda y en su versión en palabras; por tanto, no creen que se la pueda resolver más, y la consideran capaz de extraviarnos en el conocimiento del sueño.⁵ Subestiman el determinismo {*Determinierung*} dentro de lo psíquico. No hay allí nada de arbitrario. Puede demostrarse con total generalidad que un segundo itinerario de pensamiento toma sobre sí el comando {*Bestimmung*} del elemento que el primero dejó no comandado. Yo pretendo, por ejemplo, que se me ocurra un número al azar; no es posible: el número que se me ocurre está comandado de manera unívoca y necesaria por pensamientos que hay en mí, aunque estén alejados de mi designio del momento.⁶ De igual modo, tampoco son arbitrarias las alteraciones que el sueño experimenta en la redacción {*Redaktion*} de vigilia. Mantienen enlace asociativo con el contenido en cuyo lugar se ponen, y nos sirven para indicarnos el camino hacia ese contenido que, a su vez, puede ser el sustituto de otro.

⁵ [Al final de su artículo sobre «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis» (1911e), Freud examina un malentendido de signo inverso sobre la importancia del «texto» en los sueños.]

⁶ [Nota agregada en 1909:] Véase mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b) [capítulo XII(A), ejemplos n.ºs. 2 a 7 (AE, 6, págs. 236-45)]. — El ejemplo n.º 2 alude a una carta escrita por Freud a Fliess el 27 de agosto de 1899 (Freud, 1950a, Carta 116), mientras corregía las pruebas de imprenta de la presente obra, carta en la cual profetizaba que el libro contendría 2.467 erratas (cf. *infra*, pág. 525, n. 36).]

En los análisis de sueños con pacientes, suelo someter esta aseveración al siguiente examen, y nunca falla: Cuando a primera vista el informe de un sueño me parece de difícil comprensión, ruego al que me lo cuenta que lo repita. Es raro que lo haga con idénticas palabras. Ahora bien, los lugares en que él modificó la expresión, que me dan a conocer los puntos débiles del disfraz del sueño, me sirven como a Hagen la señal bordada en el vestido de Sigfrido.⁷ Por ahí puede comenzar la interpretación del sueño. Mi exhortación alertó al informante de que yo tenía el propósito de empeñarme particularmente en la solución del sueño; y rápidamente protegió, bajo el esfuerzo {*Drang*} de la resistencia, los puntos débiles del disfraz del sueño, sustituyendo una expresión reveladora por otra más remota. Así llama mi atención sobre la expresión abandonada. El empeño que se pone en impedir la solución del sueño me habilita a inferir la preocupación que urdió al sueño su vestidura.

Menos razón llevan los autores cuando conceden tanto espacio a la duda que suscita en nuestro juicio el relato del sueño. En efecto, esta duda carece de una justificación intelectual; nuestra memoria, en general, no conoce garantías ningunas, y así y todo nos vemos precisados a dar fe a sus indicaciones mucho más que lo justificado objetivamente. La duda sobre el reflejo* correcto del sueño o de datos singulares de él no es, de nuevo, sino un retoño de la censura onírica, de la resistencia a la irrupción de los pensamientos oníricos en la conciencia.⁸ Esta resistencia no se ha agotado ni siquiera con los desplazamientos y las sustituciones que impuso, y entonces todavía se adhiere como duda a lo ya filtrado. Erramos sobre la índole de esta duda tanto más fácilmente cuanto que se vale de la precaución de no atacar nunca los elementos intensos del sueño, sino sólo los débiles y no nítidos. Pero ahora ya sabemos que entre pensamientos oníricos y sueño sobrevino una total subversión de los va-

⁷ [Sólo había un punto en el cuerpo de Sigfrido donde este podía ser herido. Mediante una treta, Hagen convenció a Crimilda, la única que sabía cuál era, de que bordara una pequeña cruz en la capa de Sigfrido, en ese punto vital. Allí lo apuñaló luego. (*Nibelungos*, XV y XVI.)]

* {«*Wiedergabe*»; todo el pasaje parece dominado por la idea de las «transcripciones» en distintos lugares del aparato psíquico, tal como Freud la examinó después en «Lo inconciente» (1915e) y como la había desarrollado en las cartas a Fliess (1950a). Véase dos párrafos antes el término «*Redaktion*».

⁸ [Sobre el mismo mecanismo de duda en casos de histeria, véase el historial clínico de «Dora» (Freud, 1905e), AE, 7, pág. 17.]

lores psíquicos. La desfiguración sólo fue posible por sustracción de valor; por regla general se exterioriza en esta operación y a veces se contenta con ella. Y cuando a un elemento desdibujado del contenido onírico se le agrega encima la duda, podemos nosotros, siguiendo ese indicio, reconocerlo como un retoño más directo de uno de los pensamientos oníricos proscritos. Es como después de una gran revolución en una de las repúblicas de la Antigüedad o del Renacimiento. Las familias antes nobles y poderosas son ahora desterradas, y todos los altos cargos se ocupan con recién llegados; en la ciudad únicamente se tolera a miembros por entero empobrecidos y carentes de poder, o a dependientes de los destronados que se han distanciado de estos. Pero tampoco ellos gozan en plenitud de los derechos civiles, se los vigila con desconfianza. En lugar de la desconfianza del ejemplo, en nuestro caso aparece la duda. Por eso en el análisis de un sueño exijo que se abandone toda la escala de apreciaciones de la certidumbre, y a la más leve posibilidad de que algo haya ocurrido en el sueño de tal o cual suerte la trato como una certeza plena. Quien no renuncie a este miramiento {por la certidumbre} en la persecución de uno de los elementos del sueño se atascará en el análisis hasta que se decida a hacerlo. El menosprecio por el elemento en cuestión tiene, en el analizado, este efecto psíquico: no logra que se le ocurra nada de las representaciones involuntarias que se ocultan tras él. En verdad, tal efecto no es cosa trivial; no sería disparatado imaginar que alguien dijese: «No estoy seguro de si esto o aquello estaba contenido en el sueño, pero sobre ello se me ocurre lo siguiente». Nunca se dice eso, y precisamente este efecto de la duda, perturbador del análisis, permite desenmascararla como un retoño y como un instrumento de la resistencia psíquica. El psicoanálisis es desconfiado, y con razón. Una de sus reglas reza: *Todo lo que perturba la prosecución del trabajo [analítico] es una resistencia.*⁹

⁹ [Nota agregada en 1925:] La tesis tan perentoriamente formulada aquí, «Todo lo que perturba la prosecución del trabajo es una resistencia», podría dar origen con facilidad a un malentendido. Desde luego, sólo tiene el valor de una regla técnica, de una advertencia para el analista. No debe dudarse de que durante un análisis pueden producirse diversos hechos ajenos a la intención del analizado. Puede morir el padre del paciente sin que él lo haya matado, también puede estallar una guerra que ponga fin al análisis. Pero tras la manifiesta exageración de esa tesis se esconde un sentido novedoso y correcto. Por más que el suceso perturbador sea real e independiente del paciente, a menudo depende de este el grado de perturbación a que da lugar, y la resistencia se evidencia inequívocamente en el pronto y desmedido aprovechamiento de una oportunidad tal.

También el olvido de los sueños sigue careciendo de explicación mientras no se recurra al poder de la censura psíquica. La sensación de que una noche hemos soñado mucho y de eso retenemos muy poco puede tener en numerosos casos otro sentido: quizá toda la noche se sintió activo al trabajo del sueño y sólo dejó tras sí un sueño breve.¹⁰ Por otra parte, es indudable que el sueño se va olvidando cada vez más después de despertar. Y a menudo se lo olvida a pesar de los penosos empeños por retenerlo. Pero, a mi juicio, así como por lo general se sobrestima el alcance de este olvido, se sobrestiman también los perjuicios que trae para el conocimiento del sueño su carácter lagunoso. Todo lo que el olvido carcomió en el contenido del sueño a menudo puede ser rescatado por el análisis; al menos en toda una serie de casos es posible, desde un solo jirón que quedó en pie, descubrir, no por cierto el sueño —pero ello nada importa—, sino los pensamientos oníricos. En el análisis se requiere un gasto mayor de atención y de empeño por vencerse a sí mismo; esto es todo, pero muestra también que en el olvido del sueño no ha faltado un propósito (*Absicht*) hostil [vale decir, generado por la resistencia].¹¹

¹⁰ [Cf. *supra*, págs. 486, y 4, págs. 287-8, e *infra*, pág. 567.]

¹¹ [Nota agregada en 1919:] De mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17) [*AE*, 15, pág. 108], puedo citar el siguiente ejemplo acerca del significado de la duda y la incertidumbre en el sueño, con la simultánea contracción del contenido del sueño a un único elemento; no obstante estas características, su análisis se obtuvo tras breve lapso:

«Una paciente escéptica tiene un sueño más largo, en que sucede que ciertas personas le cuentan algo sobre mi libro consagrado al “chiste” [1905c] y lo alaban mucho. Entonces se menciona algo acerca de un “canal”, quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal... ella no sabe... es totalmente oscuro.

»Sin duda, ustedes se inclinarán a creer que el elemento “canal” se quiere sustraer de la interpretación, puesto que es tan impreciso. Aciertan al conjeturar esa dificultad, pero el elemento no es difícil porque sea desdibujado, sino que es desdibujado por otra razón, la misma que nos dificulta la interpretación. A la soñante no se le ocurre nada sobre “canal”; yo, desde luego, tampoco sé decir nada. Tiempo después, en verdad al día siguiente, cuenta que se le ha ocurrido aquello a lo cual quizá corresponda, a saber, un chiste que ha oído contar. En un barco que navega entre Dover y Calais conversa un conocido escritor con un inglés, quien en cierto contexto cita el dicho “*Du sublime au ridicule il n’y a qu’un pas*” {“De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso”}. Y el escritor responde: “*Oui, le Pas de Calais*” {“Sí, el Paso de Calais”}, con lo que quiere decir que encuentra a Francia sublime y a Inglaterra ridícula. Ahora bien, el *Pas de Calais* es justamente un canal, el Canal de la Mancha. [En realidad, el Paso de Calais está en un extremo del Canal de la Mancha.] ¿Si yo creo que esta ocurrencia tiene algo que ver con el sueño? Por cierto que sí; opino que da realmente la solución del

Una prueba convincente de la naturaleza **tendenciosa**,* al servicio de la resistencia, del olvido del sueño¹² nos la proporciona, en los análisis, la apreciación de uno de los grados previos del olvido. No es raro que en mitad del trabajo interpretativo emerja repentinamente un fragmento omitido del sueño, al que se define como olvidado hasta ese momento. Ahora bien, esta parte del sueño arrancada al olvido es en todos los casos la más importante; lleva por el camino más corto a la solución del sueño y por eso fue la más sometida a la resistencia. Entre los ejemplos de sueños que he diseminado en el marco de este tratado, hay uno en que intercalé de ese modo, con posterioridad, un fragmento del contenido.¹³ Me refiero al sueño en que me vengo de dos nada amables compañeros de viaje, y que a causa de su contenido groseramente escabroso dejé casi sin interpretar. [Cf. págs. 453 y sigs.] La parte omitida era esta: *Digo a la pareja de hermanos, a propósito de un libro de Schiller: «It is from . . .», pero me corrijo, reparando yo mismo en el error: «It is by . . .». El hombre observa sobre ello a su hermana: «El lo ha dicho correctamente»*.¹⁴

La autocorrección en el sueño, que a muchos autores les parece tan asombrosa, no merece ocupar nuestra atención.

elemento onírico enigmático. ¿O dudan ustedes de que este chiste preexistía al sueño como lo inconciente del elemento "canal"? ¿Acaso pueden suponer que fue agregado con posterioridad? La ocurrencia, en efecto, atestigua el escepticismo que se oculta en la enferma tras sus insistentes y cargosas manifestaciones de asombro {el asombro de la paciente ante las interpretaciones del analista}, y la resistencia es en verdad el fundamento común de ambas cosas, tanto de su demora en producir la ocurrencia cuanto de que el elemento onírico correspondiente resulte tan impreciso. Miren ustedes aquí por la relación del elemento onírico con su inconciente. Es como un pequeño fragmento de eso inconciente, como una alusión a eso; por su aislamiento se volvió enteramente incomprensible.

* {O sea, que tiene tendencia (*Tendenz*), sentido (*Sinn*), significado (*Bedeutung*), propósito (*Absicht*); véase la última frase del párrafo anterior.}

¹² Acerca del propósito del olvido en general, véase mi pequeño ensayo «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898b), [agregado en 1909:] incluido más tarde [con modificaciones] como primer capítulo de mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b).

¹³ [Se da otro ejemplo en el análisis del segundo sueño de «Dora» (Freud, 1905e), *AE*, 7, pág. 88.]

¹⁴ [Nota agregada en 1914:] Correcciones como estas en el uso de lenguas extranjeras no son raras en los sueños, pero es más frecuente que se las atribuya a personas extrañas. Maury (1878, pág. 143) soñó cierta vez, en la época en que aprendía inglés, que, para decirle a alguien que lo había visitado el día anterior, empleaba estas palabras: «*I called for you yesterday*». Y el otro le replicó, correctamente: «Se dice: "*I called on you yesterday*"».

Prefiero mostrar el modelo, tomado de mi recuerdo, al que obedeció ese error de lenguaje. Tenía yo diecinueve años ¹⁵ y había viajado por primera vez a Inglaterra. Un día me fui a pasear por las playas del Irish Sea. Me entregué desde luego a la búsqueda de los animales marinos que la marea había depositado, y estaba absorbido por una estrella de mar (el sueño empieza con *Hollthurn-holoturias*) cuando una encantadora niña se llegó a mí y me preguntó: «*Is it a starfish? Is it alive?*» {«¿Es una estrella de mar? ¿Está viva?»}. Yo respondí: «*Yes, he is alive*» {«Sí, está viva»}, pero enseguida me avergoncé por la incorrección y repetí la frase correctamente.* Ahora bien, el sueño sustituye ese error idiomático que una vez cometí por otro, en que con facilidad puede caer un alemán. «*Das Buch ist von Schiller*» {«El libro es de Schiller»} no debe traducirse con *from* sino con *by*. Que el trabajo del sueño cumpla esta sustitución porque *from*, por su homofonía con el calificativo alemán *fromm* {pío, inocente, dócil}, posibilita una condensación de largo vuelo, no puede ya maravillarnos después de todo lo que hemos llegado a saber sobre los propósitos del trabajo del sueño y sobre su falta de miramiento en la elección de los medios. Pero, ¿qué significa dentro de la trama del sueño el inofensivo recuerdo de mi paseo por la playa? Ilustra, con el ejemplo más inocente posible, que yo uso el género {«*Geschlechtswort*», «artículo»; literalmente, «palabra del sexo»} equivocadamente, y por tanto pongo lo relativo al género o al sexo {*Geschlechtliche*} donde no corresponde. Esta es, por lo demás, una de las claves para la solución del sueño. Quien haya oído la derivación del título del libro «*Matter and Motion*»¹⁶ (Molière en *Le malade imaginaire*: «*La matière est-elle laudable?*»¹⁷ ... *a motion of the bowels* {un movimiento de los intestinos}) podrá completar con facilidad lo que falta.

Por lo demás, mediante una *demonstratio ad oculos* puedo ahorrarme la prueba de que el olvido del sueño es en buena parte obra de la resistencia. Un paciente cuenta que ha soñado, pero olvidó el sueño sin que quedaran rastros; entonces lo tiene por no ocurrido. Proseguimos el trabajo, yo tropiezo con una resistencia, aclaro algo al enfermo, median-

¹⁵ [En la primera edición (pero no en la reimpresión que se hizo de ella en 1925) decía «diecisiete años». Cf. Jones, 1953, págs. 35-6.]

* {En inglés se emplea habitualmente el pronombre «*it*» para designar un animal.}

¹⁶ [El libro de Maxwell mencionado en el sueño, pág. 454.]

¹⁷ [Antigua fórmula médica para inquirir si una excreción corporal (materia fecal, pus) revela mejoría en el paciente.]

te incitaciones y esfuerzos lo ayudo a reconciliarse con algún pensamiento desagradable, y apenas lo he logrado exclama: «¡Ahora sé de nuevo lo que he soñado!». La misma resistencia que ese día lo perturbó en nuestro trabajo le hizo olvidarse del sueño. Y venciendo esa resistencia yo le hice evocar el sueño en su recuerdo.

De igual modo puede el paciente, llegado a cierto punto del trabajo, acordarse de un sueño que tuvo hace tres, cuatro o más días, y que hasta ese momento había descansado en el olvido.¹⁸

La experiencia psicoanalítica¹⁹ nos ha deparado todavía otra prueba de que el olvido de los sueños depende mucho más de la resistencia que de la ajenidad entre el estado de la vigilia y el del dormir, como creen los autores.²⁰ No es raro en mí y en otros analistas, así como en los pacientes que están bajo este tratamiento, que después de haber sido despertados por un sueño, digamos así, empezamos a interpretarlo inmediatamente y en la plena posesión de nuestra actividad de pensamiento. En tales casos, muchas veces no volvía a dormirme hasta que lograba la total inteligencia del sueño, y con todo eso pudo suceder que ya despierto por la mañana olvidase el trabajo de interpretación tan completamente como al contenido mismo del sueño, aunque yo sabía que había soñado y había interpretado el sueño.²¹ Y era mayor la frecuencia con que el trabajo de interpretación se veía arrastrado al olvido por el sueño, que aquella con que esa actividad mental lograba retener al sueño en la memoria. Ahora bien, entre este trabajo de interpretación y el pensamiento de vigilia no hay ese abismo psíquico por el cual los autores pretenden explicar en forma exclusiva el olvido del sueño. Cuando Morton Prince (1910 [pág. 141]) objeta, en contra de mi explicación del olvido del sueño, que no sería sino un caso especial de amnesia en estados anímicos escindidos (*dissociated states*), y que la imposibilidad de extender mi explicación de esta amnesia especial a otros tipos de amnesia le restaría valor también respecto de su propósito más inmediato, trae a la memoria de los lectores que en sus descripciones de tales estados disociados nunca hizo el intento de hallar la explicación dinámica de

¹⁸ [Nota agregada en 1914:] Ernest Jones ha descrito un caso análogo que se presenta con frecuencia: durante el análisis de un sueño, se recuerda otro que se tuvo la misma noche pero de cuya existencia nada se sabía. [Cf. Jones, 1912b.]

¹⁹ [Este párrafo se agregó en 1911.]

²⁰ [Cf. *supra*, 4, pág. 69.]

²¹ [Véase, con relación a esto, el «Apéndice al análisis del pequeño Hans» (Freud, 1922c).]

estos fenómenos. De haberlo hecho, tendría que descubrir que la represión (o la resistencia engendrada por ella) es la causa tanto de estas escisiones cuanto de la amnesia de su contenido psíquico.

Que los sueños se olvidan tan poco como otros actos anímicos, y que aun respecto de su persistencia en la memoria son comparables sin mengua a las otras operaciones del alma, es lo que me muestra una experiencia que pude hacer a raíz de la redacción de este manuscrito. En mis cuadernos de anotaciones había conservado gran cantidad de sueños propios que, por una razón cualquiera, sólo había interpretado muy incompletamente o ni siquiera lo había hecho. Uno o dos años después intenté interpretar algunos de ellos con el propósito de procurarme material para ilustrar mis tesis. Lo conseguí sin excepción; y hasta diría que habiendo trascurrido tanto tiempo la interpretación fue más fácil que en el momento mismo, cuando los sueños eran aún vivencias frescas. Y como explicación posible apuntaría que desde entonces he superado en mi interioridad muchas resistencias que en aquella época me perturbaban. En tales interpretaciones hechas con posterioridad comparé los pensamientos oníricos que había obtenido entonces con los actuales, casi siempre de mayor riqueza, y reencontré lo antiguo incólume en lo actual. A su tiempo salí del asombro que ello me produjo parando mientes en que desde hacía mucho yo solía, con mis pacientes, interpretar sueños de años anteriores, que me contaban incidentalmente, como si fueran de la noche pasada, y lo hacía con el mismo procedimiento e idéntico éxito. A propósito de los sueños de angustia comunicaré después dos ejemplos de esa interpretación pospuesta de los sueños. [Cf. págs. 574 y sigs.] Cuando emprendí ese intento por primera vez me guiaba la justificada expectativa de que el sueño también en esto habría de comportarse sólo como un síntoma neurótico. En efecto, si yo trato por medio del psicoanálisis a un psiconeurótico, por ejemplo un caso de histeria, debo esclarecer tanto los primeros síntomas de su sufrimiento, hace tiempo superados, cuanto los que todavía hoy subsisten y que le hicieron acudir a mí, y encuentro esa primera tarea más fácil de solucionar que la apremiante hoy. Ya en los *Estudios sobre la histeria*, publicados en 1895, pude comunicar el esclarecimiento de un primer ataque histerico que la paciente,²² una mujer que había superado la cuarentena, tuvo a los quince años.²³

²² [Se refiere a Cäcilie M., de la que se ocupa en la mencionada obra (Breuer y Freud, 1895), AE, 2, págs. 189 y sigs.]

²³ [Agregado al texto en 1919, y trasferido a nota en 1930:] Los

Quiero presentar aquí todavía algo, desprendido en parte del contexto, que debo señalar acerca de la interpretación de los sueños y que quizás oriente al lector que desee controlarme mediante un retrabajo sobre sus propios sueños.

Nadie tiene derecho a esperar que la interpretación de sus sueños le caiga del cielo. Ya para la percepción de fenómenos endópticos y otras sensaciones que por lo común escapan a la atención es preciso ejercitarse, por más que ningún motivo psíquico se revuelva contra este grupo de percepciones. Harto más difícil es entrar en posesión de las «representaciones involuntarias». Quien lo pretenda deberá hacer suyas las expectativas que se suscitaron en este tratado y, obedeciendo a las reglas que se han dado aquí, empeñarse en sofrenar durante el trabajo toda crítica, todo preconcepto, todo compromiso afectivo o intelectual. Deberá seguir la norma que Claude Bernard estableció para el experimentador en el laboratorio de fisiología: «*Travailler comme une bête*» {«Trabajar como una bestia»}, es decir, con esa tenacidad, pero también con esa despreocupación por el resultado. El que siga ese consejo ya no encontrará difícil la tarea.

Además, la interpretación de un sueño no siempre se consuma de un golpe; no es raro que uno sienta exhausta su capacidad para lograrlo cuando ha seguido un encadenamiento de ocurrencias y el sueño no le dice nada más por ese día; en tal caso hará bien en interrumpir y volver sobre el trabajo un día próximo. Entonces otro fragmento del contenido del sueño atrae la atención y se encuentra el acceso a un nuevo estrato de los pensamientos oníricos. Podemos llamar a esto «interpretación *fraccionada* del sueño».

Lo más difícil es mover al que se inicia en la interpretación de los sueños a que reconozca que su labor no termina cuando tiene en sus manos una interpretación completa, una interpretación plena de sentido, coherente y que dé razón de todos los elementos del contenido del sueño. Es que para el mismo sueño es posible que haya otra, una sobreinterpretación, que se le escapó. En verdad no es fácil concebir toda la riqueza de ilaciones de pensamiento inconcientes que pugnan por expresarse, ni dar crédito a la habilidad con que el trabajo del sueño se vale en cada caso de expresiones multívocas para matar siete moscas de un solo golpe, como el

sueños sobrevenidos durante la primera infancia y que se han conservado en la memoria durante décadas, a menudo con toda su frescura sensorial, casi siempre poseen gran importancia para entender el desarrollo [psíquico] y de la neurosis del soñante. Su análisis precave al médico de errores e incertezas que podrían inducirlo a confusión también en lo teórico. [Sin duda, Freud tenía particularmente presente aquí el ejemplo del «Hombre de los Lobos» (1918b).]

sastrecillo del cuento. El lector se inclinará siempre a reprochar al autor que malgastase sin motivo su ingenio; pero quien haya hecho la experiencia en sí mismo tomará mejor consejo.²⁴

Por otra parte,²⁵ no puedo refrendar la tesis que H. Silberer²⁶ fue el primero en sostener, según la cual todo sueño —o al menos muchos sueños y ciertos grupos de ellos— reclama dos interpretaciones diferentes, que incluso mantendrían entre sí una relación fija. Una de estas interpretaciones, la que Silberer llama *psicoanalítica*, atribuye al sueño un sentido cualquiera, la mayoría de las veces infantil-sexual; la otra, más importante y que él llama *anagógica*, enseña los pensamientos más serios, a menudo profundos, que el trabajo del sueño tomó como material. Silberer no demostró esta tesis comunicando una serie de sueños que él hubiera analizado en esas dos direcciones. Debo replicar que no hay tal hecho. Es que la mayoría de los sueños no demandan sobreinterpretación y, en particular, son insusceptibles de interpretación anagógica. En la teoría de Silberer, no menos que en otros empeños teóricos de años recientes, hay una inequívoca tendencia a velar las condiciones básicas de la formación del sueño y a desviar el interés de sus raíces pulsionales. Para una cantidad de casos pude corroborar las indicaciones de Silberer; el análisis me mostró entonces que el trabajo del sueño había emprendido la tarea de mudar en un sueño, tomándolos de la vida de vigilia, una serie de pensamientos muy abstractos e insusceptibles de figuración directa, y procuró solucionar esa tarea apoderándose de algún otro material de pensamiento que mantenía una relación laxa (que a menudo ha de llamarse *alegórica*) con aquel pensamiento abstracto, y que ofrecía menores dificultades a la figuración. La interpretación abstracta de un sueño así nacido es dada directamente por el soñante; la interpretación correcta del material deslizado debajo tiene que buscarse con los medios técnicos que nos son conocidos.²⁷

Si se nos pregunta si de todo sueño puede obtenerse interpretación, hemos de responder por la negativa.²⁸ No debe

²⁴ [Cf. *supra*, 4, págs. 304-5n.]

²⁵ [Este párrafo se agregó en 1919.]

²⁶ [Cf., por ejemplo, Silberer, 1914, parte II, sección 5.]

²⁷ [Freud trató también este punto en una extensa nota al pie de su «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917d), *AE*, 14, pág. 227, y en «Sueño y telepatía» (1922a), *AE*, 18, págs. 207-8.]

²⁸ [Este problema es considerado con mayor extensión en «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (Freud, 1925i), *AE*, 19, págs. 129-32.]

olvidarse que en el trabajo de interpretación se tiene en contra a los poderes psíquicos responsables de la desfiguración del sueño. Será asunto de la relación de fuerzas el que alguien pueda, merced a su interés intelectual, su capacidad para vencerse a sí mismo, sus conocimientos psicológicos y su ejercitación en la interpretación de sueños, doblegar las resistencias internas. Siempre es posible dar un paso más, al menos hasta el punto de convencerse de que el sueño es una formación plena de sentido y aun, las más de las veces, hasta entrever este sentido. Es harto frecuente que un sueño sobrevenido a continuación de otro permita asegurar y proseguir la interpretación adoptada tentativamente para el primero. Una serie de sueños que se arrastra por semanas o meses suele brotar de un terreno común y debe entonces someterse a la interpretación como una urdimbre.²⁹ En sueños que se siguen el uno al otro, puede observarse a menudo que uno toma como centro lo que en el siguiente es indicado sólo en la periferia, y a la inversa, de suerte que los dos se complementan entre sí también respecto de la interpretación. Ya he demostrado con ejemplos que los diversos sueños de una misma noche deben ser tratados en general como un todo por el trabajo interpretativo.³⁰

Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido.³¹ Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio.

Volvamos a los hechos del olvido del sueño. Es que aún no alcanzamos a extraer de ellos una importante conclusión. Si la vida de vigilia muestra el inequívoco propósito de olvidar el sueño que se formó por la noche, sea como un todo inmediatamente tras el despertar o fragmento por fragmento en el curso del día, y si hemos reconocido en la resistencia que el alma opone al sueño la principal responsable de ese

²⁹ [Cf. *supra*, págs. 367 y sigs., y 4, pág. 208.]

³⁰ [Cf. *supra*, 4, pág. 338.]

³¹ [Cf. *supra*, 4, pág. 132, n. 18.]

olvido (resistencia que ya en la noche ha hecho lo suyo en contra de aquel), se nos plantea esta pregunta: ¿Qué fue lo que en general posibilitó que el sueño se formara en contra de esa resistencia? Tomemos el caso más flagrante, aquel en que la vida de vigilia vuelve a eliminar al sueño como si no hubiera ocurrido; si entonces consideramos el juego de las fuerzas psíquicas, tendremos que afirmar que el sueño en general no habría sobrevenido de haber reinado la resistencia durante la noche como lo hace durante el día. Nuestra conclusión es que ella, por la noche, perdió una parte de su poder; sabemos que no fue cancelada, pues en la desfiguración onírica pudimos señalar su aporte a la formación del sueño. Pero se nos impone la posibilidad de que estuviera aminorada de noche, y por esta disminución de la resistencia se hizo posible la formación del sueño; así comprendemos con facilidad que ella, repuesta en la plenitud de su fuerza tras el despertar, enseguida vuelva a eliminar lo que se vio forzada a admitir mientras estaba disminuida. Y en efecto, la psicología descriptiva nos enseña que la condición principal para que se forme el sueño es que el alma se encuentre en el estado del dormir; ahora podríamos agregar esta explicación: *El estado del dormir posibilita la formación del sueño por cuanto rebaja la censura endopsíquica.*

Estamos por cierto tentados de ver esta conclusión como la única posible a partir de los hechos del olvido del sueño, y de extraer desde ella ulteriores inferencias acerca de las proporciones de energía en el dormir y en la vigilia. Pero provisionalmente nos detendremos aquí. Cuando hayamos profundizado un poco más en la psicología del sueño nos enteraremos de que hay aún otro modo de concebir la vía por la cual se hace posible su formación. Quizá la resistencia a que los pensamientos oníricos devengan concientes pueda evitarse aunque ella en sí no haya experimentado rebaja. Y es verosímil, además, que esos dos factores favorables a la formación del sueño, la rebaja de la resistencia o su evitación, sean posibilitados al mismo tiempo por el estado del dormir. Interrumpimos aquí, para retomar esto poco más adelante. [Cf. págs. 565-6.]

Hay otra serie de objeciones al procedimiento que proponemos para la interpretación de los sueños; de ellas debemos ocuparnos ahora. Lo primero que hacemos es desechar todas las representaciones-meta que normalmente presidirían la reflexión; dirigimos nuestra atención a un único elemento del sueño y entonces anotamos todos los pensamientos in-

voluntarios que sobre él se nos ocurren. Después tomamos el siguiente elemento del contenido del sueño, repetimos con él idéntico trabajo y, sin hacer caso de la dirección a que los pensamientos nos empujan {*treiben*}, nos dejamos guiar por ellos, con lo cual, como suele decirse, marchamos a la deriva. Y al hacerlo tenemos la firme esperanza de que al final, sin proponérselo, daremos con los pensamientos oníricos de los cuales nació el sueño. Ahora bien, la crítica podría objetar lo siguiente: Nada tiene de asombroso que desde un elemento singular del sueño lleguemos a alguna parte. A cada representación es posible anudar algo por vía asociativa; lo único asombroso es que con este discurrir de los pensamientos al acaso y sin meta alguna haya de darse justamente con los pensamientos oníricos. Es probable que eso sea un autoengaño; se sigue la cadena de asociaciones partiendo de un elemento hasta notar que por alguna razón ella se interrumpe; y entonces, cuando se toma un segundo elemento, es muy natural que ahora experimente un cercenamiento la libertad originaria de la asociación. Todavía se conserva en la memoria la primera cadena de pensamientos, y por eso en el análisis de la segunda representación onírica se tropieza más fácilmente con ocurrencias singulares que tienen algo en común con las ocurrencias de la primera cadena. Entonces nos figuramos haber hallado un pensamiento que constituye un punto nodal entre dos elementos del sueño. Y como se admitió total libertad en el enlace de los pensamientos, y en verdad las únicas transiciones de una representación a otra que se excluyen son las que rigen en el pensamiento normal, no es en definitiva difícil, a partir de una serie de «pensamientos intermedios», componer algo a que se da el nombre de «pensamientos oníricos» y, sin verificación alguna (dado que no tenemos conocimiento de ellos por ninguna otra vía), presentarlo como el sustituto psíquico del sueño. Pero todo eso no es más que arbitrariedad y un aprovechamiento en apariencia ingenioso del azar, y todo el que se someta a ese inútil empeño puede excogitar por este camino, para un sueño cualquiera, la interpretación que más le guste.

Si en la realidad se nos hiciesen estas objeciones, podríamos aducir a modo de defensa la impresión que hacen nuestras interpretaciones de sueños, las sorprendentes conexiones con otros elementos oníricos que se establecen mientras se persigue a las representaciones singulares, y lo improbable de que algo que se ajusta al sueño y lo esclarece de manera tan exhaustiva como nuestras interpretaciones de sueños pueda alcanzarse si no es a remolque de conexiones psíquicas ya existentes. Podríamos alegar también, para justificarnos, que

el procedimiento para la interpretación de los sueños es idéntico al que se sigue en la resolución de los síntomas histéricos, en cuyo caso su corrección es certificada por la emergencia y la desaparición de los síntomas en su localización, y, por tanto, la explicitación del texto encuentra un asidero en las ilustraciones intercaladas. Pero a este problema, a saber, cómo es posible alcanzar una meta preexistente siguiendo una cadena de pensamientos que se devanan al acaso y sin meta fija, no tenemos motivo alguno para eludirlo; en efecto, si bien no podemos solucionarlo, sí podemos descharlo.

Según puede demostrarse, no es cierto que nos entreguemos a un decurso de representaciones sin meta alguna cuando en el trabajo de la interpretación de los sueños resignamos nuestra reflexión y dejamos emerger las representaciones involuntarias. Es comprobable que no podemos renunciar sino a las representaciones-meta que nos son conocidas, y cuando ellas cesan cobran valimiento representaciones-meta ignoradas —o como decimos de manera imprecisa: inconcientes— que pasan a gobernar el determinismo del decurso de las representaciones involuntarias. Por más influencia que ejerzamos sobre nuestra vida anímica es imposible establecer un pensar sin representaciones-meta; e ignoro los estados de desorden psíquico en que semejante pensar podría establecerse.³² Los psiquiatras han renunciado

³² [Nota agregada en 1914:] Sólo más tarde he advertido que en este importante punto psicológico E. von Hartmann sostiene la misma opinión: «En su elucidación del papel de lo inconciente en la creación artística, Eduard von Hartmann (1890, 1, sección B, capítulo V) ha formulado la ley de la asociación de ideas guiada por representaciones-meta inconcientes en términos claros, aunque sin percatarse totalmente del alcance de esta ley. Se propone así demostrar que “toda combinación de representaciones sensibles, en caso de que no esté librada puramente al azar, sino destinada a llevar a determinada meta, necesita de la ayuda de lo inconciente” [*ibid.*, pág. 245], y que el interés conciente por un determinado enlace de pensamientos impulsa a lo inconciente a buscar la más conveniente entre las innumerables representaciones posibles. “Es lo inconciente lo que escoge con arreglo a los fines del interés, y esto vale para la asociación de ideas en el pensamiento abstracto, así como en el representar sensible o en la combinación artística”, y para la ocurrencia chistosa [*ibid.*, pág. 247]. Por eso no es sostenible restringir la asociación de ideas a la representación provocadora y a la provocada, en el sentido de la psicología asociacionista pura. Una restricción tal “únicamente estaría de hecho justificada si en la vida del hombre se presentaran estados en que él estuviera libre no sólo de todo fin conciente, sino también del imperio o la cooperación de cualquier interés inconciente, de cualquier talante. Pero es un estado que difícilmente haya existido alguna vez, pues aun cuando en apariencia uno deje librada totalmente al azar la serie de los pensamientos, o

demasiado pronto a la solidez de la ensambladura psíquica. Yo sé que un discurrir sin reglas, carente de representaciones-meta, de los pensamientos no se presenta ni en el marco de la histeria o de la paranoia ni en la formación o en la resolución de los sueños. Quizá no se instale en ninguna de las afecciones psíquicas endógenas; según una aguda conjetura de Leuret [1834, pág. 131], aun los delirios de los que sufren estados confusionales están provistos de sentido y sólo por sus omisiones se vuelven incomprensibles para nosotros. He podido convencerme de esto cada vez que se me ofreció la oportunidad de observarlos. Los delirios son la obra de una censura que ya no se toma el trabajo de encubrir su reinado, y que en vez de cooperar en una remodelación que ya no sea chocante elimina sin miramientos todo aquello que suscita su veto, con lo cual lo que resta se vuelve incoherente. Esta censura procede de manera en un todo análoga a la censura rusa de los periódicos en la frontera: velando por los lectores, sólo deja llegar a sus manos los periódicos extranjeros cruzados por tachaduras en negro.

Quizás en los procesos orgánicos de destrucción cerebral se presente el juego libre de las representaciones de acuerdo con un encadenamiento caprichoso de la asociación; lo que en las psiconeurosis se considera tal puede esclarecerse siempre por la acción de la censura sobre una serie de pensamientos que han sido empujados al primer plano por unas representaciones-meta que permanecen ocultas.³³ Como signo inequívoco de asociación exenta de cualquier representación-meta se ha considerado al caso en que las representaciones (o imágenes) emergentes aparecen unidas por los lazos de la llamada «asociación superficial», es decir, por consonancia, ambigüedad de las palabras, coincidencia en el tiempo sin

se abandone por completo a los sueños involuntarios de la fantasía, en un momento dado reinan en el ánimo unos intereses principales, unos sentimientos decisivos y unos talentos diversos que en el momento siguiente, y en todos los casos ellos ejercen su influencia sobre la asociación de ideas" (ibid., pág. 246). "En los sueños semiconcientes sólo se tienen aquellas representaciones que corresponden al interés principal (inconciente) del momento" (loc. cit.). La insistencia en el influjo de los sentimientos y talentos sobre el libre curso de las ideas hace que el procedimiento del psicoanálisis aparezca completamente justificado también desde el punto de vista de la psicología de Hartmann». (Pohorilles, 1913.) — Del hecho de que a menudo se nos ocurre de pronto, impensadamente, un nombre del que no podíamos acordarnos, Du Prel (1885, pág. 107) infiere que existe un pensar inconciente, aunque dirigido a metas, cuyo resultado emerge de súbito a la conciencia.

³³ [Nota agregada en 1909:] Véase la brillante confirmación de esta tesis obtenida por C. G. Jung (1907) mediante análisis de la *dementia praecox*.

relación interna de sentido, todas las asociaciones que nos permitimos usar en el chiste y en el juego de palabras. Esta caracterización conviene a los enlaces de pensamiento que nos llevan desde los elementos del contenido del sueño hasta los pensamientos intermedios, y desde estos hasta los genuinos pensamientos oníricos; en numerosos análisis de sueños hemos encontrado ejemplos de ello, que no pudieron menos que provocarnos extrañeza. Ningún enlace era demasiado laxo y ningún chiste demasiado desdeñable como para que no estuviesen autorizados a constituir los puentes entre un pensamiento y otro. Pero la comprensión correcta de semejante tolerancia no tarda en alcanzarse. *Toda vez que un elemento psíquico se enlaza con otro por una asociación chocante y superficial, existe también entre ambos un enlace correcto y que cala más hondo, sometido a la resistencia de la censura.*³⁴

Presión de la censura, no cancelación de las representaciones-meta: he ahí el verdadero fundamento del predominio de las asociaciones superficiales. Estas sustituyen en la figuración a las profundas cuando la censura hace intransitables tales vías normales de conexión. Es como cuando un impedimento general, por ejemplo el desborde de los ríos, vuelve impracticables los caminos principales de una zona montañosa, los caminos amplios, y entonces el tránsito se mantiene por sendas incómodas y empinadas que de otro modo sólo hollarían los cazadores.

Aquí pueden distinguirse dos casos que en lo esencial son uno. En el primero, la censura se dirige sólo a la trabazón de dos pensamientos, cada uno de los cuales, por separado, no suscita su veto. Entonces los dos entran en la conciencia sucesivamente; su trabazón permanece oculta, pero a trueque de ello se nos ocurre un enlace superficial entre ambos, en el cual de otro modo no habríamos pensado y que, por regla general, aborda el complejo de las representaciones {*Vorstellungskomplex*} desde un ángulo diverso del que parte la conexión sofocada, pero esencial. En el segundo caso, los dos pensamientos atraen por sí mismos a la censura a causa de su contenido; entonces ninguno de los dos aparece en su forma correcta, sino en una modificada, sustitutiva, y los dos pensamientos sustitutivos se escogen de tal suerte que reflejan, merced a una asociación superficial, la conexión

³⁴ [En el resto de esta obra Freud habla de «la censura de la resistencia». Una clarificación ulterior de la relación entre los conceptos de «resistencia» y «censura» se encontrará en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1933a), AE, 22, págs. 13-6.]

esencial en que están aquellos a los que sustituyen. *Bajo la presión de la censura se ha producido aquí, en los dos casos, un desplazamiento {descentramiento} desde una asociación normal y seria a otra superficial y que parece absurda.*

Y puesto que nosotros sabemos de tales desplazamientos, en la interpretación de los sueños nos confiamos, sin reparo alguno, también en las asociaciones superficiales.³⁵

De estos dos enunciados (que con el abandono de las representaciones-meta concientes se entrega a unas representaciones-meta ocultas el gobierno sobre el decurso de las representaciones, y que las asociaciones superficiales son un sustituto, por desplazamiento, de otras sofocadas que calan más hondo) hace el psicoanálisis amplísimo uso en las neurosis; aún más: los eleva a ambos a la condición de pilares de su técnica. Cuando pido a un paciente que deponga toda reflexión y me cuente todo lo que se le pase por la cabeza, me atengo a la premisa de que no puede deponer las representaciones-meta relativas al tratamiento, y me considero con fundamento para inferir que eso que él me cuenta, en apariencia lo más inofensivo y arbitrario, tiene relación con su estado patológico. Otra representación-meta de la que el paciente no tiene sospecha es la de mi persona. La apreciación plena y la demostración en profundidad de esos dos esclarecimientos pertenece a la exposición de la técnica psicoanalítica como método terapéutico. Hemos alcanzado aquí uno de los puntos de empalme en los que tenemos decidido abandonar el tema de la interpretación de los sueños.³⁶

³⁵ Las mismas consideraciones se aplican, desde luego, a casos en que las asociaciones superficiales aparecen francamente en el contenido del sueño; por ejemplo, en los dos sueños de Maury citados *supra* [4], págs. 82-3 (*pélerinage* - *Pelletier* - *pelle*; *kilómetro* - *kilo* - *Gilolo* - *lobelia* - *López* - *lotería*). Por el trabajo con neuróticos yo sé qué reminiscencia gusta de figurarse así. Es la de hojear diccionarios o enciclopedias en el afán de dilucidar los enigmas del sexo, como la mayoría de las personas lo han hecho en la época de la curiosidad característica de la pubertad. [Un ejemplo de esto se hallará en el análisis del segundo sueño de «Dora» (Freud, 1905e), AE, 7, págs. 88-9.]

³⁶ [Nota agregada en 1909:] Estas dos tesis, que sonaban muy improbables en la época en que fueron formuladas, han recibido después justificación experimental y aplicación por obra de los «estudios diagnósticos de asociación» de Jung y sus discípulos. [Jung, 1906. — Una argumentación en extremo interesante sobre el tema afín de la validez de las cadenas asociativas que parten de números seleccionados «al azar» (cf. *supra*, pág. 509) es desarrollada por Freud en la larga nota al pie agregada en 1920 al capítulo XII de su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), AE, 6, pág. 244.]

Una cosa es cierta y queda en pie de estas objeciones: no todas las ocurrencias del trabajo de interpretación precisan ser atribuidas al trabajo nocturno del sueño.³⁷ Es que en la interpretación de la vigilia recorremos un camino que retrocede desde los elementos del sueño hasta los pensamientos oníricos. El trabajo del sueño emprendió el camino inverso, y no es probable que tales caminos sean transitables en dirección opuesta. Es el caso, más bien, que de día nos internamos por nuevas conexiones de pensamientos que aciertan con los pensamientos intermedios y los pensamientos oníricos ora en este, ora en estotro lugar. Asistimos al modo en que el fresco material de pensamientos del día se inmiscuye en las series interpretativas, y probablemente también el aumento de la resistencia sobrevenido desde la noche constriñe a emprender nuevos y más largos rodeos. Ahora bien, el número o la índole de los hilos colaterales³⁸ que así se devanan de día carece de toda importancia psicológica con tal que nos abra el camino hasta los pensamientos oníricos que buscamos.

³⁷ [Cf. *supra*, 4, págs. 288 y 316-7.]

³⁸ [Cf. *supra*, 4, pág. 317, n. 3.]

B. La regresión

Ahora bien, ya puestos a salvo de las objeciones, o al menos habiendo señalado el lugar donde descansan las armas para nuestra defensa, no podemos posponer por más tiempo el abordaje de las investigaciones psicológicas para las cuales venimos preparándonos desde hace mucho. Resumamos los principales resultados que nuestra investigación nos procuró hasta aquí. El sueño es un acto psíquico de pleno derecho; su fuerza impulsora es, en todos los casos, un deseo por cumplir; el que sea irreconocible como deseo, así como sus múltiples extravagancias y absurdos, se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación; además del constreñimiento a sustraerse de esta censura, cooperaron en su formación un constreñimiento a la condensación del material psíquico, un miramiento por su figurabilidad en imágenes sensibles y —aunque no como regla— un miramiento por dar una fachada racional e inteligible al producto onírico. De cada uno de estos enunciados se abren nuevas vías hacia postulados y conjeturas psicológicos; queda por investigar la relación recíproca entre el motivo-deseo y las cuatro condiciones, así como de estas entre ellas; el sueño debe encontrar un lugar en la concatenación de la vida anímica.

Al comienzo de este capítulo consignamos un sueño a modo de recordatorio de los enigmas cuya solución espera todavía. La interpretación de ese sueño del niño que se abrasaba no nos deparó dificultades, aunque no quedó completa de acuerdo con nuestros requisitos. Nos preguntamos por qué el padre había soñado en vez de despertarse, y reconocimos como un motivo del soñante el deseo de representarse al niño con vida. Que también otro deseo desempeñó en ello un papel, podremos verlo después de elucidaciones que haremos más adelante [cf. pág. 562]. En primer término, por tanto, es por un cumplimiento de deseo que el proceso de pensamiento del durmiente se mudó en un sueño.

Si hacemos a un lado el cumplimiento de deseo, nos resta un carácter que separa a los dos tipos de acontecer psíquico. El pensamiento onírico rezaba tal vez: «Veo un fulgor que viene de la cámara en que yace el muerto. ¡Quizá se ha caído una vela, y el niño se abrasa!». El sueño refleja inmodificado el resultado de esta reflexión, pero lo figura dentro de una situación que es presente y que los sentidos aprehenderán como una vivencia de la vigilia. Ahora bien, es este el carácter psicológico más general y llamativo del soñar; un pensamiento, por lo común el pensamiento deseado, es ob-

jetivado en el sueño, es figurado como escena o, según creemos, es vivenciado.

Pero, ¿cómo se explica esta peculiaridad característica del trabajo del sueño, o —expresado más modestamente— cómo se ensambla dentro de la trama de los procesos psíquicos?

Examinándolo más de cerca, se repara en que dentro de la forma en que se manifiesta este sueño hay impresos dos caracteres casi independientes entre sí. Uno es la figuración como situación presente, omitiendo el «quizá»; el otro, la trasposición del pensamiento a imágenes visuales y dichos.

La trasmutación que los pensamientos oníricos experimentan por esa vía, a saber, que la expectativa expresada en ellos es puesta en presente, quizá no parezca muy notable en este sueño determinado. Ello condice con el papel particular, en realidad accesorio, que en él tiene el cumplimiento de deseo. Tomemos otro sueño en que el deseo onírico no se aparte de la prosecución de los pensamientos de vigilia en el estado del dormir, por ejemplo el de la inyección de Irma.¹ Aquí el pensamiento onírico que alcanza la figuración es una oración desiderativa: «¡Ojalá que Otto sea el culpable de la enfermedad de Irma!». El sueño suplanta {*verdrängen*} el optativo * y lo sustituye por un presente de indicativo: «Sí, Otto es el culpable de la enfermedad de Irma». Y es esta la primera de las mudanzas que el sueño, aun el más exento de desfiguración, emprende con los pensamientos oníricos. No nos demoraremos mucho en esta primera peculiaridad. La despacharemos mencionando la fantasía conciente, el sueño diurno, que procede de idéntico modo con su contenido de representaciones. Cuando el señor Joyeuse,² el personaje de Daudet, vaga sin ocupación por las calles de París, mientras sus hijas deben creer que tiene un empleo y está sentado en su oficina, él sueña como si fuera en presente con los hechos que lo llevarían a encontrar un protector y a procurarse trabajo. Así, el sueño se vale del presente del mismo modo y con el mismo derecho que el sueño diurno. El presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido.

Peculiaridad exclusiva del sueño, que lo diferencia del sueño diurno, es el segundo carácter, a saber, que el contenido de representaciones no se piensa, sino que se muda en imágenes sensibles a las que se da crédito y se cree viven-

¹ [Cf. *supra*, 4, págs. 127 y sigs.]

* {«Optativ», el modo subjuntivo empleado en oraciones desiderativas.}

² [En *Le Nabab* (cf. *supra*, pág. 488). En su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), *AE*, 6, pág. 148, Freud alude a un desliz que cometió con este nombre en su primer borrador del presente trabajo.]

ciar. Agreguemos enseguida que no todos los sueños muestran esa trasmutación de la representación en una imagen sensible; hay sueños compuestos sólo por pensamientos, y a los que no por eso se les negará el carácter de sueños. Mi sueño «*Autodidasker*, la fantasía diurna con el profesor N.»³ es uno de ellos; en él se mezclaron muy pocos elementos sensoriales más que si hubiera pensado su contenido de día. Además, en todo sueño algo largo hay elementos que no pasaron por la trasmutación a lo sensible, que simplemente son pensados o sabidos como suelen serlo en la vigilia. Por otra parte, queremos apuntar enseguida que tal mudanza de representaciones en imágenes sensibles no es exclusiva de los sueños, sino igualmente de las alucinaciones, de las visiones, que pueden emerger de manera autónoma en estado de salud o como síntomas de las psiconeurosis. En resumen, la condición que aquí investigamos en modo alguno es exclusiva; queda en pie, empero, que este carácter del sueño, toda vez que se presenta, nos aparece como el más notable, a punto tal que no podríamos concebir sin él la vida onírica. Ahora bien, su comprensión exige extensas elucidaciones.

Entre todas las observaciones sobre la teoría del soñar que pueden hallarse en la bibliografía, quiero destacar una que merece ser retomada. El gran G. T. Fechner expresa en su *Psychophysik*,⁴ a propósito de algunas elucidaciones que ahí consagra al sueño, la conjetura de que el *escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia*.⁵ Ningún otro supuesto permitiría conceptualizar las peculiaridades de la vida onírica.⁶

La idea que así se pone a nuestra disposición es la de una *localidad psíquica*. Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica. Nos mantenemos en el terreno psicológico y sólo proponemos seguir esta sugerencia: imaginarnos el instrumento de que se valen las operaciones del alma como si fuera un microscopio compuesto, un aparato fotográfico, o algo semejante. La locali-

³ [Cf. *supra*, 4, págs. 305 y sigs.]

⁴ 1889, 2, págs. 520-1.

⁵ [Cf. *supra*, 4, pág. 72.]

⁶ [En una carta a Fliess del 9 de febrero de 1898 (Freud, 1950a, Carta 83), Freud escribe que este pasaje de Fechner es la única observación sensata que halló en la literatura sobre los sueños.]

dad psíquica corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio, como es sabido, estas son en parte unas localizaciones ideales, unas zonas en las que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato. Juzgo superfluo disculparme por los defectos de este símil y todos los del mismo tipo. Tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular. Que yo sepa, nadie ha osado hasta ahora colegir la composición del instrumento anímico por vía de esa descomposición. Me parece inocua. Tenemos derecho, creo, a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio. Puesto que para una primera aproximación a algo desconocido no necesitamos otra cosa que unas representaciones auxiliares, antepondremos a todo lo demás los supuestos más toscos y aprehensibles.

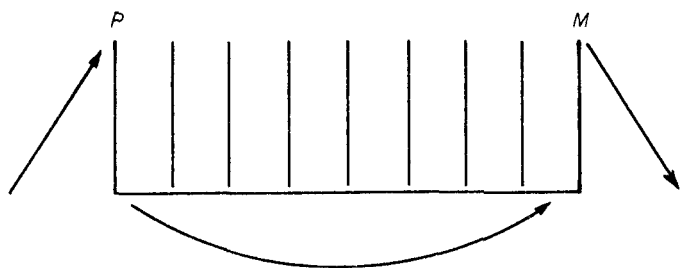
Imaginamos entonces el aparato psíquico como un instrumento compuesto a cuyos elementos llamaremos *instancias* o, en beneficio de la claridad, *sistemas*. Después formulamos la expectativa de que estos sistemas han de poseer quizás una orientación espacial constante, al modo en que los diversos sistemas de lentes de un telescopio se siguen unos a otros. En rigor, no necesitamos suponer un ordenamiento realmente *espacial* de los sistemas psíquicos. Nos basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal*. La serie puede experimentar una alteración en el caso de otros procesos; queremos dejar abierta esa posibilidad. En lo que sigue, y en aras de la brevedad, nos referiremos a los componentes del aparato como «sistemas ψ ».

Lo primero que nos salta a la vista es que este aparato, compuesto por sistemas ψ , tiene una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones.⁷ Por eso asignamos al apa-

⁷ [«Inervación» es un término muy ambiguo. Frecuentemente se lo emplea en un sentido estructural, para significar la distribución anatómica de los nervios en algún organismo o región del cuerpo. Freud lo usa más a menudo (aunque no siempre) para denotar la

rato un extremo sensorial y un extremo motor; en el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico transcurre, en general, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad. El esquema más general del aparato psíquico tendría entonces el siguiente aspecto:

Figura 1.



Pues bien, esto no hace sino cumplir un requisito con el que estamos familiarizados hace mucho, a saber, que el aparato psíquico ha de estar construido como un aparato de reflejos. El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica.

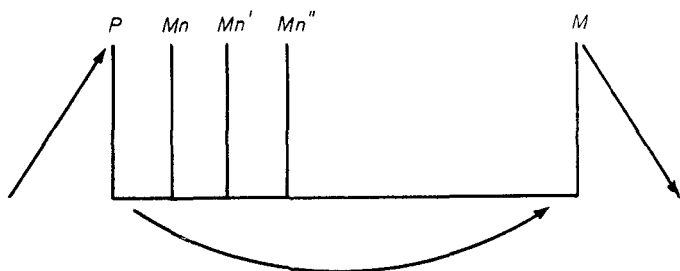
Ahora tenemos fundamentos para hacer que ingrese en el extremo sensorial una primera diferenciación. De las percepciones que llegan a nosotros, en nuestro aparato psíquico queda una huella que podemos llamar «huella mnémica». Y a la función atinente a esa huella mnémica la llamamos «memoria». Si tomamos en serio el designio de anudar los procesos psíquicos a sistemas, la huella mnémica sólo puede consistir en alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos de los sistemas. Ahora bien, como ya ha sido consignado,⁸ trae consigo manifiestas dificultades suponer que un mismo sistema deba conservar fielmente alteraciones sobrevenidas a sus elementos y, a pesar de ello, mantenerse siempre abierto y receptivo a las nuevas ocasiones de alteración. De acuerdo con el principio que guía nuestra búsqueda, distribuiremos entonces estas dos operaciones entre sistemas

transmisión de energía a un sistema de nervios, o (como en este caso) específicamente a un sistema *eferente* —es decir, para indicar un proceso que tiende a la descarga de energía—.]

⁸ [Por Breuer, en una nota al pie de *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), AE, 2, págs. 200-1, donde entre otras cosas escribe: «El espejo de un telescopio de reflexión no puede ser al mismo tiempo una placa fotográfica».]

diversos. Suponemos que un sistema del aparato, el delantero, recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria, y que tras él hay un segundo sistema que traspone la excitación momentánea del primero a huellas permanentes. Este sería, entonces, el cuadro de nuestro aparato psíquico:

Figura 2.



Es bien sabido que de las percepciones que tienen efecto sobre el sistema *P* conservamos como duradero algo más que su contenido. Nuestras percepciones se revelan también enlazadas entre sí en la memoria, sobre todo de acuerdo con el encuentro en la simultaneidad que en su momento tuvieron. Llamamos *asociación* a este hecho. Ahora es claro que si el sistema *P* no tiene memoria alguna, tampoco puede conservar las huellas para la asociación; los elementos *P* singulares se verían intolerablemente impedidos en su función si contra cada percepción nueva se hiciese valer un resto de enlace anterior. Por tanto, tenemos que suponer que la base de la asociación son más bien los sistemas mnémicos. El hecho de la asociación consiste entonces en lo siguiente: a consecuencia de reducciones en la resistencia y de facilitaciones, desde uno de los elementos *Mn* la excitación se propaga más bien hacia un segundo elemento *Mn* que hacia un tercero.

Una mayor profundización nos muestra la necesidad de suponer no uno sino varios de esos elementos *Mn*, dentro de los cuales la misma excitación propagada por los elementos *P* experimenta una fijación {*Fixierung*} de índole diversa. El primero de estos sistemas *Mn* contendrá en todo caso la fijación de la asociación por *simultaneidad*, y en los que están más alejados el mismo material mnémico se ordenará según otras clases de encuentro, de tal suerte que estos sistemas más lejanos han de figurar, por ejemplo, relaciones de semejanza u otras. Desde luego, sería vano empeñarse en

indicar con palabras el significado * psíquico de un sistema semejante. Su característica residiría en la intimidad de sus vínculos con elementos del material mnémico en bruto, o sea, si queremos apuntar a una teoría que vaya más a lo hondo, en las gradaciones de la resistencia de conducción hacia esos elementos.

Habría que intercalar aquí una observación de naturaleza general que quizás apunte a algo importante. El sistema *P*, que no tiene capacidad ninguna para conservar alteraciones, y por tanto memoria ninguna, brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales. A la inversa, nuestros recuerdos, sin excluir los que se han impreso más hondo en nosotros, son en sí inconcientes. Es posible hacerlos concientes; pero no cabe duda de que en el estado inconciente despliegan todos sus efectos. Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones; y por cierto las que nos produjeron un efecto más fuerte, las de nuestra primera juventud, son las que casi nunca devienen concientes. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo concientes, no muestran cualidad sensorial alguna o muestran una muy ínfima en comparación con las percepciones. Si pudiéramos confirmar que *en los sistemas ψ memoria y cualidad para la conciencia se excluyen entre sí*, se nos abriría una promisorio perspectiva sobre las condiciones de la excitación de las neuronas.⁹

Lo que hasta aquí hemos supuesto acerca de la compo-

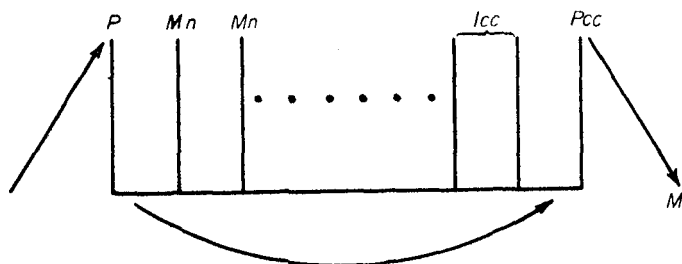
* {«Bedeutung»: «significado» o «valor»; la última frase equivale a «sería vano empeñarse en traducirlo a representaciones-palabra».}

⁹ [Nota agregada en 1925:] Después he sugerido que, en realidad, la conciencia surge *en rempazo* de la huella mnémica. Véase mi «Nota sobre la “pizarra mágica”» (1925a). [Cf. también *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920g), *AE*, 18, pág. 25, donde se hace la misma afirmación. — Todo este examen de la memoria se hará más comprensible si se estudian esos dos pasajes pertenecientes a escritos posteriores de Freud; pero sus primeras reflexiones sobre el tema, reveladas en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), arrojan todavía más luz al respecto. Cf., por ejemplo, el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a), *AE*, 1, págs. 343-6, y la Carta 52 (del 6 de diciembre de 1896), *ibid.*, págs. 274-80. Digamos de paso que esta carta contiene lo que evidentemente es una versión temprana del «esquema» aquí presentado, así como también la primera aparición de las abreviaturas que distinguen a los diversos sistemas. {Las abreviaturas que adoptamos en la presente versión castellana siguen el criterio de Freud de emplear la primera letra de cada sílaba: *Bewusstsein* = *Bw* (Conciencia = *Cc*); *Unbewusst* = *Ubw* (Inconciente = *Icc*); *Vorbewusst* = *Vbw* (Preconciente = *Prcc*, con el agregado de la «r» para diferenciar mejor de:) *Wahrnehmung* = *W* (Percepción = *P*). Además, cuando el término así abreviado cumple función de adjetivo (p. ej., «cualidades *icc*») hemos utilizado la sigla en minúscula. «*Mn*» es abreviatura de «mnémico».]}

sición del aparato psíquico en el extremo sensorial se obtuvo sin referencia al sueño ni a los esclarecimientos psicológicos que de él pueden derivarse. Ahora, para el conocimiento de otra pieza del aparato, el sueño nos servirá como fuente de prueba. Hemos visto¹⁰ que nos resultaba imposible explicar la formación del sueño si no osábamos suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-conciente.

La instancia criticadora, según inferimos, mantiene con la conciencia relaciones más estrechas que la criticada. Se sitúa entre esta última y la conciencia como una pantalla. Además, encontramos asideros [pág. 486] para identificar la instancia criticadora con lo que guía nuestra vida de vigilia y decide sobre nuestro obrar conciente, voluntario. Ahora, conforme a nuestras hipótesis, sustituyamos estas instancias por sistemas; si tal hacemos, en virtud del conocimiento citado en último término el sistema criticador se situará en el extremo motor. Incluimos los dos sistemas en nuestro esquema, y en los nombres que les damos expresamos su relación con la conciencia:

Figura 3.



Al último de los sistemas situados en el extremo motor lo llamamos *preconciente* para indicar que los procesos de excitación habidos en él pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones; por ejemplo, que se alcance cierta intensidad, cierta distribución de aquella función que recibe el nombre de «atención» [cf. págs. 582-3], etc. Es al mismo tiempo el sistema que posee las llaves de la motilidad voluntaria. Al sistema que está detrás lo llamamos *inconciente** porque no tiene acceso al-

¹⁰ [Cf. *supra*, 4, págs. 162 y sigs.]

* {«Das Unbewusst»: En general, hemos traducido «lo inconciente», salvo en los casos en que (como aquí) el texto se refiere al «sistema

guno a la conciencia *si no es por vía del preconciente*, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones.¹¹

Ahora bien, ¿en cuál de estos sistemas situamos el envión para la formación del sueño? Para simplificar, lo hacemos en el sistema *Icc*. Claro que en ulteriores elucidaciones llegaremos a saber que esto no es del todo correcto y que la formación del sueño se ve precisada a anudarse con pensamientos oníricos que pertenecen al sistema del preconciente [pág. 554]. Pero en otro lugar, cuando tratemos del deseo onírico, nos enteraremos de que la fuerza impulsora del sueño es aportada por el *Icc* [pág. 553]; y a causa de este último factor adoptamos ahora el supuesto de que el sistema inconciente es el punto de partida para la formación del sueño. Como todas las otras formaciones de pensamiento, esta excitación onírica exteriorizará el afán de proseguirse dentro del *Prcc* y alcanzar desde ahí el acceso a la conciencia.

La experiencia nos enseña que durante el día la censura de la resistencia les ataja a los pensamientos oníricos este camino que lleva a la conciencia pasando por el preconciente. En la noche se abren el acceso a la conciencia, pero debemos averiguar por qué camino y merced a qué alteración. Si ello les fuese posibilitado por el hecho de que a la noche disminuye la resistencia que monta guardia en la frontera entre inconciente y preconciente, recibiríamos en el material de nuestras representaciones unos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa.

Por eso la disminución de la censura entre los dos sistemas *Icc* y *Prcc* sólo puede explicar formaciones oníricas del

inconciente», donde recurrimos al artículo masculino. Esto implica cierta cuota de interpretación, pues el término alemán siempre es neutro, como lo son también «*das Bewusstsein*» («la conciencia») y «*das Vorbewusst*» («lo preconciente»; en este caso también aplicamos el criterio antes expuesto). Lo importante es advertir que no corresponde asociar este problema del género gramatical con el de averiguar si para Freud «inconciente» es cualidad o cosa; esto último debe discernirse por el contexto. La aclaración no es ociosa, pues en castellano el artículo neutro sugiere una cualidad, lo que no es válido para el alemán.}

¹¹ [Nota agregada en 1919:] La ulterior ampliación de este esquema de desenvolvimiento lineal deberá incluir el supuesto de que el sistema que sigue al *Prcc* es aquel al que tenemos que adscribir la conciencia, vale decir, $P = Cc$. [Cf. *infra*, págs. 603 y sigs. Para ur: tratamiento más completo de esto, véase «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917d). — El último «esquema» del aparato psíquico, que Freud presentó por primera vez en el capítulo II de *El yo y el ello* (1923b), y repitió (con algunas modificaciones) en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), insiste más en la estructura que en la función.]

tipo de «*Autodidasker*», pero no sueños como el del *niño que se abrasa*, que nos propusimos como problema al comienzo de estas indagaciones.

Lo que ocurre en el sueño alucinatorio no podemos describirlo de otro modo que diciendo lo siguiente: La excitación toma un camino *de refluo* {*rückläufig*}. En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de las percepciones. Si a la dirección según la cual el proceso psíquico se continúa en la vigilia desde el inconciente la llamamos *progresiente* {*progredient*}, estamos autorizados a decir que el sueño tiene carácter *regrediente* {*regredient*}.¹²

Esta regresión {*Regression*} es entonces, con seguridad, una de las peculiaridades psicológicas del proceso onírico; pero no tenemos derecho a olvidar que no es propia exclusivamente de los sueños. También el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás {*Rückschreiten*} dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base. Pero en la vigilia esta retrogresión {*Zurückgreifen*} no va más allá de las imágenes mnémicas; no puede producir la animación alucinatoria de las imágenes perceptivas. ¿Por qué ocurre de otro modo en el sueño? Cuando hablamos del trabajo de condensación no pudimos evitar el supuesto de que las intensidades adheridas a las representaciones son trasferidas íntegramente de una a otra por obra del trabajo del sueño.¹³ Probablemente sea esta modificación del proceso psíquico corriente la que posibilita que el sistema de las *P* se invista hasta la plena vivacidad sensorial en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos.

¹² [Nota agregada en 1914:] La primera referencia al factor de la regresión se encuentra ya en Alberto Magno. La *imaginatio*, nos dice, construye al sueño a partir de las imágenes conservadas de los objetos sensibles. El proceso es el inverso del que se consume en la vigilia. (Citado por Diepgen, 1912, pág. 14.) — Hobbes escribe en el *Leviatán* (1651, parte I, capítulo 2): «*In sum, our dreams are the reverse of our waking imaginations, the motion, when we are awake, beginning at one end, and when we dream at another*» {«En suma, nuestros sueños son lo inverso de nuestras imaginaciones de la vigilia, pues cuando estamos despiertos el movimiento comienza en uno de los extremos, y cuando dormimos, en el otro»}. (Citado por Havelock Ellis, 1911a, pág. 109.) — [Breuer, en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, 2, pág. 201, se había referido, en relación con las alucinaciones, a una «excitación “retrocedente” del aparato perceptivo —o sea, desde el órgano de la memoria— por unas representaciones».]

¹³ [Cf. *supra*, 4, págs. 334-5.]

Espero que estemos muy lejos de engañarnos acerca del alcance de estas elucidaciones. Nos hemos limitado a dar un nombre a un fenómeno cuya explicación no alcanzamos. Así, llamamos «regresión» al hecho de que en el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial de la que alguna vez partió. Pero este paso exige justificación. ¿Para qué poner un nombre si ello no nos enseña nada nuevo? Es que a mi juicio el nombre de «regresión» nos sirve en la medida en que anuda ese hecho por nosotros conocido al esquema del aparato anímico provisto de una dirección. Ahora bien, en este punto obtenemos la primera recompensa por haber establecido ese esquema. En efecto, otra peculiaridad de la formación del sueño se nos hará inteligible sin nueva meditación y únicamente con el auxilio del esquema. Si consideramos al proceso del sueño como una regresión en el interior de ese aparato anímico que hemos supuesto, se nos explica sin más el hecho, comprobado empíricamente, de que a raíz del trabajo del sueño todas las relaciones lógicas entre los pensamientos oníricos se pierden o sólo hallan expresión trabajosa.¹⁴ De acuerdo con nuestro esquema, esas relaciones entre pensamientos no están contenidas en los primeros sistemas *Mn*, sino en otros, situados mucho más adelante, y por eso en la regresión tienen que quedar despojados de todo medio de expresarse, excepto el de las imágenes perceptivas. *La ensambladura de los pensamientos oníricos es resuelta, por la regresión, en su material en bruto.*

Pero, ¿qué alteración posibilita esa regresión imposible durante el día? Aquí nos daremos por satisfechos con conjeturas. Muy bien puede tratarse de alteraciones en las investiduras energéticas de los sistemas singulares, en virtud de las cuales ellos se vuelven más o menos transitables para el decurso de la excitación; no obstante, en un aparato de esta índole, idéntico efecto para el camino de la excitación podrían tener otras clases de modificaciones. Enseguida se piensa, desde luego, en el estado del dormir y en las alteraciones de investidura que provoca en el extremo sensorial del aparato. Durante el día hay una corriente continua desde el sistema ψ de las *P* hasta la motilidad; ella cesa durante la noche y ya no podría oponer impedimento alguno a una contracorriente de la excitación. Esta sería la «clausura del mundo exterior» que en la teoría de algunos autores pretende aclarar los caracteres psicológicos del sueño.¹⁵ Entretanto será preciso atender, para explicar la regresión del sue-

¹⁴ [Cf. *supra*, 4, págs. 317-8.]

¹⁵ Cf. [*supra*, 4] pág. 75.

ño, a aquellas otras regresiones que se producen en estados patológicos de la vigilia. En el caso de estas formas, desde luego, la perspectiva que acabamos de dar no nos sirve. La regresión se produce a pesar de una corriente sensorial ininterrumpida en la dirección progrediente.

Respecto de las alucinaciones de la histeria y de la paranoia, y de las visiones de personas normales, puedo dar este esclarecimiento: de hecho corresponden a regresiones, es decir, son pensamientos mudados en imágenes, y sólo experimentan esa mudanza los pensamientos que mantienen íntima vinculación con recuerdos sofocados o que han permanecido inconcientes. Por ejemplo, a uno de mis histéricos más jóvenes, un muchacho de doce años, no le dejan dormirse unos «*rostros verdes de ojos rojos*», que lo espantan. Fuente de este fenómeno es el recuerdo sofocado, pero una vez conciente, de un chico a quien veía a menudo cuatro años antes y que le ofrecía un cuadro atemorizador de muchos vicios infantiles, entre ellos el del onanismo, que él mismo se reprocha ahora con posterioridad {*nachträglich*}. La mamá había apuntado entonces que ese chico malcriado tenía la tez de color *verde* y ojos *rojos* (vale decir, *enrojecidos*). De ahí el espectro aterrador que, por lo demás, sólo está destinado a recordarle otra profecía de la mamá, a saber, que tales niños se vuelven cretinos, no pueden aprender nada en la escuela y mueren pronto. Nuestro pequeño paciente hace que una parte de esa profecía se cumpla; no avanza en la escuela y, como lo muestra la escucha de sus ocurrencias involuntarias, la segunda parte lo aterroriza. Puedo agregar que, al cabo de poco tiempo, el tratamiento dio por resultado que él pudiese dormir, perdiese su estado de angustia y terminara el año escolar con mención de honor.

Aquí puedo traer a cuento cómo se resolvió una visión que me contó una histérica de cuarenta años, del tiempo en que estaba sana. Una mañana abrió los ojos y vio en la habitación a su hermano, a pesar de que, como bien sabía, él se encontraba en el manicomio. Su hijito dormía en la cama junto a ella. Para que el niño no se *espantase* ni le viniesen *convulsiones* viendo a su *tío*, lo cubrió con la *sábana*, y entonces se esfumó el aparecido. Esta visión es la refundición de un recuerdo infantil de la dama, que por cierto fue conciente, pero en su interioridad mantenía la más íntima relación con todo un material inconciente. Su niñera le había contado que su madre, fallecida muy prematuramente (ella tenía apenas un año y medio en el momento de la muerte), había sufrido *convulsiones* epilépticas o histéricas a consecuencia de un *susto* que le provocó su hermano (el *tío* de

mi paciente) apareciéndosele como un fantasma con una *sábana* sobre la cabeza. La visión contiene los mismos elementos que el recuerdo: la aparición del hermano, la sábana, el susto y su efecto. Pero estos elementos se han ordenado en una nueva trama y se han trasferido a otras personas. El motivo manifiesto de la visión, el pensamiento al que esta sustituye, es la preocupación de que su hijito, físicamente tan parecido a su tío, hubiese de sufrir el mismo destino que él.

Los dos ejemplos que acabo de mencionar no están libres de relación con el estado del dormir, y por eso quizá sean inapropiados para probar lo que busco. Por eso remito a mi análisis de una paranoica con alucinaciones¹⁶ y a los resultados de mis estudios, todavía inéditos, sobre la psicología de las psiconeurosis,¹⁷ a fin de ratificar que en estos casos de mudanza regrediente del pensamiento no es posible descuidar el influjo de un recuerdo sofocado o que ha permanecido inconciente, las más de las veces infantil. A los pensamientos que están en conexión con él, impedidos de expresarse a causa de la censura, este recuerdo por así decir los arrastra consigo a la regresión, en cuanto es aquella forma de figuración en que él mismo tiene existencia psíquica. Puedo aducir aquí, como un resultado de los *Estudios sobre la histeria*,¹⁸ que las escenas infantiles (sean ellas recuerdos o fantasías), cuando se logra hacerlas concientes, son vistas de manera alucinatoria y sólo al comunicarlas se borra este carácter. Es también sabido que aun en personas que no suelen tener memoria visual los recuerdos más tempranos de la infancia conservan, hasta edad avanzada, el carácter de la vivacidad sensorial.

Ahora bien, si tenemos presente el papel que en los pensamientos oníricos desempeñan las vivencias infantiles o las fantasías fundadas en ellas, la frecuencia con que sus fragmentos reaparecen en el contenido del sueño, y el hecho de que los deseos oníricos mismos hartas veces derivan de ahí, no podremos rechazar, respecto del sueño, la posibilidad de que la mudanza de pensamientos en imágenes visuales sea en parte consecuencia de la *atracción* que sobre el pensamiento desconectado de la conciencia y que lucha por expresarse ejerce el recuerdo, figurado visualmente, que pugna por ser reanimado. Según esta concepción, el sueño puede

¹⁶ «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b) [AE, 3, págs. 175 y sigs.].

¹⁷ [Nunca publicados con ese título.]

¹⁸ [Breuer y Freud, 1895; véase, por ejemplo, el primer historial clínico expuesto por Breuer (AE, 2, págs. 47 y sigs.).]

describirse también como *el sustituto de la escena infantil, alterado por trasferencia a lo reciente*. La escena infantil no puede imponer su renovación; debe conformarse con regresar como sueño.

La referencia al significado {valor} por así decir paradigmático de las escenas infantiles (o de sus repeticiones fantaseadas) para el contenido del sueño vuelve superfluo uno de los supuestos que Scherner y sus discípulos hicieron acerca de las fuentes internas de estímulo. Scherner [1861] supone un estado de «estímulo visual», de excitación interna en el órgano de la visión, toda vez que los sueños muestran una vivacidad particular o una abundancia notable en sus elementos visuales.¹⁹ No hace falta que nos revolbamos contra esa hipótesis; bastaría con que postulásemos un estado de excitación tal meramente para el sistema perceptivo psíquico del órgano de la visión, pero sosteniendo que ese estado de excitación es producido por el recuerdo, es el refrescamiento de una excitación visual que en su momento fue actual. En mi experiencia propia no dispongo de ningún ejemplo bueno sobre semejante influencia de un recuerdo infantil; en general, mis sueños poseen menor riqueza de elementos sensoriales que la que me veo llevado a apreciar en los de otras personas; pero en el sueño más hermoso y vívido que he tenido estos últimos años me resulta fácil reconducir la nitidez alucinatoria del contenido a cualidades sensoriales de impresiones recientes o habidas no mucho ha. En las páginas 461 y siguientes mencioné un sueño en que el azul profundo del agua, el color pardo del humo que despedían las chimeneas de los barcos y el marrón oscuro y el rojo de las construcciones que yo vi me dejaron una profunda impresión. Este sueño debería atribuirse a un estímulo visual, si es que alguno ha de serlo. ¿Y qué había puesto a mi órgano visual en ese estado de estimulación? Una impresión reciente que se sumó a una serie de impresiones anteriores. Los colores que vi eran, en primer lugar, los del juego de ladrillos con que el día anterior al sueño mis hijos habían realizado una grandiosa construcción que me hicieron admirar. Ahí se veía el mismo rojo oscuro en los ladrillos grandes, y el azul y el marrón en los pequeños. Y a ello se sumaron las impresiones cromáticas de mis últimos viajes a Italia: el hermoso azul del Isonzo y de la laguna, y el marrón del Carso.²⁰ La belleza cromática del sueño no era sino una repetición de lo visto en el recuerdo.

¹⁹ [Cf. *supra*, 4, pág. 239.]

²⁰ [Comarca de mesetas calcáreas cerca de Trieste.]

Resumamos lo que llevamos averiguado acerca de esta peculiaridad del sueño que consiste en trasvasar su contenido de representaciones a imágenes sensoriales. A este carácter del trabajo del sueño no lo hemos explicado, por ejemplo reconduciéndolo a leyes conocidas de la psicología, sino que lo destacamos como algo que apunta a constelaciones desconocidas y lo distinguimos mediante el nombre de «carácter *regrediente*». Hemos dicho que esta regresión es, dondequiera que aparece, un efecto de la resistencia que se opone a la penetración del pensamiento en la conciencia por la vía normal, así como de la simultánea atracción que sobre él ejercen recuerdos que subsisten con vivacidad sensorial.²¹ En los sueños quizá contribuye a hacer más fácil la regresión el cese de la corriente progrediente que durante el día parte de los órganos sensoriales, factor auxiliar este que en las otras formas de regresión tiene que ser compensado por el fortalecimiento de los otros motivos para ella. No queremos dejar de apuntar que en estos casos patológicos de regresión, así como en el sueño, el proceso de la transferencia de energía podría ser diverso que en las regresiones de la vida anímica normal, pues en virtud de él se posibilita [en los casos patológicos y en el sueño] una total investidura alucinatoria de los sistemas perceptivos. Lo que en el análisis del trabajo del sueño hemos descrito como el «miramiento por la figurabilidad» podría ser referido a la *atracción selectiva* de las escenas visualmente recordadas y con las cuales los pensamientos oníricos entran en contacto.

Acerca de la regresión,²² queremos observar aún que en la teoría de la formación del síntoma neurótico desempeña un papel no menos importante que en la del sueño. Distinguimos entonces tres modos de regresión: *a*) una regresión *tópica*, en el sentido del esquema aquí desarrollado de los sistemas ψ ; *b*) una regresión *temporal*, en la medida en que se trata de una retrogresión a formaciones psíquicas más antiguas, y *c*) una regresión *formal*, cuando modos de expresión y de figuración primitivos sustituyen a los habituales. Pero en el fondo los tres tipos de regresión son uno solo y

²¹ [Nota agregada en 1914:] En una exposición de la doctrina de la represión habría que puntualizar que un pensamiento cae en la represión por la influencia aunada de dos factores sobre él. Es repellido de una parte (por la censura de la *Cc*) y atraído de la otra (por el *Icc*), de la misma manera que la gente es llevada hasta la cima de la Gran Pirámide. [Agregado en 1919:] Véase mi trabajo sobre «La represión» (1915*d*) [en especial, las páginas iniciales].

²² [Este párrafo se agregó en 1914.]

en la mayoría de los casos coinciden, pues lo más antiguo en el tiempo es a la vez lo primitivo en sentido formal y lo más próximo al extremo perceptivo dentro de la tópica psíquica.²³

Tampoco podemos abandonar el tema de la regresión en el sueño ²⁴ sin formular una impresión que ya se nos había impuesto repetidas veces y que habrá de retornar con más fuerza luego de profundizar en el estudio de las psiconeurosis: El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. Tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo del género humano, del cual el del individuo es de hecho una repetición abreviada, influida por las circunstancias contingentes de su vida. Entrevemos cuán acertadas son las palabras de Nietzsche: en el sueño «sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por un camino directo»; ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el conocimiento de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma. Parece que sueño y neurosis han conservado para nosotros de la antigüedad del alma más de lo que podríamos suponer, de suerte que el psicoanálisis puede reclamar para sí un alto rango entre las ciencias que se esfuerzan por reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la humanidad.

Es bien posible que esta primera parte de nuestra apreciación psicológica del sueño no nos haya dejado demasiado satisfechos. Consolémonos reparando en que nos vemos precisados a edificar desde las tinieblas. Si no andamos por completo descaminados, otros puntos de abordaje nos llevarán aproximadamente a la misma región, en la cual quizá podremos luego orientarnos mejor.

²³ [Cf. «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917*d*), *AE*, 14, pág. 226. Allí se modifica en parte lo enunciado en este párrafo.]

²⁴ [Este párrafo se agregó en 1919.]

C. Acerca del cumplimiento de deseo

El sueño del niño que se abrasa, que expusimos al comienzo de este capítulo, nos da una bienvenida oportunidad para apreciar ciertas dificultades con que choca la doctrina del cumplimiento de deseo. Todos hemos recibido con asombro, sin duda, la afirmación de que el sueño no es otra cosa que un cumplimiento de deseo, y quizá no únicamente por la contradicción que significa el sueño de angustia. Cuando por el análisis obtuvimos los primeros esclarecimientos y estos nos enseñaron que tras el sueño se ocultaban un sentido y un valor psíquico, en modo alguno habríamos esperado una precisión tan unívoca de ese sentido. Según la correcta pero harto escueta definición de Aristóteles, el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir —y en tanto se duerme—. ¹ Ahora bien, si durante el día nuestro pensamiento crea actos psíquicos tan variados —juicios, razonamientos, refutaciones, expectativas, designios, etc.—, ¿por qué estaría obligado por la noche a restringirse con exclusividad a la producción de deseos? ¿Acaso no son muchos los sueños que mudan en forma de sueño un acto psíquico de otra índole, por ejemplo, una preocupación? ¿Y el sueño particularmente trasparente con que encabezamos este capítulo, el sueño del padre, no es uno de ellos? Del fulgor que hiere sus ojos mientras duerme, él extrae la preocupada conclusión de que una vela se ha caído y pudo poner fuego al cadáver; mudó esta inferencia en un sueño vistiéndola como una situación percibida por los sentidos y en tiempo presente. ¿Qué papel desempeña en esto el cumplimiento de deseo? ¿Acaso puede desconocerse aquí el imperio del pensamiento que se continúa desde la vigilia o que fue incitado por la nueva impresión sensorial?

Todo esto es atinado y nos obliga a estudiar de más cerca el papel del cumplimiento de deseo en el sueño y el valor {*Bedeutung*} de los pensamientos de vigilia que se continúan durante el dormir.

Precisamente el cumplimiento de deseo ya nos movió a separar los sueños en dos grupos. Hallamos sueños que se presentaban de manera franca como cumplimiento de deseo, y otros en que este era irreconocible y a menudo ocultado por todos los medios. En estos últimos discernimos las operaciones de la censura onírica. A los sueños de deseo no des-

¹ [Cf. *supra*, 4, pág. 30.]

figurados los encontramos sobre todo en los niños; y *breves* sueños de deseo francos *parecen* —recalco esta reserva— ocurrir también en adultos.

Ahora podemos preguntar de dónde proviene en cada caso el deseo que se realiza en el sueño. Pero, ¿a qué oposición o a qué diversidad referimos este «de dónde»? A mi juicio, a la oposición entre la vida diurna devenida conciente y una actividad psíquica que permanece inconciente y que sólo puede hacerse notable durante la noche. Hallo tres posibilidades para la génesis de un deseo: 1) Puede haberse excitado durante el día sin obtener satisfacción a causa de condiciones exteriores; así queda pendiente para la noche un deseo admitido y no tramitado. 2) Puede haber emergido de día, pero topándose con una desestimación; queda pendiente, pues, un deseo no tramitado pero que fue sofocado. 3) Puede carecer de relación con la vida diurna y contarse entre aquellos deseos que sólo de noche se ponen en movimiento en nosotros desde lo sofocado. Si ahora recurrimos a nuestro esquema del aparato psíquico, localizamos un deseo de la primera clase en el sistema *Prcc*; del deseo de la segunda clase suponemos que fue esforzado hacia atrás (*zurückdrängen*), del sistema *Prcc* al *Icc*, y si es que se ha conservado, lo ha hecho sólo ahí; y de la moción de deseo de la tercera clase creemos que es de todo punto incapaz de trasponer el sistema del *Icc*. Ahora bien, ¿tienen los deseos de estas diversas fuentes la misma significatividad para el sueño, el mismo poder de incitar un sueño?

Una revisión de los sueños de que disponemos para responder a esta pregunta nos indica, primero, que hemos de agregar como cuarta fuente del deseo del sueño las mociones de deseo actuales, que se despiertan durante la noche (v. gr., por el estímulo de la sed o la necesidad sexual). Después, nos parece probable que la procedencia del deseo onírico en nada modifique su capacidad para provocar un sueño. Me viene a la memoria el sueño de la pequeña que prosiguió el viaje por el lago, interrumpido de día, y los sueños infantiles que comuniqué junto con ese;² ellos se explican por un deseo del día, no cumplido, pero no sofocado. Ejemplos de un deseo sofocado durante el día que se abre paso en el sueño pueden señalarse muchos; agregaré ahora uno de este tipo, en extremo simple. Lo tuvo una dama de espíritu algo burlón, una de cuyas amigas, más joven, se había comprometido. A lo largo del día sus amistades le preguntaron si conocía al novio y qué juicio le merecía, y ella

² [Cf. *supra*, 4, págs. 147 y sigs.]

respondió cada vez elogiándolo sin tasa; así imponía silencio a su juicio, pues de buena gana habría dicho la verdad: «*Es un hombre adocenado*».* A la noche soñó que le hacían esa misma pregunta y ella respondía con la fórmula: «*Para nuevos pedidos basta indicar el número*». Por último, que en todos los sueños sometidos a la desfiguración el deseo proviene del inconciente y no pudo percibirse durante el día, lo sabemos como resultado de innumerables análisis. Así, a primera vista, todos los deseos parecen tener el mismo valor y el mismo poder para la formación del sueño.

No puedo probar aquí que las cosas son en verdad muy distintas, pero me inclino mucho a suponer un condicionamiento más estricto del deseo onírico. Los sueños infantiles, es cierto, no nos dejan duda alguna de que un deseo no tramitado durante el día puede ser el excitador del sueño. Pero no debe olvidarse que se trata del deseo de un niño, de una moción de deseo con la fuerza propia de lo infantil. Me resulta por completo dudoso que un deseo no cumplido durante el día baste para producir un sueño en un adulto. Paréceme, más bien, que a medida que vamos dominando nuestra vida pulsional mediante la actividad del pensamiento renunciamos cada vez más, por inútil, a la formación o conservación de deseos tan intensos como los que el niño conoce. Quizá se hagan valer en esto diferencias individuales, y unos conserven más tiempo que otros el tipo infantil de los procesos anímicos, diferencias como las que existen también respecto del debilitamiento del modo de representación originario, que es por imágenes nítidas. Pero en general, creo yo, en el adulto el deseo que quedó pendiente de cumplimiento durante el día no basta para crear un sueño. Concedo de buen grado que la moción de deseo que proviene de lo conciente habrá de contribuir a incitar el sueño, pero probablemente nada más. El sueño no se engendraría si el deseo preconciente no supiese ganarse un refuerzo de otra parte.

¿De dónde? Del inconciente. *Me imagino las cosas así: el deseo conciente sólo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconciente, mediante el cual se refuerza.* A estos deseos inconcientes los considero, de acuerdo con las indicaciones que he recogido en el psicoanálisis de las neurosis, como siempre alertas, dispuestos en todo momento a procurarse expresión cuando se les ofrece la oportunidad de aliarse con una moción de lo conciente y de transferir su mayor intensidad a la menor intensidad de

* {«*Dutzendmensch*», «de los que hay o se venden por docena»; véase lo que sigue.}

esta.³ Entonces tiene que parecer como si sólo el deseo conciente se hubiera realizado en el sueño; únicamente un pequeño detalle llamativo en la configuración de este nos servirá de indicio para ponernos sobre la pista del poderoso auxiliar que viene del inconciente. Estos deseos siempre alertas, por así decir inmortales, de nuestro inconciente, que recuerdan a los titanes de la saga sepultados desde los tiempos primordiales bajo las pesadas masas rocosas que una vez les arrojaron los dioses triunfantes, y que todavía ahora, de tiempo en tiempo, son sacudidas por las convulsiones de sus miembros; estos deseos que se encuentran en estado de represión, decía, son ellos mismos de procedencia infantil, como nos lo ha enseñado el estudio psicológico de las neurosis. Querría por eso tachar el enunciado que formulé antes [pág. 544], a saber, que la procedencia del deseo onírico es indiferente, y sustituirlo por este otro: *El deseo que se figura en el sueño tiene que ser un deseo infantil*. Por tanto, en el adulto proviene del *Icc*; en el niño, en quien la separación y la censura entre *Prcc* e *Icc* todavía no existen o sólo están constituyéndose poco a poco, es un deseo incumplido, no reprimido, de la vida de vigilia. Yo sé que esta intuición no puede probarse en general; pero afirmo que puede probársela muchas veces, aun donde no se lo habría sospechado, y no puede ser refutada en general.

A las mociones de deseo que restan de la vida conciente de vigilia les asigno, entonces, un papel secundario en la formación del sueño. No quiero concederles otro que, por ejemplo, el que respecto del contenido del sueño cumple el material de sensaciones actuales sobrevenidas mientras se duerme (cf. [4] págs. 240-1). Me atengo a la línea que me prescribe esta argumentación cuando ahora paso a considerar las otras incitaciones psíquicas que restan de la vida diurna y que no son deseos. Puede ocurrir que logremos, cuando decidimos dormirnos, el cese provisional de las investiduras energéticas de nuestro pensamiento de vigilia. El que puede

³ Comparten este carácter de la indestructibilidad con todos los otros actos anímicos realmente inconcientes, vale decir, los que pertenecen con exclusividad al sistema *Icc*. Son vías facilitadas de una vez por todas, que nunca quedan desiertas y que llevan a la descarga el proceso de la excitación cada vez que se reinvieste la excitación inconciente. Para servirme de un símil: sólo pueden ser aniquiladas de la misma manera que las sombras del mundo subterráneo en *La Odisea*, que cobraban nueva vida tan pronto como bebían sangre. Los procesos que dependen del sistema preconciente son destructibles en un sentido muy diferente. Sobre esta diferencia se basa la psicoterapia de las neurosis. [Cf. *infra*, pág. 569.]

hacerlo bien es un buen durmiente; el primer Napoleón parece haber sido un modelo de este género. Pero no siempre lo logramos, y no siempre por completo. Problemas no solucionados, preocupaciones martirizantes, un excesivo aflujo de impresiones, hacen que la actividad de pensamiento prosiga también mientras dormimos y mantenga procesos anímicos dentro del sistema que denominamos «preconciente». Y si debemos trazar una clasificación de estas mociones de pensamiento que se continúan mientras dormimos, podemos consignar los siguientes grupos: 1) lo que durante el día, a causa de una coartación contingente, no se llevó hasta el final; 2) lo que por desfallecimiento de nuestra capacidad de pensar quedó sin tramitar, lo no solucionado; 3) lo rechazado y sofocado durante el día. A ello se suma, como un poderoso grupo: 4) lo que por el trabajo de lo preconciente fue alertado durante el día en nuestro *Icc*; y por último, podemos agregar como otro grupo: 5) las impresiones del día que nos resultaron indiferentes y por eso quedaron sin tramitar.

Las intensidades psíquicas que son introducidas en el estado del dormir por estos restos de la vida diurna, sobre todo por los del grupo de lo no solucionado, no han de ser tenidas a menos. Es seguro que también durante la noche estas excitaciones pugnan por expresarse, y con igual seguridad podemos suponer que el estado del dormir imposibilita el avance habitual del proceso de excitación en el interior del preconciente y su terminación por el devenir-conciente. En la medida en que también durante la noche podemos hacernos concientes de nuestros procesos de pensamiento por el camino normal, en esa misma medida dejamos de estar dormidos. No sé indicar la alteración que el estado del dormir provoca en el sistema *Prcc*;⁴ pero es indudable que la característica psicológica del dormir ha de buscarse, en lo esencial, en las alteraciones de investidura de este sistema en particular, que también gobierna el acceso a la motilidad, paralizada mientras se duerme. Por oposición a esto, yo no sabría indicar nada en la psicología del sueño que nos obligue a suponer que el dormir altera en las condiciones del sistema *Icc* algo que no sea secundario. A la excitación nocturna en el interior del *Prcc* no le queda entonces otro camino que el que toman las excitaciones de deseo que provienen del *Icc*; tiene que buscar un refuerzo

⁴ [Nota agregada en 1919:] He procurado penetrar en el conocimiento de la situación imperante en el estado del dormir y de las condiciones de la alucinación en mi ensayo «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917d).

de lo *Icc* y acompañar en sus rodeos a las excitaciones inconcientes. Ahora bien, ¿cómo se sitúan los restos diurnos preconcientes respecto del sueño? Es indudable que penetran abundantemente en él, que aprovechan su contenido para abrirse paso hasta la conciencia también durante la noche; y aun a veces llegan a dominar el contenido del sueño y lo fuerzan a proseguir el trabajo diurno; es también seguro que los restos diurnos pueden tener cualquier otro carácter, no sólo el de deseos; pero es en extremo instructivo, y decisivo para la doctrina del cumplimiento de deseo, ver la condición a que tienen que adecuarse a fin de hallar acogida en el sueño.

Tomemos uno de los ejemplos de sueño ya consignados, aquel en que mi amigo Otto se me apareció con los signos de la enfermedad de Basedow (cf. [4] págs. 277 y sigs.). Durante el día me había entrado una preocupación motivada por el semblante de Otto, y la sentí mucho, como a todo lo que atañe a su persona. Ella me persiguió, puedo suponerlo, aun dormido. Es probable que yo quisiera averiguar lo que podría aquejarle. Y a la noche ese cuidado se expresó en el sueño que comuniqué, cuyo contenido, en primer lugar, era disparatado y, en segundo lugar, no respondía a ningún cumplimiento de deseo. Pero entonces empecé a rebuscar el origen de esa expresión inadecuada de la preocupación que había sentido durante el día, y por el análisis hallé un nexo, pues a él lo identificaba con un barón L., y a mí mismo, en cambio, con el profesor R. ¿Por qué debí escoger precisamente este sustituto del pensamiento onírico? Había una sola explicación. A identificarme con el profesor R. debía de estar yo siempre dispuesto en el *Icc*, pues ello cumplía uno de los deseos infantiles imperecederos, el deseo de la manía de grandeza. Desagradables pensamientos en relación con mi amigo, seguramente desestimados durante el día, habían aprovechado la oportunidad para colarse en la figuración, pero también el cuidado del día había alcanzado una suerte de expresión a través de un sustituto en el contenido del sueño.⁵ El pensamiento diurno, que en sí no era un deseo, sino al contrario una preocupación, tuvo que procurarse por algún camino el anudamiento con un deseo infantil sofocado y ahora inconciente, que le permitió después, aunque convenientemente modificado, «nacer» para la conciencia. Y cuanto más dominante fuera ese cuidado, tanto más forzado podía ser el enlace que se estableciera; no hacía falta que hubiera nexo alguno entre

⁵ [Cf. *supra*, 4, pág. 275.]

el contenido del deseo y el de la preocupación, y en nuestro ejemplo no lo había tampoco.

Quizá sea oportuno⁶ tratar esta misma cuestión en la forma de un examen del modo en que el sueño se comporta cuando se le ofrece en los pensamientos oníricos un material que es todo lo contrario de un cumplimiento de deseo, vale decir, cuidados fundados, consideraciones dolorosas, penosas intelecciones. La diversidad de los resultados posibles puede articularse del siguiente modo: *a*) El trabajo del sueño consigue sustituir todas las representaciones penosas por sus contrarias y sofocar los afectos displacenteros correspondientes. Esto da por resultado un sueño de satisfacción puro, un «cumplimiento de deseo» palpable en el que no parece preciso elucidar nada más. *b*) Las representaciones penosas, modificadas en mayor o menor medida, pero bien reconocibles, alcanzan el contenido manifiesto del sueño. Este es el caso que mueve a dudar de la teoría del deseo con relación al sueño y que reclama ulterior examen. Estos sueños de contenido penoso pueden sentirse como indiferentes, pueden traer consigo todo el afecto penoso que parece justificado por su contenido de representaciones, o aun provocar el despertar por un desarrollo de angustia.

El análisis demuestra que también estos sueños de displacer son cumplimientos de deseo. Un deseo inconciente y reprimido cuyo cumplimiento no podía ser sentido por el yo del soñante sino como penoso se valió de la oportunidad que le ofrecían los restos diurnos penosos que seguían investidos, les prestó su apoyo y así los hizo soñables. Pero mientras que en el caso *a* el deseo inconciente coincidía con el deseo conciente, en el caso *b* se hace patente la divergencia entre lo inconciente y lo conciente —lo reprimido y el yo— y se realiza la situación del cuento de los tres deseos que el hada concedió a la pareja (cf. *infra*, pág. 572n.). La satisfacción por el cumplimiento del deseo reprimido puede resultar tan grande que equilibre los afectos penosos adheridos a los restos diurnos [cf. pág. 468]; el sueño presenta entonces un tono afectivo indiferente, aunque por una parte es el cumplimiento de un deseo y, por otra, el de una aprensión. O puede suceder que el yo durmiente participe con mayor amplitud en la formación del sueño, reaccione con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo réprimido y aun ponga fin al sueño mediante la an-

⁶ [Este párrafo y los dos siguientes se agregaron en 1919.]

gustia. No es difícil entonces reconocer que los sueños de displacer y los de angustia son cumplimientos de deseo, en el sentido de nuestra teoría, con igual título que los sueños de satisfacción lisa y llana.

Los sueños de displacer pueden ser también «sueños punitivos». [Cf. págs. 470 y sigs.] Ha de concederse que admitiéndolos se agrega en cierto sentido algo nuevo a la teoría del sueño. Lo que con ellos se cumple es igualmente un deseo inconciente, el de un castigo del soñante a causa de una moción de deseo no permitida, reprimida. En esa medida tales sueños se adecuan al requisito que nosotros sustentamos, a saber, que la fuerza impulsora para la formación del sueño tiene que ser proporcionada por un deseo oriundo de lo inconciente. Empero, una descomposición {análisis} psicológica más fina permite reconocer su diferencia con los otros sueños de deseo. En los casos del grupo *b*, el deseo inconciente, formador del sueño, pertenecía a lo reprimido; en los sueños punitivos también se trata de un deseo inconciente, pero no debe imputárselo a lo reprimido, sino al «yo». Los sueños punitivos indican, por tanto, la posibilidad de una participación todavía más extensa del yo en la formación del sueño. El mecanismo de la formación del sueño se vuelve en general más transparente si la oposición entre «conciente» e «inconciente» es remplazada por la oposición entre «yo» y «reprimido». Pero esto no puede hacerse sin referencia a los procesos que ocurren en la psiconeurosis, y por eso no se lo llevó a cabo en este libro. Me limito a hacer notar que los sueños punitivos no están ligados en general a la condición de que los restos diurnos sean penosos. Más bien se engendran con la mayor facilidad bajo la premisa opuesta, a saber, cuando los restos diurnos son pensamientos de naturaleza satisfactoria, pero expresan satisfacciones no permitidas. Entonces, de estos pensamientos no llega al sueño manifiesto más que su opuesto directo, a semejanza de lo que ocurría en los sueños del grupo *a*. El carácter esencial de los sueños punitivos reside, por tanto, en que en ellos el formador del sueño no es el deseo inconciente que procede de lo reprimido (el sistema *Icc*), sino el deseo punitivo que reacciona contra aquel; este último pertenece al yo, aunque es también inconciente (es decir, preconciente).⁷

⁷ [Nota agregada en 1930:] Este es el lugar en que habría que insertar el superyó, que fue un descubrimiento posterior del psicoanálisis. [Cf. pág. 473, n. 19. — Una clase de sueños que constituyen una excepción a la «teoría del deseo» (los que sobrevienen en

Quiero ilustrar con un sueño propio ⁸ algo de lo presentado aquí, sobre todo la manera en que el trabajo del sueño procede con un resto diurno de expectativas penosas:

Comienzo no nítido. *Digo a mi mujer que tengo una noticia para ella, algo muy particular. Ella se asusta y no quiere oír nada. Yo le aseguro que, por lo contrario, es algo que la pondrá muy contenta, y empiezo a contar que el cuerpo de oficiales ha enviado a nuestro hijo una suma de dinero (¿5.000 coronas?), ... algo como por reconocimiento ... distribución ... En eso entro yo con ella en una pequeña habitación, como una despensa, para buscar algo. De pronto veo aparecer a mi hijo; no está de uniforme, sino más bien enfundado en un estrecho traje deportivo (¿como una foca?), con capucha pequeña. Se trepa sobre una cesta que se encuentra de costado junto a un armario, como para poner algo en él. Yo lo llamo; no hay respuesta. Me parece que tiene vendados el rostro o la frente, se acomoda algo en la boca, se introduce algo. También sus cabellos tienen un destello gris. Yo pienso: «¿Es posible que esté tan desmedrado? ¿Y tiene dientes postizos?»». Antes que pueda llamarlo de nuevo, me despierto sin angustia, pero con palpitaciones. Mi reloj de noche marca las dos y media.*

Tampoco en este caso puedo comunicar un análisis completo. Me limito a destacar algunos de los puntos más decisivos. La ocasión del sueño la proporcionaron expectativas penosas del día; otra vez, había trascurrido más de una semana sin que tuviéramos noticias del que combatía en el frente. Fácil es advertir que en el contenido del sueño se expresa la convicción de que él está herido o ha caído en combate. Al comienzo del sueño se observa el enérgico esfuerzo para sustituir los pensamientos penosos por su contrario. Tengo para comunicar algo en extremo grato, algo sobre un envío de dinero, reconocimiento, distribución. (La suma de dinero proviene de un suceso alentador de mi práctica médica, y por tanto a toda costa quiere desviar del tema.) Pero este esfuerzo fracasa. La madre sospecha algo terrible y no quiere oír nada. Además, las vestiduras son demasiado delgadas... dondequiera se trasluce la alusión a lo que debe ser sofocado. Si nuestro hijo ha caído, sus camaradas nos devolverán sus pertenencias; lo que él deja, tendré

las neurosis traumáticas) es examinada por Freud en *Más allá del principio de placer* (1920g), AE, 18, págs. 12-4, y en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), AE, 22, págs. 26-8.]

⁸ [Este párrafo y los dos siguientes se agregaron como nota al pie en 1919, y se incorporaron al texto en 1930.]

que distribuirlo entre los hermanos y otros; reconocimientos se otorgan a menudo al oficial después de su «muerte heroica». El sueño pasa entonces a dar expresión directa a lo que primero quiso desmentir, aunque la tendencia al cumplimiento de deseo se hace notable aun a través de las desfiguraciones. (El cambio de lugar en este sueño ha de entenderse sin duda como «simbolismo del umbral» en el sentido de Silberer [1912; cf. *supra*, pág. 500].) Todavía no vislumbramos lo que presta al sueño la fuerza impulsora requerida para ello. Ahora bien, el hijo no aparece como alguien que «cae», sino como alguien que «trepa». Es que ha sido un osado montañista. No está de uniforme, sino en traje deportivo, vale decir, el accidente ahora temido es remplazado por uno anterior que sufrió haciendo deportes, cuando se cayó en una pista de esquí y se quebró la cadera. Pero la manera en que está vestido, tal que parece una foca, recuerda enseguida a alguien más joven, a nuestro travieso nietecito; los cabellos grises remiten al padre de este, nuestro yerno, duramente castigado por la guerra. ¿Qué significa esto? Pero basta; la localización en una despensa, el armario del que quiere sacar algo (poner algo, en el sueño), son alusiones inequívocas a un accidente que yo mismo me provoqué cuando tenía más de dos años y todavía no había cumplido los tres.⁹ En la despensa me trepé a un taburete a fin de sacar algo bueno que estaba sobre un armario o sobre una mesa. El taburete se volteó y su borde me golpeó tras la mandíbula inferior. Habría podido romperme todos los dientes. Una admonición se insinúa en esto: «Te está bien empleado», como una moción hostil al gallardo guerrero. La profundización del análisis me permite hallar la moción escondida que pudo satisfacerse con el temido accidente de mi hijo. Es la envidia a la juventud, que los mayores creen haber extirpado de raíz; y es innegable que precisamente la fuerza de la emoción penosa en caso de que ese accidente realmente ocurriera hace salir a luz, como su sedante, ese cumplimiento de deseo reprimido.¹⁰

Ahora puedo definir con exactitud la significación que tiene el deseo inconciente respecto del sueño. Concedo que existe toda una clase de sueños cuya *incitación* proviene de manera predominante, y hasta exclusiva, de los restos de la vida diurna, y opino que aun mi deseo de llegar a ser por fin

⁹ [Cf. *supra*, 4, págs. 43-4n.]

¹⁰ [El posible sentido telepático de este sueño es tratado brevemente en «Sueño y telepática» (Freud, 1922a), *AE*, 18, págs. 189-90.]

professor extraordinarius habría podido dejarme dormir en paz aquella noche si el cuidado por la salud de mi amigo no se hubiera conservado activo desde el día.¹¹ Pero ese cuidado no habría producido ningún sueño; la *fuerza impulsora* que le hacía falta a este tenía que ser aportada por un deseo; incumbía a la preocupación el procurarse tal deseo como fuerza impulsora. Para decirlo con un símil: Es muy posible que un pensamiento onírico desempeñe para el sueño el papel del *empresario*; pero el empresario que, como suele decirse, tiene la idea y el empuje para ponerla en práctica, nada puede hacer sin capital; necesita de un *capitalista* que le costee el gasto, y este capitalista, que aporta el gasto psíquico para el sueño, es en todos los casos e inevitablemente, cualquiera que sea el pensamiento diurno, *un deseo que procede del inconciente*.¹²

Otras veces el capitalista mismo es el empresario; para el sueño este caso es incluso el más usual. La actividad diurna ha incitado un deseo inconciente, que crea entonces al sueño. Y los procesos oníricos presentan analogías también con respecto a todas las otras posibilidades de la relación económica que aquí usamos como ejemplo: el empresario mismo puede aportar una cuota pequeña de capital; varios empresarios pueden acudir al mismo capitalista; varios capitalistas pueden reunir en conjunto lo que el empresario necesita. Así existen sueños sostenidos por más de un deseo onírico, y todas las otras variaciones semejantes que se disciernen con facilidad y ya no tienen ningún interés para nosotros. Lo que ha quedado incompleto en esta elucidación del deseo onírico sólo después podrá completarse.

El *tertium comparationis* {tercer elemento de comparación} de los símiles que hemos usado, la cantidad¹³ puesta libremente a disposición en el volumen adecuado, admite todavía una aplicación más fina para ilustrar la estructura del sueño. En la mayoría de los sueños puede reconocerse un centro provisto de una particular intensidad sensible, como se consignó en [4] pág. 311 [y 333 y sigs.]. Este es por lo general la figuración directa del cumplimiento de deseo, pues si enderezamos los desplazamientos producidos por el trabajo del sueño, hallamos que la intensidad psíquica de los elementos incluidos en los pensamientos oníricos fue susti-

¹¹ [Cf. *supra*, 4, pág. 279.]

¹² [Este último párrafo es citado textualmente por Freud al final de su análisis del primer sueño de «Dora» (1905e), *AE*, 7, pág. 76, el cual, según comenta, ratifica por completo lo expresado aquí.]

¹³ [De capital en el caso de la analogía, y de energía psíquica en el caso del sueño.]

tuida por la intensidad sensorial de los elementos del contenido del sueño. Los elementos que están en las cercanías del cumplimiento de deseo a menudo nada tienen que ver con el sentido de este, sino que resultan ser retoños de pensamientos penosos, contrarios al deseo; pero por su nexo con el elemento central, establecido tantas veces de manera artificiosa, recibieron una intensidad tan grande que se volvieron capaces de figuración. Así, la fuerza figurante del cumplimiento de deseo se difunde por una cierta esfera de nexos, dentro de la cual todos los elementos, aun los en sí faltos de medios, son elevados a la figuración. En sueños con varios deseos pulsionantes es fácil deslindar entre sí las esferas de los diversos cumplimientos de deseo, y a menudo aun las lagunas del sueño pueden comprenderse como zonas de frontera.¹⁴

Si bien mediante las observaciones precedentes hemos restringido la importancia que los restos diurnos tienen para el sueño, vale la pena prestarles todavía otro poco de atención. Es que, no obstante, tienen que ser un ingrediente necesario de la formación del sueño; de otro modo no se explicaría que la experiencia pueda depararnos la sorpresa de que en el contenido de todo sueño se identifique un anudamiento con una impresión diurna reciente, a menudo del tipo más indiferente. Ahora bien, aún no pudimos discernir aquello que hace necesario este agregado a la mezcla constitutiva del sueño (cf. [4] págs. 196-7). Lo lograremos si, reteniendo el papel del deseo inconciente, acudimos a la psicología de las neurosis en busca de esclarecimiento. Esta nos enseña que la representación inconciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconciente, y que sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconciente, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la *trasferencia*,¹⁵ que explica tantos su-

¹⁴ [En «Un sueño como pieza probatoria» (Freud, 1913a) se hallará un resumen particularmente claro sobre el papel desempeñado por los «restos diurnos» en la construcción del sueño.]

¹⁵ [En sus escritos posteriores, Freud utilizó regularmente esta misma palabra «trasferencia» («*Übertragung*») para describir un proceso psicológico distinto —aunque conexo—, descubierto por él en el transcurso de los tratamientos psicoanalíticos: el proceso de «transferir» a un objeto contemporáneo sentimientos que el individuo aplicó originalmente —y sigue aplicando en forma inconciente— a un objeto infantil. (Cf., por ejemplo, «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905e), AE, 7, págs. 101-5, y «Puntualizaciones sobre

cesos llamativos de la vida anímica de los neuróticos. La transferencia puede dejar intacta esa representación oriunda del preconciente, la cual alcanza así una intensidad inmerecidamente grande, o imponerle una modificación por obra del contenido de la representación que se le trasfiere. Perdónese mi inclinación por los símiles tomados de la vida cotidiana, pero estoy tentado de decir que para la representación reprimida la situación se parece a aquella en que se encuentran en nuestra patria los odontólogos norteamericanos, quienes no pueden ejercer su profesión si no se valen, como subterfugio y como cobertura frente a la ley, de un doctor en medicina promovido en debida forma. Y así como no son precisamente los médicos de mayor clientela los que pactan esas alianzas con los dentistas, tampoco en lo psíquico se escogen para encubrir una representación reprimida aquellas representaciones concientes o preconcientes que han atraído sobre sí en medida considerable la atención que actúa dentro del preconciente. Lo inconciente urde sus conexiones, de preferencia, en torno de aquellas impresiones y representaciones de lo preconciente a las que se descuidó por indiferentes o que, desestimadas, se sustrajeron enseguida de la consideración. Una conocida tesis de la doctrina de las asociaciones, corroborada por toda la experiencia, dice que representaciones que han anudado una conexión muy íntima en cierta dirección se comportan como refractarias frente a grupos enteros de nuevas conexiones; una vez hice el intento de fundar sobre esta tesis una teoría de las parálisis histéricas.¹⁶

Si suponemos que también en el sueño tiene valimiento esa misma necesidad de transferencia por parte de las representaciones reprimidas que nos ha enseñado el análisis de las neurosis, se explican también de un golpe dos de los enigmas del sueño, a saber, que todo análisis de sueños pone de manifiesto algún entrelazamiento de una impresión reciente, y que este elemento reciente es a menudo del tipo más indiferente.¹⁷ Y agregamos lo que ya tenemos aprendido en otro lugar:¹⁸ que si estos elementos recientes e indiferentes pueden llegar con tanta frecuencia al contenido

el amor de transferencia» (1915a), *AE*, 12, págs. 163 y sigs.) La palabra aparece también en este otro sentido en la presente obra (por ejemplo, *supra*, 4, págs. 199 y 214), y ya había sido usada por Freud en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, 2, págs. 306-8.]

¹⁶ [Cf. «Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas» (Freud, 1893c), *AE*, 1, págs. 206-10.]

¹⁷ [Cf. *supra*, 4, págs. 195-6.]

¹⁸ [Cf. *supra*, 4, pág. 193.]

del sueño, en calidad de sustitutos de los más antiguos entre los pensamientos oníricos, ello se debe a que son, al mismo tiempo, los que menos tienen que temer de la censura de la resistencia. Ahora bien, mientras que su carácter de exentos de censura nos esclarece sólo la preferencia por los elementos triviales, la constancia de los elementos recientes nos deja entrever el constreñimiento a la transferencia. Lo reprimido exige un material todavía libre de asociaciones; y ambos grupos de impresiones satisfacen ese reclamo: las indiferentes, porque no han ofrecido ocasión alguna a extensas conexiones, y las recientes, porque les faltó tiempo para ello.

Vemos así que los restos diurnos, a los cuales tenemos el derecho de asimilar ahora las impresiones indiferentes, no sólo toman algo prestado del *Icc* cuando logran participar en la formación del sueño —vale decir: la fuerza pulsionante de que dispone el deseo reprimido—, sino que también ofrecen a lo inconciente algo indispensable, el apoyo necesario para adherir la transferencia. Si quisiésemos penetrar aquí con mayor profundidad en los procesos anímicos, tendríamos que dilucidar mejor el juego de las excitaciones entre preconciente e inconciente; el estudio de las psiconeurosis nos impulsa a hacerlo, pero precisamente el sueño no ofrece asidero alguno para ello.

Todavía una observación sobre los restos diurnos. No hay duda de que los verdaderos perturbadores del dormir son ellos, y no el sueño, que más bien se esfuerza por protegerlo. Sobre esto volveremos luego [págs. 568 y sigs.].

Hasta ahora hemos estudiado el deseo onírico; lo derivamos del ámbito del inconciente y descompusimos su vínculo con los restos diurnos, que a su vez pueden ser deseos o mociones psíquicas de cualquier otra índole, o simplemente impresiones recientes. Así hemos hecho lugar a los eventuales reclamos en favor de la importancia que tiene, para la formación del sueño, el trabajo del pensamiento de vigilia (en toda su diversidad). Tampoco sería imposible que sobre la base de nuestra argumentación lográsemos explicar aun aquellos casos extremos en que el sueño, como continuador del trabajo diurno, lleva a feliz término una tarea irresuelta de la vigilia.¹⁹ No nos hace falta sino un ejemplo de esa clase para descubrir mediante su análisis la fuente de deseo infantil o reprimida cuya convocación vino a reforzar tan exitosamente el empeño de la actividad preconciente. Pero

¹⁹ [Cf. *supra*, 4, pág. 88. Un ejemplo de esto se menciona en una nota al pie de *El yo y el ello* (Freud, 1923b), AE, 19, pág. 28.]

no hemos dado un solo paso hacia la solución de este enigma: ¿Por qué durante el sueño lo inconciente no puede ofrecer nada más que la fuerza pulsionante para un cumplimiento de deseo? La respuesta a esta pregunta está destinada a arrojar luz sobre la naturaleza psíquica del desear; debe procurársela con el auxilio del esquema del aparato psíquico.

No tenemos dudas de que este aparato ha alcanzado su perfección actual sólo por el camino de un largo desarrollo. Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de su capacidad de operación. Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos,²⁰ y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que le llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envío para su constitución ulterior. El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta {*setzen*} por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse «alteración interna» o «expresión emocional». El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción

²⁰ [El llamado «principio de constancia», que se examina en las páginas iniciales de *Más allá del principio de placer* (1920g), pero ya constituía una hipótesis fundamental en algunos de los primeros escritos psicológicos de Freud; por ejemplo, en su carta a Josef Breuer del 29 de junio de 1892, publicada póstumamente (Freud, 1941a). Lo sustancial de este párrafo se enuncia ya en el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950a), AE, I, págs. 340-1, 362-4 y 373-5. Véase mi «Introducción», *supra*, 4, págs. 8 y sigs.]

de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una *identidad perceptiva*,²¹ o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin {más adecuada}. Es que el establecimiento de la identidad perceptiva por la corta vía regresiente en el interior del aparato no tiene, en otro lugar, la misma consecuencia que se asocia con la investidura de esa percepción desde afuera. La satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura. Para que la investidura interior tuviera el mismo valor que la exterior, debería ser mantenida permanentemente, como en la realidad sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, cuya operación psíquica se agota en la *retención* del objeto deseado. Para conseguir un empleo de la fuerza psíquica más acorde a fines, se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad [perceptiva] deseada.²² Esta inhibición [de la regresión], así como, el desvío de la excitación que es su consecuencia, pasan a ser el cometido de un segundo sistema que gobierna la motilidad voluntaria, vale decir, que tiene a su exclusivo cargo el empleo de la motilidad para fines recordados de antemano. Ahora bien, toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que *un rodeo para el cumplimiento de deseo*, rodeo que la experiencia ha hecho necesario.²³ Por tanto, el pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio, y en

²¹ [Es decir, algo perceptivamente idéntico a la «vivencia de satisfacción».]

²² [Nota agregada en 1919:] En otras palabras: se reconoce la necesidad de introducir un «examen de realidad».

²³ Con justicia alaba Le Lorrain [1895] el cumplimiento de deseo del sueño: «*Sans fatigue sérieuse, sans être obligé de recourir à cette lutte opiniâtre et longue qui use et corrode les jouissances poursuivies*» {«Sin fatiga seria, sin estar obligado a recurrir a esa lucha obstinada y larga que desgasta y corroe los goces perseguidos»}.

el acto se vuelve evidente que el sueño es un cumplimiento de deseo, puesto que solamente un deseo puede impulsar a trabajar a nuestro aparato anímico. El sueño, que cumple sus deseos por el corto camino regrediente, no ha hecho sino conservarnos un testimonio del modo de trabajo *primario* de nuestro aparato psíquico, que se abandonó por inadecuado. Parece confinado a la vida nocturna lo que una vez, cuando la vida psíquica era todavía joven y defectuosa, dominó en la vigilia; de igual modo reencontramos en el cuarto de los niños el arco y las flechas, esas armas de la humanidad incipiente ahora desechadas. *El soñar es un rebrote de la vida infantil del alma, ya superada.* En las psicosis vuelven a imponerse estos modos de trabajo del aparato psíquico que en la vigilia están sofocados en cualquier otro caso, y entonces muestran a la luz del día su incapacidad para satisfacer nuestras necesidades frente al mundo exterior.²⁴

Es evidente que las mociones de deseo inconcientes aspiran a regir también durante el día, y tanto el hecho de la trasferecia como las psicosis nos enseñan que querrían irrumpir por el camino que a través del sistema del preconciente lleva hasta la conciencia y hasta el gobierno de la motilidad. En la censura entre *Icc* y *Prcc*, que precisamente el sueño nos obligó a suponer, hemos reconocido y honrado entonces al guardián de nuestra salud mental. Pero, ¿no es un descuido del guardián el que reduzca su actividad durante la noche, dejando así que lleguen a expresarse las mociones sofocadas del *Icc* y haciendo de nuevo posible la regresión alucinatoria? Creo que no; en efecto, cuando el guardián crítico se entrega al reposo —y tenemos pruebas de que no se adormece muy profundamente—, cierra también la puerta a la motilidad. Pueden ser permitidas cuantas mociones de lo *Icc* (inhibido en todo otro caso) quieran pulular en el escenario; ellas resultan inofensivas porque no son capaces de poner en movimiento al aparato motor, el único que puede actuar sobre el mundo exterior transformándolo. El estado del dormir garantiza la seguridad de la fortaleza en custodia. Menos inofensiva es la situación cuando el desplazamiento de fuerzas no es producido por la relajación nocturna del gasto de fuerzas de la censura crítica, sino por un debilitamiento patológico de esta o por un

²⁴ [Nota agregada en 1914:] En mis «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911b), trabajo referido al principio de placer y al principio de realidad, he desarrollado con detalle esta ilación de pensamiento. [De hecho, esta idea se sigue desarrollando *infra*, págs. 587 y sigs.]

refuerzo patológico de las excitaciones inconcientes, mientras el preconciente está investido y las puertas a la motilidad están abiertas. En tales casos, el guardián es yugulado, las excitaciones inconcientes someten al *Prcc*, y desde ahí gobiernan nuestra habla y nuestra acción o fuerzan la regresión alucinatoria y guían el aparato, que no les está destinado, en virtud de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. A este estado lo llamamos psicosis.

Ahora nos encontramos en el mejor camino para seguir construyendo los andamios psicológicos que habíamos abandonado con la inclusión de los dos sistemas *Icc* y *Prcc*. Pero aún tenemos bastantes motivos para detenernos en la apreciación del deseo como la única fuerza psíquica pulsionante del sueño. Aceptamos el esclarecimiento de que el sueño es en todos los casos un cumplimiento de deseo porque es una operación del sistema *Icc*, que no conoce en su trabajo ninguna otra meta que el cumplimiento de deseo ni dispone de otras fuerzas que no sean las mociones de deseo. Y si ahora queremos arrogarnos todavía por un momento el derecho a desarrollar, partiendo de la interpretación del sueño, especulaciones de tan vasto alcance, estamos obligados a mostrar que con ellas insertamos al sueño dentro de una concatenación que puede abarcar también otras formaciones psíquicas. Si existe un sistema del *Icc* —o algo análogo a él para nuestras elucidaciones—, entonces el sueño no puede ser su única exteriorización; todo sueño será un cumplimiento de deseo, pero tiene que haber, además de los sueños, otras formas anormales de cumplimiento de deseo. Y, en realidad, la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en una sola tesis: *También ellos tienen que ser concebidos como cumplimientos de deseos de lo inconciente*.²⁵ En virtud del esclarecimiento que hemos dado, el sueño se convierte en el primer eslabón, no más, de una serie en extremo importante para el psiquiatra; comprenderla significa solucionar la parte puramente psicológica de la tarea psiquiátrica.²⁶ De otros miembros de esta serie de cumplimien-

²⁵ [Nota agregada en 1914:] Dicho más correctamente: una parte del síntoma corresponde al cumplimiento de deseo inconciente, y otra, a la formación reactiva contra este.

²⁶ [Nota agregada en 1914:] Hughlings Jackson había expresado: «Si lo descubris todo acerca del sueño, habréis descubierto todo lo relativo a la insania» («Find out all about dreams and you will have found out all about insanity»). [Citado por Ernest Jones (1911c), quien lo había oído directamente de labios de Hughlings Jackson.]

tos de deseo, por ejemplo de los síntomas histéricos, yo conozco empero un carácter esencial que todavía echo de menos en el sueño. Sé, en efecto, por las investigaciones que tantas veces he mencionado a lo largo de este tratado, que para la formación de un síntoma histérico tienen que coincidir dos corrientes de nuestra vida anímica. El síntoma no es la mera expresión de un deseo inconciente realizado; tiene que agregarse todavía un deseo del preconciente que se cumpla mediante el mismo síntoma, de suerte que este resulte determinado *por lo menos* doblemente, una vez por cada uno de los sistemas que intervienen en el conflicto. Lo mismo que en el sueño, no hay barrera alguna para una mayor sobredeterminación.²⁷ La determinación que no proviene del *Icc* es, hasta donde yo veo, por regla general un itinerario de pensamiento de reacción frente al deseo inconciente, por ejemplo, un autocastigo. Así pues, en términos completamente generales, puedo decir que *un síntoma histérico sólo se engendra donde dos cumplimientos de deseo opuestos, provenientes cada uno de un diverso sistema psíquico, pueden coincidir en una expresión*. (Véanse sobre esto mis últimas formulaciones sobre la génesis de los síntomas histéricos en el ensayo «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad».²⁸) Mencionar aquí ejemplos sería poco fructífero, pues sólo puede resultar convincente la revelación completa de las complicaciones existentes. Lo dejo entonces como una aseveración, y aporto un ejemplo teniendo en cuenta únicamente su carácter ilustrativo, no su fuerza probatoria. Helo aquí: En el caso de una paciente, el vómito histérico resultó ser, por una parte, el cumplimiento de una fantasía inconciente del tiempo de su pubertad; era el deseo de estar continuamente grávida, de tener innumerables hijos, a lo cual se sumó después este agregado: y del mayor número posible de hombres. Contra este deseo desenfrenado se elevó una poderosa moción de defensa. Y como por los vómitos la paciente podía perder la lozanía de su cuerpo y su belleza, de suerte que ningún hombre la encontrase ya agradable, el síntoma se ajustaba también a la ilusión de pensamientos punitivos y, admitido por ambos costados, podía hacerse realidad. Este mismo trato, el de admitir un cumplimiento de deseo, fue el que quiso dar la reina de los partos al triunviro Craso. Creyó que había emprendido la campaña guerrera por ansia de oro, y entonces

²⁷ [Cf. *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), AE, 2, pág. 270.]

²⁸ [Freud, 1908a. — Esta última oración se agregó en 1909.]

hizo verter oro fundido en las fauces del muerto: «Aquí tienes lo que deseabas». Del sueño, hasta ahora no sabemos sino que expresa un cumplimiento de deseo de lo inconciente; parece que el sistema dominante, preconciente, se lo permite después de constreñirlo a ciertas desfiguraciones. En la realidad no podemos revelar en todos los casos un itinerario de pensamiento opuesto al deseo onírico, que se realizara en el sueño como su contraparte. Sólo aquí y allí aparecen, en los análisis de sueños, indicios de productos reactivos; por ejemplo, la ternura hacia mi amigo R. en el sueño sobre mi tío (cf. [4] págs. 159 y sigs.). Pero a ese añadido del preconciente que aquí echamos de menos podemos descubrirlo en otro lugar. El sueño es autorizado a dar expresión a un deseo del *Icc* tras toda clase de desfiguraciones; en tanto, el sistema dominante se retira al *deseo de dormir*, lo realiza produciendo en el interior del aparato psíquico las alteraciones en la investidura que le son posibles y, en definitiva, retiene este deseo todo el tiempo en que se duerme.²⁹

Ahora bien, este deseo de dormir a que se aferra el preconciente tiene el efecto general de facilitar la formación del sueño. Recordemos el sueño del padre a quien el fulgor que venía de la cámara mortuoria le sugirió la conclusión de que el cadáver de su hijo podría estar abrasándose [págs. 504-5]. Como una de las fuerzas psíquicas que llevaron al padre a extraer en sueños esta conclusión (en vez de despertarse a causa del resplandor) indicamos el deseo de prolongar un momento la vida del hijo representado en el sueño. Otros de los deseos que vienen de lo reprimido se nos escapan, probablemente, porque no pudimos hacer el análisis de este sueño. Pero como segunda fuerza pulsionante cabe agregar el deseo que el padre tenía de dormir; así como prolongó la vida del niño, el sueño también dejó al padre dormir un momento más: «Dejemos que siga el sueño —tal era su motivación— o tendré que despertar». Y como en el caso de este sueño, en todos los otros el deseo de dormir presta su apoyo al deseo inconciente. En [4] páginas 143 y siguientes informamos acerca de sueños que se presentan manifiestamente como sueños de comodidad. En verdad, todos los sueños merecen esa designación. Y es muy fácil reconocer la eficacia del deseo de seguir durmiendo en los sueños de despertar, que elaboran el estímulo sensorial exterior de suerte que lo hacen compatible con la prolon-

²⁹ He tomado estas ideas de la teoría sobre el dormir desarrollada por Liébeault (1889), a quien debemos el resurgimiento de la investigación del hipnotismo en nuestros días.

gación del dormir, lo entretejen en un sueño a fin de privarlo de los derechos que podría reclamar como llamado hacia el mundo exterior. Pero este mismo deseo ha de contribuir por igual a la tolerancia de todos los otros sueños, que sólo desde adentro pueden sacudirnos del dormir en calidad de despertadores. Lo que en muchos casos el *Prcc* comunica a la conciencia cuando el sueño se pone demasiado peliagudo —«Quédate en paz y duérmete de nuevo, es sólo un sueño» [cf. pág. 485]— describe de manera enteramente general, aunque no se pronuncie eso mismo, la conducta que la actividad dominante de nuestra alma manifiesta hacia el soñar. Debo extraer la conclusión de que *todo el tiempo que dura el dormir sabemos que soñamos con la misma certeza con que sabemos que dormimos*. Es imperioso restar importancia a la objeción según la cual la conciencia no es dirigida a la segunda de esas certezas, y a la primera lo es sólo en una determinada ocasión, cuando la censura se siente como sorprendida. En contra de ello³⁰ debe consignarse: hay personas que por la noche comprueban con entera claridad su saber de que duermen y sueñan, y que parecen poseer, pues, una capacidad conciente para guiar la vida onírica. A uno de tales soñantes, por ejemplo, no le satisface el giro que toma un sueño, lo interrumpe sin despertarse y lo empieza de nuevo para continuarlo de otro modo, tal como un escritor popular da un final más feliz a su pieza dramática si así se lo piden. O bien otra vez piensa entre sí, dormido, si el sueño lo ha trasladado a una situación sexualmente excitante: «A esto no quiero seguir soñándolo para no agotarme en una polución; mejor lo cancelo en beneficio de una situación real».

El marqués d'Hervey [1867, págs. 268 y sigs.] (citado por Vaschide, 1911, pág. 139)³¹ afirmaba haber adquirido tal poder sobre sus sueños que era capaz de apresurar a voluntad su discurrir y de imprimirles la dirección que él quería. Parece que el deseo de dormir había dejado sitio en él a otro deseo preconciente, el de observar sus sueños y deleitarse con ellos. El dormir es compatible con un deseo de este tipo, y es igualmente compatible con la reserva mental, hecha al acostarse, de que despertaremos si se cumple determinada condición (como en el caso de la nodriza [cf. *supra*, 4, pág. 236]). Es también sabido que quien se interesa por los sueños recuerda un número considerablemente mayor de ellos tras el despertar.

³⁰ [Lo que resta de este párrafo se agregó en 1909.]

³¹ [Este párrafo se agregó en 1914.]

Acerca de otras observaciones sobre esta capacidad para guiar los sueños,³² dice Ferenczi [1911a]: «El sueño elabora desde todos los costados los pensamientos que en el momento ocupan a la vida anímica, abandona una imagen onírica cuando amenaza hacerle fracasar el cumplimiento de deseo, ensaya con un tipo nuevo de solución, hasta que por último logra crear un cumplimiento de deseo que satisface a las dos instancias de la vida anímica como compromiso entre ellas».

³² [Este párrafo se agregó como nota al pie en 1914 y se incluyó en el texto en 1930.]

D. El despertar por el sueño. La función del sueño. El sueño de angustia

Puesto que sabemos que el preconciente se acomoda toda la noche al deseo de dormir, podemos ahora avanzar un paso más en la comprensión del proceso onírico. Pero resumamos primero el conocimiento que hasta ahora hemos adquirido de él. Del trabajo de vigilia, entonces, quedan pendientes restos diurnos de los que no se sustrajo por entero la investidura energética, o bien por el trabajo de vigilia se despertó durante el día uno de los deseos inconcientes, o suceden ambas cosas; ya hemos dilucidado la diversidad de situaciones posibles. En el curso del día, o al producirse el estado del dormir, el deseo inconciente se facilitó el camino hacia los restos diurnos y ejecutó su transferencia sobre ellos. Así se engendra un deseo transferido al material reciente, o el deseo reciente sofocado cobra nueva vida por el refuerzo que le viene del inconciente. Ahora él querría penetrar en la conciencia siguiendo los caminos normales de los procesos de pensamiento, vale decir, a través del *Prcc*, al que pertenece por uno de sus componentes. Pero choca con la censura que todavía subsiste y a cuya influencia queda entonces sometido. Aquí adopta la desfiguración que ya se había iniciado por la transferencia a lo reciente. Hasta ahora está en camino de convertirse en algo parecido a una representación obsesiva, a una idea delirante, etc., es decir, en un pensamiento reforzado por transferencia y desfigurado en su expresión por la censura. Pero el estado del dormir en que se encuentra el preconciente no le permite seguir avanzando; probablemente este sistema se protegió de su invasión rebajando sus propias excitaciones. El proceso onírico emprende entonces el camino de la regresión, expedito justamente por la peculiaridad del estado del dormir; así obedece a la atracción que sobre él ejercen grupos mnémicos que en parte existen sólo como investiduras visuales, no como traducción a los signos de los sistemas que vienen después. [Cf. pág. 539.] Por el camino de la regresión cobra figurabilidad. De la compresión trataremos luego [págs. 584-5]. Ya tiene recorrido el segundo tramo de su trayectoria zigzagueante. El primer tramo se extiende, en sentido progrediente, desde las escenas o fantasías inconcientes hasta lo preconciente; el segundo tramo vuelve, desde el límite de la censura, hasta las percepciones. Ahora bien, cuando el proceso onírico ha devenido un contenido perceptivo, ha sorteado por así decir el impedimento que dentro del *Prcc* le opusieron la censura y el estado del dormir. [Cf. pág. 520.] Logra llamar la

atención sobre sí y ser notado por la conciencia. En efecto, la conciencia, que para nosotros tiene el significado de un órgano sensorial para la aprehensión de cualidades psíquicas, es excitable en la vigilia desde dos lugares. Primero, desde la periferia de todo el aparato, el sistema de la percepción; segundo, desde las excitaciones de placer y displeacer que resultan, como casi la única cualidad psíquica, de las trasposiciones de energía ocurridas en el interior del aparato. Todos los otros procesos que sobrevienen en los sistemas ψ , incluidos los que tienen por teatro al *Prcc*, carecen de toda cualidad psíquica y por tanto no son objeto de la conciencia mientras no le ofrezcan un placer o un displeacer para su percepción. Esto nos impone la siguiente hipótesis: *Esos desprendimientos de placer y displeacer regulan automáticamente el curso de los procesos de investidura*. Más tarde, empero, a fin de posibilitar operaciones más finas surgió la necesidad de conformar el decurso de las representaciones de manera que fuese más autónomo de los signos de displeacer. Con este propósito, el sistema *Prcc* hubo de requerir cualidades propias que pudieran atraer a la conciencia, y las consiguió, muy probablemente, por el enlace de los procesos preconcientes con el sistema mnémico (no desprovisto de cualidad) de los signos del lenguaje. [Cf. págs. 598n. y 605.] Por medio de las cualidades de este sistema, la conciencia, que antes era sólo un órgano sensorial para las percepciones, pasa a ser también el órgano sensorial para una parte de nuestros procesos de pensamiento. Ahora existen, por así decir, dos superficies sensoriales: una volcada al percibir y la otra a los procesos de pensamiento preconcientes.

Debo suponer que el estado del dormir vuelve más excitable la superficie sensorial de la conciencia volcada al *Prcc* que la dirigida a los sistemas *P*. Es que la resignación del interés por los procesos de pensamiento nocturnos es funcional. Dentro del pensar nada debe ocurrir; el *Prcc* exige dormir. Ahora bien, una vez que el sueño devino percepción, puede excitar a la conciencia por medio de las cualidades que adquirió. Esta excitación sensorial rinde aquello en lo cual consiste, en general, su función: dirige a lo excitante una parte de la energía de investidura disponible en el *Prcc*, en calidad de atención. [Cf. págs. 582-3.] Así, debe concederse que el sueño en todos los casos *despierta*, pone en actividad una parte de la fuerza en reposo del *Prcc*. De esta fuerza experimenta el influjo que designamos «elaboración secundaria»: el miramiento por la coherencia y la inteligibilidad. Esto significa que ella trata al sueño como a cualquier otro contenido perceptivo; lo somete a las mismas

representaciones-expectativa, hasta donde su material lo admita [pág. 495]. Si en este tercer tramo del proceso onírico se considera la dirección de su marcha, ha de afirmarse que es de nuevo la progrediente.

Para evitar malentendidos, será oportuno decir algo acerca de las propiedades temporales de estos procesos oníricos. Un argumento muy atractivo de Goblot [1896, págs. 289-90], evidentemente suscitado por el enigma del sueño de Maury sobre la guillotina,¹ procura demostrar que el sueño no puede reclamar para sí otro tiempo que el período de transición entre el dormir y el despertar. Este requiere tiempo; en ese lapso ocurre el sueño. Creemos que la última imagen del sueño fue tan fuerte que nos compelió a despertar. En realidad fue tan fuerte solamente porque ya estábamos próximos a despertar. «*Un rêve c'est un réveil qui commence*».*

Ya Dugas [1897b] ha destacado que Goblot tiene que omitir muchos hechos para mantener su tesis en términos generales. Hay también sueños tras los cuales no despertamos; por ejemplo, muchos en los que soñamos que soñamos. Con el conocimiento que ya tenemos sobre el trabajo del sueño nos es imposible conceder que él se extienda por el solo período del despertar. Al contrario, tiene que parecernos verosímil que el primer tramo del trabajo del sueño empieza ya durante el día, aún bajo el imperio del preconciente. El segundo tramo, la alteración por la censura, la atracción ejercida por las escenas inconcientes, el irrumpir en la percepción, sin duda se recorre a lo largo de toda la noche, y, en consecuencia, quizás estemos siempre en lo cierto cuando expresamos la sensación de que hemos soñado toda la noche, aunque no sabemos decir con qué. [Cf. pág. 512.] Pero yo no creo que sea necesario suponer que de hecho los procesos oníricos sigan, hasta llegar a la conciencia, la secuencia temporal que hemos descrito; no es que primero haya existido el deseo onírico trasferido, después ocurra la desfiguración por la censura, a eso siga el cambio de dirección (la regresión), etc. Nos vimos obligados a establecer una sucesión así con fines descriptivos; en la realidad se trata más bien del ensayo simultáneo de este o estotro camino, de un fluctuar la excitación de un lado al otro, hasta que al final permanece un determinado agrupamiento por ser la acumulación más adecuada de aquella. De acuerdo con ciertas experiencias personales, yo tendería a creer que al trabajo

¹ [Cf. *supra*, 4, pág. 52.]

* {«Un sueño es un despertar que comienza».}

del sueño le hacen falta a menudo más de un día y una noche para brindar su resultado; y si esto es así, el arte extraordinario desplegado en la construcción del sueño perdería todo su carácter asombroso. Aun el miramiento por la inteligibilidad como evento perceptivo puede, a mi juicio, operar antes que el sueño atraiga sobre sí a la conciencia. Desde ahí el proceso experimenta en todo caso una aceleración, pues el sueño recibe ahora el mismo tratamiento que cualquier otra cosa percibida. Es como un fuego de artificio cuya preparación lleva muchas horas pero se enciende en un momento.

Ahora bien, por el trabajo del sueño el proceso onírico puede ganar la intensidad suficiente para atraer sobre sí a la conciencia y despertar al preconciente, sin que interesen para nada el tiempo que dura el dormir ni su profundidad; o, en cambio, puede ocurrir que su intensidad no baste y tenga que mantenerse al acecho hasta que, inmediatamente antes del despertar, establezca una transacción con él la atención que ahora se ha vuelto más móvil. La mayoría de los sueños parecen trabajar con intensidades psíquicas comparativamente pequeñas, pues aguardan el despertar. Y ello explica también que por regla general percibimos algo soñado cuando repentinamente nos arrancan de un dormir profundo. La primera mirada, como en el caso del despertar espontáneo, cae sobre el contenido perceptivo creado por el trabajo del sueño; la siguiente, sobre lo dado desde afuera.

Pero el mayor interés teórico recae sobre los sueños que tienen la capacidad de despertarnos en mitad del dormir. Estamos autorizados a tomar en consideración el carácter acorde a fines, registrable dondequiera, y a preguntarnos entonces por qué se le confiere al sueño, y por tanto al deseo inconciente, el poder de perturbar el dormir, que es el cumplimiento del deseo preconciente. La respuesta debe de encontrarse en relaciones de energía cuya intelección nos falta. Si la tuviéramos, quizás hallaríamos que tolerar al sueño y gastar en él una cierta atención separada representa un ahorro de energía respecto del caso en que fuera menester poner al inconciente por la noche las mismas barreras que durante el día. [Cf. pág. 570.] Como muestra la experiencia, el soñar, aunque interrumpa varias veces el dormir en una misma noche, es compatible con este último. Nos despertamos un instante y volvemos a dormirnos enseguida. Es como cuando, dormidos, espantamos una mosca; nos despertamos *ad hoc*. Cuando nos dormimos de nuevo, hemos eliminado la perturbación. El cumplimiento del deseo de dormir es, según lo muestran conocidos ejemplos de sueños

de nodrizas, etc., del todo compatible con el mantenimiento de cierto gasto de atención en un sentido determinado.

Pero aquí pide ser oída una objeción que se basa en un mejor conocimiento de los procesos inconcientes. Es que hemos definido los deseos inconcientes como siempre alertas. Y a pesar de ello, durante el día no son lo bastante fuertes para hacerse sentir. Pero si el estado del dormir perdura y el deseo inconciente ha mostrado fuerza para formar un sueño y despertar con él al preconciente, ¿por qué se agota esta fuerza después que se tomó conocimiento del sueño? ¿No debería el sueño renovarse de continuo, precisamente como la mosca perturbadora gusta de regresar de nuevo cada vez que se la espanta? ¿Con qué derecho hemos aseverado que el sueño elimina lo que perturba al dormir?

Es del todo correcto que los deseos inconcientes permanecen siempre alertas. Constituyen caminos siempre transitables tan pronto como una cantidad de excitación se sirve de ellos. [Cf. pág. 546n.] Y aun es una particularidad destacada de los procesos inconcientes el permanecer indestructibles. En el inconciente, a nada puede ponerse fin, nada es pasado ni está olvidado. Es lo que nos impresiona sobremanera en el estudio de las neurosis, en especial de la histeria. Ese camino inconciente de pensamiento que en el ataque conduce al aligeramiento {de energía} vuelve a ser transitable no bien se ha reunido la energía suficiente. Una afrenta ocurrida treinta años antes produce sus efectos ahora como si fuera reciente, después que se procuró el acceso a las fuentes de afecto inconcientes. Tan pronto como su recuerdo es rozado, ella revive y se muestra investida con una excitación que se procura una descarga motriz en un ataque. Precisamente aquí tiene que hincar el diente la psicoterapia. Su tarea consiste en procurar a los procesos inconcientes una tramitación y un olvido. Es que eso mismo que nos inclinamos a juzgar trivial y que explicamos por una influencia primaria del tiempo sobre los restos mnémicos del alma, a saber, el empalidecimiento de los recuerdos y el debilitamiento afectivo de las impresiones que ya no son recientes, es en realidad producto de alteraciones secundarias que se consiguen tras arduo trabajo. El preconciente es el que consuma ese trabajo, y *la psicoterapia no puede emprender otro camino que el de someter el Icc al imperio del Prcc.*²

Para cada proceso de excitación inconciente hay, pues,

² [Cf. pág. 546n. — La última cláusula de esta oración sólo fue impresa con caracteres destacados a partir de la edición de 1919.]

dos salidas. O bien queda librado a sí mismo, y entonces termina irrumpiendo por alguna parte y se procura para su excitación una descarga en la motilidad, o se somete a la influencia del preconciente, y su excitación, en vez de *descargarse*, es *ligada* por este. Pues bien, *esto segundo es lo que ocurre en el proceso onírico*. [Cf. pág. 591n.] La investidura que, desde el *Prcc*, establece una transacción con el sueño devenido percepción, porque fue guiada hasta él por la excitación de la conciencia, liga la excitación inconciente del sueño y lo vuelve inocuo como perturbación. Si por un momento despierta al soñante, es que por un momento este se ha espantado la mosca que amenazaba perturbarle su dormir. Ahora podemos vislumbrar que fue realmente más adecuado al fin y más económico tolerar al deseo inconciente, despejarle el camino de la regresión, a fin de que formase un sueño, y después, con un pequeño gasto de trabajo preconciente, ligar este sueño y darle trámite, que no mantener enfrenado al inconciente durante todo el tiempo que se dormía. Puede conjeturarse entonces que el sueño, aunque en su origen no fuese un proceso adecuado a un fin, dentro del juego de fuerzas de la vida anímica se adueñó de una función. Y vemos la función de que se trata. Ha tomado sobre sí la tarea de traer de nuevo bajo el imperio del preconciente la excitación del *Icc* que había quedado libre; así descarga la excitación del *Icc*, le sirve como válvula y al mismo tiempo preserva, a cambio de un mínimo gasto de actividad de vigilia, el dormir del preconciente. Así se perfila como un compromiso, lo mismo que las otras formaciones psíquicas de la serie a que pertenece: sirve simultáneamente a los dos sistemas cumpliendo ambos deseos en tanto sean compatibles entre sí. Un vistazo a la «teoría de la eliminación» de Robert [1886], citada en [4] págs. 102-3, nos mostrará que debemos darle la razón a este autor en lo principal, en cuanto a definir la función del sueño, mientras que nos apartamos de él en las premisas que establece y en su apreciación del proceso onírico.³

³ [Cf. *supra*, 4, págs. 193-4. — *Nota agregada en 1914:*] ¿Es la única función que podemos atribuir al sueño? No conozco otra. Es verdad que A. Maeder [1912] ha hecho el intento de reclamar para el sueño otras funciones, «secundarias». Parte de la observación correcta de que muchos sueños contienen ensayos de solucionar conflictos, los cuales más tarde se ejecutan de hecho, y por tanto se comportan como ejercitaciones de actividades de la vigilia. Por eso Maeder establece un paralelo entre el soñar y los juegos de los animales y de los niños, que han de concebirse como la ejercitación de instintos innatos y la preparación para la actividad seria posterior, y afirma que el soñar cumple una *fonction ludique*. Poco antes que Maeder, también A. Adler [1911, pág. 215n.] destacó que el sueño tiene la

La restricción «*en tanto ambos deseos sean compatibles entre sí*» alude a los casos posibles en que la función del sueño termina en un fracaso. El proceso onírico es permitido primero como cumplimiento de un deseo del inconciente; pero si ese intentado cumplimiento de deseo se agita en el preconciente con tanta intensidad que este ya no puede mantener su reposo, el sueño ha roto el compromiso, ha dejado de cumplir la otra parte de su cometido. Al punto es interrumpido y sustituido por el despertar pleno. Pero tampoco aquí es culpa del sueño que él, de ordinario el guardián del dormir, tenga que aparecer como su perturbador; y no necesitamos impugnarle su carácter de adecuado a un fin. No es este el único caso en el organismo en que un dispositivo adecuado de ordinario pierde este carácter y se vuelve perturbador tan pronto como algo se altera en las condiciones de su producción, y entonces la perturbación sirve por lo menos al nuevo fin de indicar la alteración y convocar en contra de esta a los medios de regulación del organismo. Como es natural, tengo *in mente* el caso del sueño de angustia, y para que no parezca que rehúyo a este testigo contrario a la teoría del cumplimiento de deseo cada vez que tropiezo con él, quiero aproximarme a la explicación del sueño de angustia siquiera con algunas indicaciones.

Que un proceso psíquico que desarrolla angustia pueda ser a pesar de ello un cumplimiento de deseo, ha mucho que no contiene ya contradicción alguna para nosotros. Ya sabemos explicarnos así lo que sucede: El deseo pertenece a un sistema, el *Icc*, mientras que el sistema del *Prcc* lo ha deses-

función de «anticipar en el pensamiento». (En un análisis que publiqué en 1905 [«Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905e), parte II], un sueño que debía entenderse como un designio se repitió todas las noches hasta que fue ejecutado. [Cf. *supra*, 4, págs. 204-5.])

Pero una breve reflexión nos enseña que esta función «secundaria» del sueño no merece ser admitida en el marco de una interpretación de los sueños. La anticipación en el pensamiento, la formación de designios, el proyecto de soluciones que después pueden realizarse en la vida de vigilia, todo ello y muchas otras cosas más son operaciones de la actividad inconciente y preconciente del espíritu que, en calidad de «restos diurnos», se prosiguen en el estado del dormir y después pueden conjugarse con un deseo inconciente para formar un sueño (cf. págs. 543 y sigs.). Por tanto, esa función del sueño como anticipador en el pensamiento es más bien una función del pensamiento preconciente de la vigilia, cuyo resultado puede sernos revelado por el análisis de los sueños o el de otros fenómenos. Después de haber equiparado durante tanto tiempo al sueño con su contenido manifiesto, hay que guardarse ahora de confundirlo con los pensamientos oníricos latentes. [Cf. pág. 502, n. 25, y «Sueño y telepatía» (Freud, 1922a), *AE*, 18, págs. 199-200.]

timado y sofocado.⁴ Aun mediando la plena salud psíquica, el sometimiento del *Icc* por el *Prcc* no es total; la medida de esa sofocación indica el grado de nuestra normalidad psíquica. La existencia de unos síntomas neuróticos nos muestra que los dos sistemas se encuentran en conflicto recíproco; ellos son los productos de compromiso de ese conflicto, que le ponen término provisionalmente. Por una parte procuran al *Icc* una salida para la descarga de su excitación, le sirven como puerta de escape, y por otra parte dan al *Prcc* la posibilidad de gobernar al *Icc* de algún modo. Es instructivo, por ejemplo, considerar la intencionalidad de una fobia histérica o de la agorafobia. Pongamos que un neurótico sea incapaz de marchar solo por la calle, lo que con derecho rotularíamos de «síntoma». Ahora bien, suprimamos ese síntoma obligándolo a realizar esa acción para la cual se cree incapaz. Seguirá entonces un ataque de angustia, tal como a menudo un ataque de angustia sobrevenido en la calle es la ocasión para que se produzca la agorafobia. Averiguamos así que el síntoma se constituyó para prevenir el estallido de la angus-

⁴ [Nota agregada en 1919:] «Un segundo factor, mucho más importante y que cala más hondo, descuidado igualmente por los legos, es el siguiente. Un cumplimiento de deseo tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? Desde luego, a quien tiene el deseo. Ahora bien, sabemos que el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular. Los desestima, los censura; en suma, no le gustan. Por tanto, un cumplimiento de ellos no puede brindarle placer alguno, sino lo contrario. La experiencia muestra entonces que eso contrario, que hemos de explicar todavía, entra en escena en la forma de la angustia. Por consiguiente, en su relación con sus deseos oníricos, el soñante sólo puede ser equiparado a una sumación de dos personas, que, empero, están ligadas por una fuerte comunidad. En lugar de toda una serie de ulteriores puntualizaciones, les ofrezco un conocido cuento en que reencontrarán idénticas relaciones. Un hada buena promete a una pareja pobre, marido y mujer, el cumplimiento de los tres primeros deseos que se les ocurran. Eso los llena de dicha y se proponen escoger con cuidado los tres deseos. Pero la mujer se deja seducir por el aroma de unas salchichas que cocinan en la choza vecina, y desea para sí un par de salchichas como esas. Y volando están ellas ahí; es el primer cumplimiento de deseo. Entonces el marido se enoja y en su ira desea que las salchichas le queden a su mujer colgadas de la nariz. También esto se consuma, y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo, pero el deseo fue del hombre: a la mujer no le gusta nada ese cumplimiento de deseo. Ya saben cómo sigue el cuento. Puesto que los dos en el fondo son uno, marido y mujer, el tercer deseo tiene que ser que las salchichas se aparten de la nariz de la mujer. Podremos aplicar este cuento muchas veces en otros contextos; aquí nos sirve sólo como ilustración de la posibilidad de que el cumplimiento de deseo de uno pueda significar displeacer para el otro cuando los dos no están de acuerdo entre sí». (*Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17) [*AE*, 15, págs. 197-8].)

tia; la fobia se antepuso a la angustia como si fuera un fortín.

No podemos proseguir nuestra elucidación si no entramos a considerar el papel de los afectos en estos procesos, lo cual, empero, sólo es posible aquí de manera incompleta. Formulemos entonces este enunciado: La sofocación de lo *Icc* se vuelve necesaria, sobre todo, porque el decurso de las representaciones en el interior del *Icc*, librado a sí mismo, desarrollaría un afecto que en su origen tuvo el carácter del placer, pero desde que se produjo el proceso de la *represión* lleva el carácter del displacer. La sofocación tiene el fin, pero también el resultado, de prevenir ese desarrollo de displacer. La sofocación se extiende al contenido de representación de lo *Icc* porque desde ese contenido podría producirse el desprendimiento del displacer. En la base de lo dicho hay un supuesto muy determinado sobre la naturaleza del desarrollo de afecto. [Cf. pág. 465.] Este es visto como una operación motriz o secretoria, la clave de cuya inervación se sitúa en las representaciones del *Icc*. En virtud del gobierno que ejerce el *Prcc*, estas representaciones son por así decir ocluidas, inhibidas en cuanto al envío de los impulsos que desarrollarían afecto. El peligro, si cesa la investidura de parte del *Prcc*, consiste entonces en que las excitaciones inconcientes desprendan ese afecto, el cual —a consecuencia de la represión ocurrida antes— sólo puede ser sentido como displacer, como angustia.

Este peligro se desencadena cuando el proceso onírico es tolerado. Las condiciones para que se efectivice son: que hayan sobrevenido represiones y que las mociones de deseo sofocadas puedan cobrar fuerza suficiente. Tales condiciones, en consecuencia, desbordan enteramente el marco psicológico de la formación del sueño. Si no fuera porque nuestro tema entró en conexión por uno solo de sus aspectos —a saber, la liberación del *Icc* mientras se duerme— con el tema del desarrollo de angustia, yo podría renunciar a la mención del sueño de angustia y ahorrarme aquí todas las oscuridades que de ahí se siguen.

La doctrina del sueño de angustia pertenece, como ya lo he dicho repetidas veces, a la psicología de las neurosis.⁵ Nada más tenemos que ver con ella después que pesquismos sus puntos de contacto con el tema del proceso onírico. Sólo puedo agregar una cosa. Puesto que aseveré que la angustia neurótica proviene de fuentes sexuales, puedo some-

⁵ [En 1911 se agregó en este punto la siguiente frase, que se suprimió a partir de 1925: «La angustia en los sueños, permítaseme insistir, es un problema de angustia y no un problema del sueño.»]

ter al análisis sueños de angustia a fin de poner de manifiesto el material sexual incluido en sus pensamientos oníricos.⁶

Buenas razones me llevan a renunciar a todos los ejemplos que con gran riqueza me ofrecen muchos pacientes neuróticos, y prefiero considerar sueños de angustia de personas jóvenes.

Yo mismo no he tenido ningún genuino sueño de angustia desde hace décadas. De cuando tenía siete u ocho años recuerdo uno, que sometí a la interpretación treinta años después. Fue muy vívido y me mostró a *la madre querida con una expresión durmiente, de extraña calma en su rostro, que era llevada a su habitación y depositada sobre el lecho por dos (o tres) personajes con pico de pájaro*. Desperté llorando y gritando, y turbé el sueño de mis padres. A las figuras con pico de pájaro, muy alargadas y curiosamente vestidas, las había tomado de las ilustraciones de la Biblia de *Philippson*;⁷ creo que eran dioses con cabeza de gavilán, del bajorrelieve de una tumba egipcia. Pero, en otra dirección, el análisis me brinda el recuerdo del malcriado hijo de un conserje, que solía jugar con nosotros en el prado lindero a la casa; y yo diría que se llamaba *Philipp*. Después me parece como si de ese muchacho hubiera oído yo por primera vez la palabra vulgar que designa al comercio sexual y que las personas cultas sustituyen siempre {en alemán} por una palabra de origen latino, «*coitieren*», y a la cual la elección de las cabezas de gavilán alude con suficiente nitidez.⁸ Debo de haber colegido el significado sexual de la palabra por el gesto de ese maestro tan experimentado. La expresión del rostro de la madre en el sueño estaba copiada del semblante del abuelo, a quien unos días antes de su muerte yo había visto roncando en coma. La interpretación llevada a cabo en el sueño mismo por la elaboración secundaria [cf. pág. 487] ha de haber sido, pues, que la *madre* moría, con lo cual armoniza también el bajorrelieve de la *tumba*. En esta angustia desperté, y no cejé hasta despertar a mis padres. Recuerdo que me tranquilicé de repente cuando tuve a la vista a la madre, como si hubiera necesitado de esta

⁶ [Algunos de los comentarios que siguen deben revisarse a la luz de los puntos de vista posteriores de Freud sobre la angustia. Cf. también *supra*, 4, págs. 178 y sigs., 248 y 342.]

⁷ [*Die israelitische Bibel*, edición del Antiguo Testamento en hebreo y alemán, Leipzig, 1839-54 (2ª ed., 1858). Una nota al pie en el cuarto capítulo del Deuteronomio muestra una cantidad de grabados en madera de dioses egipcios, varios de ellos con cabezas de pájaros.]

⁸ [El vulgarismo alemán al que se alude es «*vögel*n», derivado de «*Vogel*», «pájaro».]

tranquilización: ella no ha muerto entonces. Pero esa interpretación secundaria del sueño se produjo ya bajo la influencia de la angustia desarrollada. No era que yo estuviese angustiado por haber soñado que la madre moría, sino que interpreté así al sueño dentro de la elaboración preconciente porque ya estaba bajo el imperio de la angustia. Ahora bien, mediando la represión, la angustia admite ser reconducida a una apetencia oscura, manifiestamente sexual, que en el contenido visual del sueño encontró buena expresión.

Un hombre de veintisiete años, que desde hace un año sufre una enfermedad grave, entre los once y los trece años soñó repetidas veces, con gran angustia, que *un hombre con un azadón lo perseguía; él quería correr, pero quedaba como paralizado y no se movía del sitio*. Es este un buen modelo de un sueño de angustia muy común e insospechable de tener raíz sexual. En el análisis, el soñante dio primero con un relato que en un tiempo posterior le había hecho su tío: este había sido atacado de noche en la calle por un individuo sospechoso; y el propio soñante infirió, de esta ocurrencia, que en la época del sueño podía él haber oído de una vivencia parecida. Sobre el *azadón* recuerda que por esa época de su vida, una vez, astillando leña, se hirió en la mano con el azadón. Después, sin transición, dio con su relación con un hermano menor al que solía maltratar y revolver, y especialmente se acuerda de una vez en que lo golpeó con el zapato en la cabeza, de lo cual su hermano sangró y la madre dijo: «Tengo miedo de que alguna vez lo mate». Mientras él parece así centrado en el tema de la *violencia*, de pronto emerge un recuerdo de cuando tenía nueve años. Los padres habían regresado tarde a casa y, mientras él se fingía dormido, se fueron a la cama y oyó un jadeo y otros ruidos que se le antojaron siniestros; también pudo entrever la posición de los dos en el lecho. Sus pensamientos ulteriores muestran que había establecido una analogía entre lo que pasaba entre sus padres y su relación con el hermano menor. Subsumió lo que ocurría entre los padres bajo este concepto: *violencia y riña*. Una prueba en favor de esta concepción fue, para él, que a menudo había observado *sangre en el lecho de la madre*.

Que el intercambio sexual de los adultos se les antoja ominoso a los niños que lo observan y les despierta angustia, yo diría que la experiencia cotidiana lo atestigua. Para esa angustia he dado una explicación, a saber, que se trata de una excitación sexual que su comprensión no puede dominar, pero que de todos modos tropieza con una repulsa porque en ella están envueltos los padres, y así se muda en

angustia. En un período todavía anterior de la vida, la moción sexual hacia el miembro de sexo contrario de la pareja parental no choca todavía con la represión y se exterioriza libremente, como ya dijimos (cf. [4] págs. 265 y sigs.).

Sin vacilar asigno esta misma explicación a los ataques nocturnos de angustia con alucinaciones (el *pavor nocturnus*), tan frecuentes en los niños. También en este caso no puede tratarse sino de mociones sexuales no comprendidas y repelidas, en cuyo registro probablemente podría establecerse una periodicidad temporal, pues un incremento de la libido sexual puede producirse tanto por impresiones excitantes de índole contingente como por los procesos espontáneos de desarrollo, que sobrevienen por oleadas.

Me falta el material de observación indispensable para verificar esta tesis.⁹ Los pediatras, en cambio, parecen ajenos a ese punto de vista, el único que permite comprender toda la serie de fenómenos tanto en el aspecto somático cuanto en el psíquico. Como un ejemplo cómico de lo cerca que se puede estar de la comprensión de esos casos sin verla, cegado por las anteojeras de la mitología médica, me permitiré citar uno que hallé en la tesis de Debacker (1881, pág. 66) sobre el *pavor nocturnus*:

Un muchacho de trece años, de salud delicada, empezó a mostrarse angustiado y ensoñador, su dormir era intranquilo y casi todas las semanas se lo interrumpía un grave ataque de angustia con alucinaciones. El recuerdo de estos sueños era siempre muy nítido. Pudo así contar que el diablo le había gritado: «¡Ahora te tenemos, ahora te tenemos!», y después había olor a azufre y alquitrán, y el fuego abrasaba su piel. Más tarde, ese sueño lo hacía despertarse aterrorizado; primero no podía gritar, después recuperaba la voz y se le oía decir nítidamente: «¡No, no, a mí no; yo no hice nada!», o también: «¡Por favor, no, nunca más lo haré!». Algunas veces decía también: «Albert nunca ha hecho eso». Después evitó desvestirse «porque el fuego sólo lo sorprendía estando él desnudo». En medio de estos sueños demoníacos que hacían peligrar su salud fue enviado al campo, allí se recuperó en el curso de un año y medio, y una vez confesó, teniendo ya quince años: «*Je n'osais pas l'avouer, mais j'éprouvais continuellement des picotements et des surexcitations aux parties;*¹⁰ *à la fin, cela m'énervait*

⁹ [Nota agregada en 1919:] Después que escribí estas líneas, la literatura psicoanalítica ha aportado gran cantidad de material de esta clase.

¹⁰ Destacado por mí, aunque es imposible confundirse en cuanto a esta expresión.

*tant que plusieurs fois j'ai pensé me jeter par la fenêtre du dortoir».**

En verdad, no es difícil adivinar que: 1) el muchacho en años anteriores se masturbaba, probablemente lo había negado, y lo amenazaron con serios castigos por su mal hábito (su confesión: «*Je ne le ferai plus*» {«Nunca más lo haré»}; su negativa: «*Albert n'a jamais fait ça*» {«Albert nunca ha hecho eso»}); 2) bajo la presión de la pubertad, con el cosquilleo en los genitales, se le despertó de nuevo la tentación de masturbarse; pero ahora: 3) se desató en él una lucha represiva que sofocó la libido y la mudó en angustia, la cual retomó, con posterioridad, los castigos con que antaño lo habían amenazado.

Oigamos ahora las conclusiones de nuestro autor (*ibid.*, pág. 69):

«De esta observación se desprende:

»1. Que la influencia de la pubertad puede producir en un muchacho de salud delicada un estado de gran debilidad, que puede llegar a una *anemia cerebral muy elevada*.¹¹

»2. Esta anemia cerebral produce una alteración del carácter, alucinaciones demonomaníacas y muy graves estados de angustia nocturna, y quizá también diurna.

»3. La demonomanía y los autorreproches del muchacho se remontan a las influencias de la educación religiosa que lo afectaron de niño.

»4. Todos esos síntomas desaparecieron tras una prolongada estadía en el campo, mediante el ejercicio físico y la recuperación de las fuerzas subsiguiente a la culminación de la pubertad.

»5. Quizá puede atribuirse a la herencia y a la antigua sífilis del padre una influencia predisponente sobre la génesis del estado cerebral en el hijo».

Y el resultado final: «*Nous avons fait entrer cette observation dans le cadre des délires apyrétiques d'inanition, car c'est à l'ischémie cérébrale que nous rattachons cet état particulier*».**

* {«No osaba admitirlo, pero continuamente sentía picazones y sobreexcitaciones en las partes; al fin eso me exasperaba tanto que varias veces pensé en arrojarlo por la ventana del dormitorio»}.

¹¹ Las bastardillas son mías.

** {«Hemos ubicado esta observación en el cuadro de los delirios apiréticos de inanición, porque vinculamos este estado particular con la isquemia cerebral»}.

E. El proceso primario y el proceso secundario. La represión

Cuando osé penetrar con mayor profundidad en la psicología de los procesos oníricos, emprendí una difícil tarea, para la cual mi arte expositivo no bastaba. Reflejar una trabazón tan complicada, cuyos elementos son simultáneos, en la sucesión a que necesariamente ha de recurrirse para describirla, y a la vez procurar que cada tesis se presente sin presupuestos, por momentos supera mis fuerzas. Además, se toma conmigo su desquite el que yo no pueda, en la exposición de la psicología del sueño, seguir el desarrollo histórico de mis concepciones. Los puntos de vista para la concepción del sueño me fueron procurados por trabajos previos acerca de la psicología de las neurosis a los que aquí no debo referirme y, no obstante, tengo que hacerlo a cada paso mientras avanzo en la dirección inversa y, desde el sueño, me propongo alcanzar el entronque con la psicología de las neurosis. Conozco todos los inconvenientes que ello genera para el lector; pero no sé de medio alguno que permitiera evitarlos.¹

Insatisfecho con este estado de cosas, me complace demorarme en otro punto de vista que, me parece, realzará mi esfuerzo. Abordé un tema donde reinaban las más ríspidas contradicciones en las opiniones de los autores, como lo ha mostrado el primer capítulo. Tras nuestra elaboración de los problemas del sueño, la mayoría de esas contradicciones han hallado cabida. Sólo debimos refutar terminantemente dos de las opiniones expresadas, a saber, que el sueño es un hecho carente de sentido [págs. 78 y sigs.] y un proceso somático [págs. 100-1]; pero a todas las otras, que se contradecían entre ellas, las hemos justificado en algún lugar de la enmarañada trabazón, y pudimos demostrar que habían puesto de relieve algo correcto. Que el sueño prosigue las incitaciones e intereses de la vida de vigilia [págs. 34-5] se corroboró por el descubrimiento de los *pensamientos oníricos* escondidos, y con total generalidad. En efecto, ellos sólo se ocupan de lo que nos parece importante y nos interesa poderosamente. El sueño no se gasta en pequeñeces. Pero también admitimos lo contrario, a saber, que el sueño recoge los desechos indiferentes del día [págs. 44 y sigs.] y

¹ [Cf. *supra*, 4, pág. 126, n. 12. {Todas las remisiones intercaladas en el texto que sigue, hasta la pág. 581, corresponden al primer volumen de esta obra.}]

no puede apoderarse de un gran interés diurno sino cuando se ha sustraído de algún modo a la actividad de la vigilia. Hallamos que esto era válido para el *contenido del sueño*, que da a los pensamientos oníricos una expresión alterada por desfiguración {dislocación}. El proceso onírico, dijimos, por razones que dependen de la mecánica de la asociación se apodera con mayor facilidad del material de representaciones fresco o indiferente, todavía no ocupado por la actividad de pensamiento de la vigilia, y por razones que dependen de la censura trasfiere la intensidad psíquica de lo importante, pero también chocante, a lo indiferente. La hipermnesia del sueño [págs. 38 y sigs.] y el hecho de que tiene a su disposición el material infantil [págs. 42 y sigs.] se han convertido en pilares fundamentales de nuestra doctrina; en nuestra teoría del sueño hemos atribuido al deseo que proviene de lo infantil el papel de motor indispensable para la formación del sueño. No pudo ocurrirnos, desde luego, dudar de la eficacia, experimentalmente demostrada, de los estímulos sensoriales exteriores que sobrevienen mientras se duerme [págs. 48 y sigs.], pero sostuvimos que este material tiene con el deseo onírico la misma relación que los restos de pensamiento pendientes del trabajo diurno. No nos hizo falta poner en entredicho que el sueño interpreta al estímulo sensorial objetivo al modo de una ilusión [págs. 54-5]; pero hemos agregado el motivo de esa interpretación, que los autores habían dejado sin precisar. La interpretación consigue que el objeto percibido no interrumpa el dormir y se vuelva utilizable para el cumplimiento de deseo. Al estado subjetivo de excitación de los órganos sensoriales mientras se duerme, que Trumbull Ladd [1892; cf. *supra*, pág. 58] parece haber demostrado, no le concedemos el rango de una fuente onírica particular, sino que sabemos explicarlo por la reanimación regrediente de los recuerdos que operan tras el sueño. También hemos reservado un papel, aunque modesto, en nuestra concepción a las sensaciones orgánicas internas, que fueron tomadas con predilección como punto axial de la explicación del sueño [págs. 58 y sigs.] Ellas, las sensaciones de caer, de flotar, de estar inhibido, constituyen a nuestro juicio un material disponible en todo momento, del cual el trabajo del sueño se sirve para expresar los pensamientos oníricos cada vez que le es necesario.

Que el proceso onírico es rápido, instantáneo [pág. 87], nos parece correcto en cuanto a la percepción por la conciencia del contenido onírico ya preformado; pero en cuanto a los tramos previos del proceso onírico, hallamos probable un trayecto largo, sinuoso. Sobre el enigma que plantean los

sueños compuestos en lapso brevísimo, no obstante lo cual su contenido es de extrema riqueza, pudimos aportar esta contribución: se recogen allí productos ya listos de la vida psíquica. Creemos correcto que el sueño es desfigurado y mutilado por el recuerdo [págs. 70-1], pero no nos pareció un obstáculo; en efecto, este es el último tramo, manifiesto, de un trabajo de desfiguración eficaz desde el comienzo de la formación del sueño. En la acerba querella, en que ninguna reconciliación parece posible, sobre si la vida anímica duerme por la noche [págs. 77-8] o dispone, lo mismo que durante el día, de toda su capacidad de rendimiento [págs. 84-5], dimos la razón a los dos partidos, pero sin concedérsela entera a ninguno. En los pensamientos oníricos hallamos las pruebas de un rendimiento intelectual en extremo complejo, que trabaja con casi todos los recursos del aparato anímico; pero es indiscutible que estos pensamientos oníricos surgieron durante el día, y es indispensable admitir que la vida del alma conoce un estado del dormir. Así, también hemos admitido la doctrina del dormir parcial [págs. 99-100]; pero para nosotros la característica del estado del dormir no es la disgregación de las trabazones del alma, sino el hecho de que el sistema psíquico que gobierna de día se acomoda al deseo de dormir. El desvío respecto del mundo exterior [pág. 34] conservó también su valor para nuestra concepción; contribuye, si bien no como factor único, a posibilitar la regresión propia de la figuración onírica. La renuncia a la guía voluntaria del curso de las representaciones [pág. 73] resulta innegable; mas no por ello queda sin meta la vida psíquica, pues sabemos que cuando se resignan las representaciones-meta voluntarias cobran imperio otras, involuntarias. No sólo admitimos el carácter laxo del enlace asociativo en el sueño [págs. 81-2], sino que atribuimos a su imperio una extensión mucho mayor de la que pudiera haberse sospechado; pero hallamos que no es más que el obligado sustituto de otro enlace, correcto y pleno de sentido. Por cierto que también nosotros llamamos absurdo al sueño; pero numerosos ejemplos pudieron enseñarnos cuán inteligente es cuando parece absurdo. Ninguna objeción nos separa de los autores en cuanto a las funciones que le han discernido al sueño. Que él aligera al alma como una válvula [pág. 102] y que, según la expresión de Robert [1886, págs. 10-1], toda clase de cosas perjudiciales dejan de serlo por obra de su representación en el sueño, no sólo coincide exactamente con nuestra doctrina acerca del doble cumplimiento de deseo que se alcanza mediante él, sino que, en su literalidad, ello es aún más inteligible en nosotros

que en Robert. La libre afirmación del alma en el juego de sus facultades [pág. 105] vuelve a encontrarse, en nuestra concepción, en la tolerancia del sueño por parte de la actividad preconciente. El «regreso de la vida anímica en el sueño al punto de vista embrional» y la observación de Havelock Ellis [1899a, pág. 721], «*an archaic world of vast emotions and imperfect thoughts*» [pág. 83], nos parecen felices anticipaciones de nuestras tesis, según las cuales en la formación del sueño participan modalidades de trabajo primitivas, sofocadas durante el día; a la aseveración de Sully [1893, pág. 362], para quien «el sueño vuelve a presentarnos nuestras personalidades anteriores que fueron desarrollándose de manera sucesiva, nuestra vieja manera de ver las cosas, impulsos y modos de reacción que nos gobernaron en un lejano pasado» [pág. 83],* pudimos hacerla nuestra en todo su alcance;² como para Delage [1891], para nosotros es lo «*sofocado*» [pág. 104] el resorte impulsor del soñar.

También aceptamos en todo su alcance el papel que Scherner [1861] adscribe a la fantasía onírica, así como las interpretaciones que él ensaya [págs. 106 y sigs.], pero debimos señalarles otra ubicación dentro del problema, por así decir. La fantasía no forma al sueño, sino que en la formación de los pensamientos oníricos la actividad inconciente de la fantasía tiene la participación mayor. Debemos a Scherner la indicación de la fuente de los pensamientos oníricos; pero casi todo lo que él adscribe al trabajo del sueño ha de imputarse a la actividad del inconciente, alerta durante el día, que proporciona las incitaciones para los sueños no menos que para los síntomas neuróticos. Nosotros debimos separar de esta actividad al trabajo onírico como algo por entero diverso y mucho más circunscrito. Por último, en modo alguno renunciamos al vínculo del sueño con las perturbaciones del alma [págs. 110 y sigs.], sino que lo fundamos con mayor solidez en un nuevo terreno.

Hemos podido entonces ensamblar en nuestro edificio los más variados y contradictorios hallazgos de los autores anteriores merced a lo novedoso de nuestra doctrina sobre el sueño, que, por así decir, los combina en una unidad superior. A muchos de esos hallazgos les dimos otro sesgo, y

* {Aquí Freud parafrasea a Sully; la versión literal se hallará en la última de nuestras notas al pie de pág. 83.}

² [La referencia a Sully y la correspondiente cita fueron agregadas en 1914.]

fueron muy pocos los que debimos desestimar por completo. Pero tampoco nuestra construcción está del todo terminada. Aun prescindiendo de las múltiples oscuridades que nos atrajimos a medida que íbamos penetrando en las tinieblas de la psicología, una nueva contradicción parece que ha de atormentarnos aún. Por una parte, hicimos que los pensamientos oníricos naciesen de un trabajo mental enteramente normal, pero, por otra, descubrimos entre ellos una serie de procesos de pensamiento en un todo anormales que desde ahí alcanzan al contenido del sueño, procesos que después repetimos {retomamos} en la interpretación del sueño. Todo lo que hemos llamado «trabajo del sueño» parece distanciarse muchísimo de los procesos [de pensamiento] que reconocemos como los correctos, a punto tal que deberíamos juzgar atinados los más duros juicios de los autores acerca del ínfimo rendimiento psíquico del soñar.

En este punto, quizá sólo avanzando un poco más podamos procurararnos esclarecimiento y auxilio. Quiero poner de relieve una de las constelaciones que llevan a la formación del sueño.

Tenemos averiguado que el sueño sustituye a una cantidad de pensamientos que provienen de nuestra vida diurna y poseen una perfecta ensambladura lógica. Por eso no podemos poner en duda que estos se engendran en nuestra vida mental normal. En los pensamientos oníricos reencontramos todas las propiedades que tanto apreciamos en nuestras ilaciones de pensamiento, y que los caracterizan como unas operaciones complejas de un orden superior. Pero no hay necesidad alguna que nos obligue a suponer que ese trabajo de pensamiento se consumó durante el dormir, lo cual confundiría gravemente todo lo que hasta ahora tenemos sabido sobre ese estado psíquico. Más posible es que esos pensamientos se originaran de día, pasaran inadvertidos para nuestra conciencia desde el comienzo, y se continuaran; así estuvieron ya listos en el momento de adormecerse. Si pretendemos inferir algo de esa relación de las cosas será, a lo sumo, la prueba de que *los rendimientos intelectuales más complejos son posibles sin la intervención de la conciencia*; pero ya cualquier psicoanálisis de una persona histérica o que sufra neurosis obsesiva nos fuerza a enterarnos de ello. Sin duda, estos pensamientos oníricos no son en sí insusceptibles de conciencia; si durante el día no nos devinieron conscientes, ello puede deberse a diversas razones. El devenir-conciente se entrama de manera íntima con la aplicación de una cierta función psíquica, la atención [pág. 534], que, al parecer, sólo es gastada en determinada cantidad; entonces,

otras metas quizá la desviaron de la ilación de pensamiento en cuestión.³ Otro modo en que esa ilación de pensamiento puede ser escatimada a la conciencia es el siguiente: Por nuestra actividad reflexiva conciente sabemos que, poniendo atención en algo, seguimos un determinado camino. Si por este camino llegamos a una representación que no resiste la crítica, lo interrumpimos; dejamos caer la investidura de atención. Ahora bien, parece que la ilación de pensamiento iniciada y abandonada puede seguir devanándose sin que la atención se aplique de nuevo a ella, a menos que en cierto lugar alcance una intensidad particularmente elevada que se imponga a la atención. Una desestimación inicial por el juicio (acaso hecha con conciencia) de algo que se considera incorrecto o inutilizable para el fin actual del acto de pensamiento puede, entonces, ser la causa de que un proceso de pensamiento prosiga inadvertido para la conciencia hasta el adormecimiento.

Resumamos: a una ilación de pensamiento de esa índole la llamamos *preconciente*, la juzgamos por entero correcta y creemos que puede haber sido meramente descuidada, o bien interrumpida, sofocada. Expongamos con claridad el modo en que nos imaginamos el decurso de las representaciones. Nuestra opinión es que, desde una representación-meta, una cierta magnitud de excitación que llamamos «energía de investidura» se desplaza a lo largo de las vías asociativas seleccionadas por aquella. Una ilación de pensamiento «descuidada» no ha recibido esa investidura; si ella ha sido «sofocada» o «desestimada», es que se le volvió a retirar la investidura; en cualquiera de los dos casos queda librada a su excitación propia. En ciertas condiciones, la ilación de pensamiento investida con una meta {*zielbesetzt*} es capaz de atraer sobre sí la atención de la conciencia, y por intermedio de esta recibe una «sobreinvestidura». Un poco más adelante tendremos que aclarar nuestros supuestos sobre la naturaleza y el funcionamiento de la conciencia. [Cf. págs. 603 y sigs.]

Una ilación de pensamiento incitada en el preconciente puede extinguirse espontáneamente o conservarse. Al primer desenlace nos lo imaginamos así: su energía se difunde siguiendo todas las direcciones asociativas que parten de ella, toda la cadena de pensamientos es puesta en un estado de

³ [El concepto de «atención» desempeña escaso papel en los escritos posteriores de Freud. Por lo contrario, ocupa un lugar prominente en su «Proyecto de psicología» (1950a), por ejemplo en la parte III, AE, 1, págs. 409-12. Cf. también *supra*, pág. 566, e *infra*, pág. 602.]

excitación que dura un momento, pero después decae en la medida en que la excitación que pugnaba por descargarse se trasmuda en investidura quiescente. Si es este primer desenlace el que sobreviene, el proceso que sigue ya no importa nada para la formación del sueño. Pero dentro de nuestro preconciente acechan otras representaciones-meta que provienen de las fuentes de nuestros deseos inconcientes y siempre alertas. Ellas pueden apropiarse de la excitación dentro del círculo de pensamientos librados a sí mismos; establecen la conexión entre este y el deseo inconciente, le *trasfieren* la energía que pertenece al deseo inconciente y desde ese instante la ilación de pensamiento descuidada o sofocada está en condiciones de conservarse, aunque este refuerzo no le otorgue ningún título para su acceso a la conciencia. Podemos decir que la ilación de pensamiento hasta entonces preconciente *ha sido arrastrada al inconciente*.

Otras constelaciones para la formación del sueño serían estas: que la ilación de pensamiento preconciente estuviera conectada de antemano con el deseo inconciente y por eso chocara con un rechazo de parte de la investidura-meta dominante; o que un deseo inconciente fuera alertado {puesto en movimiento} por otras razones (somáticas, quizás) y buscara transferirse sin transacción alguna * a los restos psíquicos no investidos por el *Prcc.* Los tres casos en definitiva coinciden en un mismo resultado, a saber, que dentro del preconciente se lleva a cabo un itinerario de pensamientos que, abandonado por la investidura preconciente, ha encontrado investidura desde el deseo inconciente.

A partir de ahí el itinerario de pensamientos sufre una serie de transmudaciones que ya no reconocemos como procesos psíquicos normales y que arrojan un resultado que nos extraña: una formación psicopatológica. Pongamos de relieve esos procesos y sinteticémoslos:

1. Las intensidades de las representaciones singulares se vuelven susceptibles de descargarse en su monto íntegro y traspasan de una representación a la otra, de suerte que se forman representaciones singulares provistas de gran intensidad.⁴ Cuando este proceso se repite varias veces, la intensidad de un itinerario íntegro de pensamientos puede reunirse en definitiva en un único elemento de representación. Es el hecho de la *compresión* o *condensación* que vimos operar

* {«Sin transacción» («ohne Entgegenkommen»): sin negociación previa con la fuerza evocada por la palabra «rechazo» en la frase anterior.}

⁴ [Cf. *supra*, 4, págs. 334-5.]

en el trabajo onírico. Ella es la principal responsable de la impresión de extrañeza que provoca el sueño, pues nada análogo conocemos en la vida anímica normal y asequible a la conciencia. También en esta tenemos representaciones que en calidad de puntos nodales o de resultados finales de cadenas íntegras de pensamientos poseen una gran significatividad (*Bedeutung*) psíquica, pero esta valencia suya no se exterioriza en ningún carácter *sensorialmente* patente para la percepción interna; lo representado de ninguna manera se vuelve más intenso. En el proceso de la condensación todo nexo psíquico se traspone a la *intensidad* del contenido de representación. Es el mismo caso que si en un libro hago imprimir espaciada, o en caracteres gruesos, una palabra a la que atribuyo valor sobresaliente para comprender el texto. O si al leerla, la pronunciara con voz más alta y más lentamente, y cargara el acento sobre ella. El primer símil nos lleva directamente a un ejemplo tomado del trabajo onírico (*trimetilamina*, en el sueño de la inyección de Irma).⁵ Los historiadores de la cultura nos hacen notar que las esculturas más antiguas obedecían a un principio parecido, pues expresaban el rango de las personas figuradas mediante el tamaño de las figuras. La figura del rey era dos o tres veces mayor que la de sus súbditos o la del enemigo vencido. Un grupo escultórico de la época romana se servirá para el mismo fin de recursos más finos. La figura del emperador se situará en el medio, se lo mostrará erguido, poniéndose particular cuidado en el modelado de su rostro; sus enemigos yacerán a sus pies, pero él ya no parecerá un gigante entre enanos. Entretanto, la reverencia del subordinado ante su jefe es, todavía hoy, una resonancia de aquel viejo principio figurativo.

La dirección siguiendo la cual avanzan las condensaciones del sueño es prescrita en parte por las relaciones preconcientes correctas entre los pensamientos oníricos y, en parte, por la atracción que ejercen los recuerdos visuales en el interior del inconciente. Como resultado, el trabajo de condensación alcanza aquellas intensidades que se requieren para irrumpir a través de los sistemas perceptivos.

2. Mediante la libre trasferibilidad de las intensidades y al servicio de la condensación se forman también *representaciones intermedias*, compromisos, por así decir (véanse los numerosos ejemplos que hemos dado).⁶ Es de nuevo algo inaudito en el decurso normal de las representaciones, donde lo que interesa, sobre todo, es la elección y retención del

⁵ [Cf. *supra*, 4, pág. 137.]

⁶ [Por ejemplo, *supra*, 4, págs. 300 y sigs.]

elemento de representación «correcto». En cambio, con extraordinaria frecuencia sobrevienen formaciones mixtas y de compromiso cuando buscamos la expresión lingüística para los pensamientos preconcientes, las que se citan como ejemplos del desliz en el habla {*Versprechen*}.

3. Las representaciones que se trasfieren sus intensidades unas a otras mantienen entre sí *las relaciones más laxas* y se enlazan mediante variedades de la asociación que nuestro pensamiento desprecia y cuyo aprovechamiento sólo se admite para producir el efecto del chiste. En particular, a las asociaciones por homofonía y por paronimia se les asigna el mismo valor que a las otras.

4. Pensamientos que se contradicen entre sí no tienden a cancelarse mutuamente, sino que subsisten unos junto a los otros, y a menudo se componen en calidad de productos de condensación *como si no mediara contradicción alguna*, o forman compromisos que no admitiríamos en nuestro pensar [conciente], pero que muchas veces autorizaríamos en nuestra acción.

Esos serían algunos de los procesos anormales más llamativos a que los pensamientos oníricos, formados hasta ese momento según la *ratio*, son sometidos en el curso del trabajo del sueño. He aquí el rasgo principal que discernimos en esos procesos: todo el acento se pone en hacer que la energía invistiente se vuelva móvil y *susceptible de descarga*; el contenido y la significatividad intrínseca de los elementos psíquicos a que adhieren las investiduras pasan a ser cosas accesorias. Podría creerse también, por los casos en que es cuestión de mudar pensamientos en imágenes, que la condensación y la formación de compromiso acontecen sólo al servicio de la regresión. Empero, el análisis —y todavía con mayor claridad la síntesis— de aquellos sueños en los que falta la regresión a imágenes, por ejemplo el sueño «*Autodidasker*. Conversación con el profesor N.»,⁷ presentan los mismos procesos de desplazamiento y de condensación que los otros.

No podemos entonces hacer caso omiso de esta intelección: en la formación del sueño participan dos procesos psíquicos de naturaleza diferente; uno crea pensamientos oníricos de perfecta corrección, de igual valor que el pensamiento normal; el otro procede con estos de una manera ex-

⁷ [Cf. *supra*, 4, págs. 305 y sigs.]

traña en grado sumo, incorrecta. Ya en el capítulo VI hemos distinguido a este último como el genuino trabajo del sueño. ¿Qué podemos aportar para la deducción de este proceso psíquico?

No podríamos dar aquí una respuesta si no hubiéramos penetrado un poco en la psicología de las neurosis, en especial de la histeria. Ahora bien, de ella hemos aprendido que estos mismos procesos psíquicos incorrectos —y aun otros, no enumerados aquí— presiden la producción de los síntomas histéricos. También en la histeria hallamos primero una serie de pensamientos absolutamente correctos, en un todo equiparables a nuestros pensamientos concientes. Pero no podemos averiguar nada de su existencia en esa forma, que reconstruimos sólo con posterioridad. Dondequiera que hayan irrumpido hasta nuestra percepción advertimos, por el análisis del síntoma formado, que esos pensamientos normales han sufrido un tratamiento anormal y han sido *transportados al síntoma por medio de condensación, formación de compromiso, a través de asociaciones superficiales, por encubrimiento de las contradicciones y eventualmente por vía de la regresión*. Dada la plena identidad entre las peculiaridades del trabajo del sueño y las de la actividad psíquica que desemboca en los síntomas psiconeuróticos, nos juzgamos autorizados a transferir al sueño las conclusiones que la histeria nos fuerza a extraer.

De la doctrina de la histeria tomamos este enunciado: *Esa elaboración psíquica anormal de un itinerario normal de pensamientos sólo ocurre cuando este último ha devenido la transferencia de un deseo inconciente que proviene de lo infantil y se encuentra en la represión*. Con arreglo a este enunciado, construimos la teoría del sueño sobre el supuesto de que el deseo onírico pulsionante proviene en todos los casos del inconciente; esto, como nosotros mismos hemos confesado, no puede demostrarse en general, aunque tampoco es posible refutarlo. Pero para que podamos decir lo que es la «*represión*», con cuyo nombre hemos jugado ya muchas veces, tenemos que avanzar otro poco en la construcción de nuestro andamiaje psicológico.

Habíamos profundizado en la ficción de un aparato psíquico primitivo [págs. 557 y sigs.], cuyo trabajo era regulado por el afán de evitar la acumulación de excitación y de mantenerse en lo posible carente de excitación. Por eso lo construimos siguiendo el esquema de un aparato reflejo; la motilidad, al comienzo como camino a la alteración interna

del cuerpo, era la vía de descarga que se le ofrecía. Elucidamos después las consecuencias psíquicas de una vivencia de satisfacción, y entonces ya pudimos introducir un segundo supuesto, a saber, que la acumulación de la excitación —según ciertas modalidades de que no nos ocupamos— es percibida como *displacer*, y pone en actividad al aparato a fin de producir de nuevo el resultado de la satisfacción; en esta, el aminoramiento de la excitación es sentido como *placer*. A una corriente {*Strömung*} de esa índole producida dentro del aparato, que arranca del *displacer* y apunta al *placer*, la llamamos *deseo*; hemos dicho que sólo un deseo, y ninguna otra cosa, es capaz de poner en movimiento al aparato, y que el decurso de la excitación dentro de este es regulado automáticamente por las percepciones de *placer* y de *displacer*. El primer desear pudo haber consistido en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción. Pero esta alucinación, cuando no podía ser mantenida hasta el agotamiento, hubo de resultar inapropiada para producir el cese de la necesidad y, por tanto, el *placer* ligado con la satisfacción.

Así se hizo necesaria una segunda actividad —en nuestra terminología, la actividad de un segundo sistema—, que no permitiese que la investidura mnémica avanzara hasta la percepción y desde allí ligara las fuerzas psíquicas, sino que condujese a la excitación que partía del estímulo de la necesidad por un rodeo que finalmente, por vía de la motilidad voluntaria, modificara el mundo exterior de modo tal que pudiera sobrevenir la percepción real del objeto de satisfacción. Hasta aquí habíamos desarrollado el esquema del aparato psíquico; los dos sistemas son el germen de lo que insertamos como *Icc* y *Prcc* en el aparato plenamente constituido.

Para poder transformar con arreglo a fines el mundo exterior mediante la motilidad, se requiere la acumulación de una gran suma de experiencias dentro de los sistemas mnémicos y una múltiple fijación {*Fixierung*} de las referencias que diversas representaciones-meta pueden evocar en este material mnémico. [Cf. pág. 532.] Ahora proseguimos con nuestros supuestos. La actividad del segundo sistema, que procede por múltiples ensayos, que envía investiduras y vuelve a recogerlas, por una parte necesita disponer libremente de todo el material mnémico; por la otra, sería un gasto superfluo si enviara por cada una de las vías de pensamiento grandes cantidades de investidura que después se dispersarían sin finalidad, reduciendo así la cantidad necesaria para la transformación del mundo exterior. Por tanto, teniendo en cuenta {el principio de} la adecuación a fines, postulo que

al segundo sistema le es dado conservar en estado *quiescente* {*in Ruhe*} la mayoría de las investiduras energéticas y emplear en el desplazamiento tan sólo una pequeña parte. La mecánica de estos procesos me es por entero desconocida; el que quisiera tomar en serio estas ideas debería investigar las analogías fisicistas y abrirse camino hacia la ilustración del proceso de movimiento en el caso de la excitación neuronal. Yo me atengo con exclusividad a esta idea: La actividad del primer sistema ψ está dirigida al *libre desagote* {*Abströmen*} de las cantidades de excitación, y el segundo sistema produce, por las investiduras que de él parten, una *inhibición* de este desagote, su mudanza en investidura quiescente, mediando sin duda una elevación del nivel.⁸ Supongo entonces que bajo el imperio del segundo sistema el decurso de la excitación se anuda a condiciones mecánicas por entero diversas que bajo el imperio del primero. Una vez que el segundo sistema ha acabado su actividad tentativa de pensamiento, cancela también la inhibición y la estasis de las excitaciones y permite que ellas se drenen {*abfließen*} hacia la motilidad.

Ahora obtenemos una argumentación interesante atendiendo a los vínculos entre esta inhibición del drenaje por parte del segundo sistema y la regulación ejercida por el principio de *displacer*.⁹ Investiguemos la contraparte de la vivencia primaria de satisfacción, la *vivencia de terror frente a algo exterior*. Supongamos que sobre el aparato primitivo actúa un estímulo perceptivo que es la fuente de una excitación dolorosa. Entonces sobrevendrán prolongadas y desordenadas exteriorizaciones motrices hasta que por una de ellas el aparato se sustraiga de la percepción y, al mismo tiempo, del dolor; y cada vez que reaparezca la percepción, ese movimiento se repetirá enseguida (algo así como un movimiento de huida), hasta que la percepción vuelva a desaparecer. Pero en este caso no quedará inclinación alguna a reinvestir por vía alucinatoria o de otra manera la percepción de la fuente de dolor. Más bien subsistirá en el aparato primario la inclinación a abandonar de nuevo la imagen mnémica penosa tan pronto como se evoque de algún modo, y ello porque el desborde de su excitación hacia la percepción provocaría *displacer* (más precisamente: empezaría a provocarlo). El extrañamiento respecto del recuerdo, que no

⁸ [El «Proyecto de psicología» (Freud, 1950a), AE, 1, págs. 409 y sigs., arroja alguna luz sobre el concepto de «nivel de investidura».]

⁹ [En obras posteriores, Freud lo llama «principio de placer»; una excepción aparece en la 4ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), AE, 15, pág. 67.]

hace sino repetir (*Wiederholung*) el primitivo intento de huida frente a la percepción, es facilitado también por el hecho de que el recuerdo, a diferencia de la percepción, no posee cualidad suficiente para excitar a la conciencia y atraer de ese modo sobre sí una investidura nueva. Este extrañamiento que el aparato psíquico realiza fácilmente y de manera regular respecto del recuerdo de lo que una vez fue penoso nos proporciona el modelo y el primer ejemplo de la *represión psíquica* {esfuerzo de desalojo psíquico}. Es de todos conocido cuánto de ese extrañamiento respecto de lo penoso, de la táctica del avestruz, puede rastrearse todavía en la vida anímica normal del adulto.

A consecuencia del principio de *displacer*, entonces, el primer sistema ψ es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento. El sistema no puede hacer otra cosa que desear. Si todo quedara tal cual, se vería impedido el trabajo de pensamiento del segundo sistema, al que le hace falta disponer de todos los recuerdos decantados en la experiencia. Así, se abren dos caminos: o bien el trabajo del segundo sistema se independiza por completo del principio de *displacer* y sigue su camino sin hacer caso del *displacer* del recuerdo, o bien se las arregla para invertir de tal suerte ese recuerdo *displacentero* que se evite el desprendimiento de *displacer*. Podemos desechar la primera posibilidad, pues el principio de *displacer* se muestra también como regulador para el discurrir de la excitación del segundo sistema; nos vemos remitidos a la otra posibilidad: que ese sistema invierte un recuerdo de tal modo que inhibe el drenaje desde él, y por tanto también el drenaje hacia el desarrollo de *displacer*, comparable este último a una inervación motriz. A esta hipótesis —que la investidura por el segundo sistema constituye al mismo tiempo una inhibición al drenaje de la excitación— nos vemos llevados entonces desde dos puntos de abordaje: por referencia al principio de *displacer* y [como se expuso dos párrafos antes] por el principio del gasto mínimo de inervación. Retengamos, pues (y es la clave de la doctrina de la represión), que *el segundo sistema sólo puede invertir una representación si está en condiciones de inhibir el desarrollo de displacer que parta de ella*. Lo que se sustrajera de esta inhibición permanecería inasequible también para el segundo sistema; a consecuencia del principio de *displacer*, se lo abandonaría enseguida. Empero, la inhibición del *displacer* no tiene que ser completa; un comienzo de este debe admitirse, pues indica al segundo sistema la naturaleza del recuerdo y, llegado el caso, su falta de aptitud para el fin que el pensar busca.

Al proceso psíquico que conviene exclusivamente al primer sistema lo llamaré ahora *proceso primario*, y *proceso secundario* al que resulta de la inhibición impuesta por el segundo.¹⁰ Puedo mostrar, todavía en otro aspecto, los fines para los cuales el segundo sistema tiene que corregir al proceso primario. Este último aspira a la descarga de la excitación a fin de producir, con la magnitud de excitación así reunida, una *identidad perceptiva* [con la vivencia de satisfacción (cf. págs. 557-8)]; el proceso secundario ha abandonado ese propósito y en su lugar adoptó este otro: el de apuntar a una *identidad de pensamiento* [con esa experiencia]. El pensar como un todo no es más que un rodeo desde el recuerdo de satisfacción, que se toma como representación-meta, hasta la investidura idéntica de ese mismo recuerdo, que debe ser alcanzada de nuevo por la vía de las experiencias motrices. El pensar tiene que interesarse entonces por las vías que conectan entre sí a las representaciones, sin dejarse extraviar por las intensidades de estas. Pero es claro que las condensaciones de representaciones, las formaciones intermedias y de compromiso, son impedimentos para alcanzar esa meta de la identidad; en la medida en que rempazan a una representación por otra, desvían del camino que habría podido conducir hacia adelante desde la primera. Por eso tales procesos se evitan cuidadosamente en el pensar secundario. Tampoco es difícil advertir que el principio de displacer, que en otros terrenos ofrece al proceso de pensamiento los más importantes puntos de apoyo, le depara aquí también dificultades en la persecución de la

¹⁰ [La distinción entre los sistemas primario y secundario, y la hipótesis de que la psique opera de modo diferente en cada uno de ellos, figuran entre los conceptos fundamentales de Freud. Están relacionados con la teoría (indicada en págs. 588-9 y al comienzo de la sección siguiente) de que existen dos tipos de energía psíquica: «libre» o «móvil» (como ocurre en el *Icc*) y «ligada» o «quiescente» (como ocurre en el *Prcc*). Al tratar el tema en sus escritos posteriores (p. ej., en «Lo inconciente» (1915e), *AE*, 14, págs. 183-6, y en *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, pág. 30), Freud atribuyó esta última distinción a una afirmación hecha por Breuer en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895). Es difícil hallar tal afirmación en la contribución de Breuer a esa obra (capítulo III). Lo que más se le aproxima es una nota al pie donde distingue tres formas de energía nerviosa: «una energía potencial que está quiescente en el patrimonio químico de la célula», «una energía cinética, por nosotros desconocida, que en el estado de excitación corre por las fibras» y «aun otro estado quiescente de excitación nerviosa: la excitación tónica o tensión nerviosa» (*AE*, 2, págs. 205-6n.). Por otra parte, la cuestión de la energía «ligada» se trata con cierto detenimiento en el «Proyecto de psicología» (1950a), escrito sólo unos pocos meses después de publicarse los *Estudios sobre la histeria*.]

identidad de pensamiento. El pensar tiene que tender, pues, a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de *displacer*, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo de pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal.¹¹ El agregado de una sobreinversión, que es procurada por la conciencia, está destinado a lograr ese refinamiento de operación. [Cf. págs. 603 y sigs.] Pero sabemos que aun en la vida anímica normal esto rara vez se alcanza por completo, y que nuestro pensar siempre está expuesto a falsearse debido a la injerencia del principio de *displacer*.

Pero no es esta la laguna en la eficacia funcional de nuestro aparato anímico por la cual se posibilitaría que pensamientos que se constituyen como resultado del trabajo de pensamiento secundario caigan bajo el proceso psíquico primario, fórmula esta con la que ahora podemos describir el trabajo que lleva a los sueños y a los síntomas histéricos. La tacha de insuficiencia es producto de la conjunción de dos factores que proceden de nuestra historia evolutiva, de los que uno es imputable por entero al aparato anímico y ha ejercido una influencia decisiva sobre el vínculo entre los dos sistemas, y el otro rige en dimensión variable e introduce en la vida anímica fuerzas pulsionales de origen orgánico. Ambos provienen de la vida infantil y son un sedimento de la alteración que nuestro organismo anímico y somático ha experimentado desde las épocas infantiles.

Cuando llamé *primario* a uno de los procesos psíquicos que ocurren en el aparato anímico, no lo hice sólo por referencia a su posición en un ordenamiento jerárquico ni a su capacidad de operación, sino que al darle ese nombre me refería también a lo cronológico. Un aparato psíquico que posea únicamente el proceso primario no existe, que nosotros sepamos, y en esa medida es una ficción teórica; pero esto es un hecho: los procesos primarios están dados en aquel desde el comienzo, mientras que los secundarios sólo se constituyen poco a poco en el curso de la vida, inhiben a los primarios, se les superponen, y quizás únicamente en la plena madurez logran someterlos a su total imperio. A consecuencia de este advenimiento tardío de los procesos secun-

¹¹ [La idea de que un pequeño monto de *displacer* actúa como «señal» para impedir la ocurrencia de un monto mucho mayor fue retomada por Freud muchos años después y aplicada al problema de la angustia. Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, págs. 150-2.]

darios, el núcleo de nuestro ser, que consiste en mociones de deseos inconcientes, permanece inaprehensible y no inhibible para el preconciente, cuyo papel quedó limitado de una vez y para siempre a señalarles a las mociones de deseo que provienen del inconciente los caminos más adecuados al fin. Estos deseos inconcientes constituyen para todos los afanes posteriores del alma una compulsión a la que tienen que adecuarse, y a la que tal vez pueden empeñarse en desviar y dirigir hacia metas más elevadas. Un gran ámbito del material mnémico permanece también inasequible a la investidura preconciente a raíz de esa demora {*Verspätung*}.

Ahora bien, entre estas mociones de deseo indestructibles y no inhibibles que provienen de lo infantil se encuentran también aquellas cuyo cumplimiento ha entrado en una relación de contradicción con las representaciones-meta del proceso secundario. El cumplimiento de tales deseos ya no provocaría un afecto placentero, sino uno de displacer, y *justamente esta mudanza del afecto constituye la esencia de lo que designamos «represión»*. Averiguar los caminos y las fuerzas pulsionantes en virtud de los cuales puede operarse esa mudanza, en eso radica el problema de la represión, que aquí bastará con tocar tangencialmente.¹² Será suficiente establecer que una mudanza así del afecto ocurre en el curso del desarrollo (piénsese en el advenimiento del asco, que inicialmente faltaba en la vida infantil) y que se anuda con la actividad del sistema secundario. Los recuerdos desde los cuales el deseo inconciente provoca el desprendimiento del afecto nunca fueron accesibles al *Prcc*; por eso no fue posible inhibir su desprendimiento de afecto. Y precisamente a causa de este desarrollo del afecto tales representaciones tampoco ahora son asequibles desde los pensamientos preconcientes sobre los cuales han trasferido su fuerza de deseo. Más bien entra en funciones el principio de displacer y hace que el *Prcc* se extrañe de tales pensamientos de trasferencia. Estos son librados a sí mismos, son «reprimidos» {desalojados}, y de esa suerte la existencia de un tesoro de recuerdos infantiles sustraídos desde el comienzo al *Prcc* pasa a ser la condición previa de la represión.

En el caso más favorable, se pone término al desarrollo de displacer sustrayendo su investidura a los pensamientos de trasferencia situados en el *Prcc*, y este éxito caracteriza la intervención del principio de displacer como acorde a fines. Pero otra cosa sucede cuando el deseo inconciente reprimido

¹² [Freud se ocupó del tema más extensamente en «La represión» (1915d); sus puntos de vista posteriores al respecto figuran en la 32ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a).]

experimenta un refuerzo orgánico que él puede prestar a sus pensamientos de transferencia, en cuyo caso los pone en condiciones de hacer el ensayo de irrumpir con su excitación, por más que hayan sido abandonados por la investidura del *Prcc*. Sobreviene entonces la lucha defensiva, pues el *Prcc* a su vez refuerza la oposición a los pensamientos reprimidos (contraíntestadura),¹³ y ello trae como efecto ulterior la irrupción de los pensamientos de transferencia, que son portadores del deseo inconciente, en algún tipo de compromiso mediante una formación de síntoma. Ahora bien, desde el momento en que los pensamientos reprimidos son investidos con fuerza por la moción inconciente de deseo, pero son en cambio abandonados por la investidura preconciente, ellos quedan a merced del proceso psíquico primario, sólo apuntan a la descarga mótriz o, cuando el camino está expedito, a la reanimación alucinatoria de la deseada idéntidad perceptiva. Ya antes hemos descubierto empíricamente que los procesos incorrectos descritos sólo se desarrollan con pensamientos que se encuentran bajo la represión. Ahora aprehendemos un nuevo tramo de esa concatenación. Tales procesos incorrectos son los *primarios* en el aparato psíquico; sobrevienen dondequiera que algunas representaciones son abandonadas por la investidura preconciente, son libradas a sí mismas y pueden ser llenadas con la energía no inhibida del inconciente, que aspira a drenarse. Algunas otras observaciones vienen a apoyar la concepción según la cual estos procesos llamados incorrectos no son en realidad falseamientos de los procesos normales, errores de pensamiento, sino los modos de trabajo del aparato psíquico que han sido liberados de una inhibición. Así, vemos que la conducción de la excitación preconciente a la motilidad acontece siguiendo esos mismos procesos, y que el enlace de las representaciones preconcientes con palabras fácilmente muestra desplazamientos y contaminaciones idénticos a los que se atribuyen a la falta de atención. Por último, una prueba del incremento de trabajo que se vuelve necesario en el caso de la inhibición de esos modos primarios de funcionamiento resulta del siguiente hecho: conseguimos un efecto *cómico*, un sobrante [de energía] que ha de descargarse por la *risa cuando dejamos penetrar en la conciencia estos modos de funcionamiento del pensar*.¹⁴

¹³ [El término entre paréntesis se agregó en 1919.]

¹⁴ [Esto fue detenidamente examinado por Freud en el capítulo V de su libro sobre el chiste (1905c). La cuestión de los errores de pensamiento se trata con más amplitud en las páginas finales del «Proyecto de psicología» (1950a).]

La teoría de las psiconeurosis asevera con certeza excluyente que no pueden ser sino mociones de deseo sexuales procedentes de lo infantil las que experimentaron la represión (la mudanza del afecto) en los períodos de desarrollo de la infancia, y que en períodos posteriores del desarrollo son capaces de una renovación, ya sea a consecuencia de la constitución sexual que se configura desde la bisexualidad originaria, ya sea a consecuencia de influencias desfavorables sobre la vida sexual; y así ellas proporcionan las fuerzas pulsionantes de toda formación de síntoma psiconeurótica.¹⁵ Sólo mediante la introducción de estas fuerzas sexuales pueden salvarse las lagunas todavía registrables en la teoría de la represión. Quiero dejar en suspenso el averiguar si tenemos derecho a invocar lo sexual y lo infantil también para la teoría del sueño; dejo aquí incompleta esta teoría porque ya con el supuesto de que el deseo onírico proviene en todos los casos del inconciente me he internado un paso más allá de lo comprobable.¹⁶ Tampoco quiero indagar más

¹⁵ [En sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d) Freud desarrolló el tema aquí expuesto.]

¹⁶ Aquí, como en otros pasajes, hay lagunas en la elaboración del tema. Las he dejado ex profeso pues llenarlas requeriría un gran gasto, por una parte, y, por la otra, apuntalarse en un material ajeno al sueño. Así, he evitado indicar si atribuyo a la palabra «sofocado» {«*unterdrückt*»} un sentido diverso que a la palabra «reprimido» {«*verdrängt*»}. Pero debería haber quedado claro que esta última destaca más que la primera la pertenencia al inconciente. Tampoco he entrado a considerar este evidente problema: ¿Por qué la censura hace que los pensamientos oníricos se desfiguren también en el caso en que ellos han renunciado a su avance progrediente hasta la conciencia y se han decidido por el camino de la regresión? Y como esta, hay otras muchas omisiones. Me interesaba, sobre todo, que se obtuviera una impresión de los problemas a que lleva la ulterior descomposición del trabajo del sueño, e indicar los otros temas con los que entraría en contacto ese análisis ulterior. Además, no siempre me resultó fácil decidir el lugar en que debía interrumpir la exposición. — Una motivación particular, quizás inesperada para el lector, me llevó a no tratar exhaustivamente el papel que desempeña en el sueño el mundo de las representaciones sexuales y a evitar la interpretación de sueños de contenido sexual evidente. Está bien lejos de mí y de las opiniones científicas que sostengo en neuropatología el mirar la vida sexual como asunto vergonzoso, que ni el médico ni el investigador científico pueden tratar. También me parece risible la indignación moral que llevó al traductor de la *Oneirocritica* de Artemidoro Daldiano a sustraer al conocimiento de los lectores el capítulo que ella contiene sobre los sueños sexuales. En mi caso, lo único decisivo fue que la explicación de los sueños sexuales me habría hecho internarme en profundidad en los problemas todavía no explicados de la perversión y de la bisexualidad. Por eso me reservé ese material para otro contexto. [Quizá debería agregarse que el traductor de *Oneirocritica*, F. S. Krauss, publicó después el capítulo omitido en su periódico *Anthropophyteia*, citado por Freud

sobre la índole de la diferencia, en lo que atañe al juego de las fuerzas psíquicas, entre la formación del sueño y la de los síntomas histéricos; es que para ello nos falta un conocimiento más preciso de uno de los términos que han de ponerse en comparación. Pero es otro el punto en que yo me afirmo, y anticipo esta confesión: a causa de este solo punto he incluido aquí todas las elucidaciones sobre los dos sistemas psíquicos, sobre sus modos de trabajo y sobre la represión. En efecto, no interesa que yo haya concebido de manera aproximadamente correcta las constelaciones psicológicas en cuestión, o bien, como es muy posible en materias tan difíciles, lo haya hecho torcida y deficientemente. Comoquiera que después se altere la interpretación de la censura psíquica, de la elaboración correcta y anormal del contenido del sueño, sigue siendo válido que tales procesos intervienen en la formación del sueño y que en lo esencial muestran la más grande analogía con los procesos reconocidos en la formación de los síntomas histéricos. Ahora bien, el sueño no es un fenómeno patológico; no tiene por premisa ninguna perturbación del equilibrio psíquico; no deja como secuela debilitamiento alguno de la capacidad de rendimiento. La objeción según la cual mis sueños y los de mis pacientes neuróticos no permiten extraer inferencias sobre los sueños de personas sanas podría desecharse sin considerarla siquiera. Por tanto, cuando desde los fenómenos inferimos sus fuerzas pulsionantes, reconocemos que el mecanismo psíquico de que se sirve la neurosis no es creado primero por una perturbación patológica que atacara a la vida anímica, sino que ya se encuentra dispuesto dentro del edificio normal del aparato anímico. Los dos sistemas psíquicos, la censura del pasaje entre ellos, la inhibición y la superposición de una actividad por la otra, las relaciones de ambos con la conciencia —o lo que una interpretación más correcta de las condiciones fácticas pueda poner en su lugar—, todo eso pertenece al edificio normal de nuestro instrumento anímico, y el sueño nos indica uno de los caminos que llevan al conocimiento de su estructura. Si queremos contentarnos con un aumento mínimo, pero plenamente certificado, de nuestro saber, diremos que el sueño nos prueba que *lo sofocado persiste también en los hombres normales y sigue siendo capaz de operaciones psíquicas*. El sueño mismo es una de las exteriorizaciones de eso sofocado; según la teoría lo es en todos los casos, y según la experiencia palpable lo es al menos

supra (págs. 361-2, n. 14), y del cual en otros lugares habla con tanto elogio; cf. su carta al Dr. F. S. Krauss (1910f) y su prólogo a J. G. Bourke, *Scatologic Rites of All Nations* (1913k).]

en una gran cantidad de ellos, que exhiben precisamente de la manera más nítida los caracteres llamativos de la vida onírica. Eso sofocado que hay en el alma, cuya expresión es impedida en la vida de vigilia por la {recíproca y} *opuesta tramitación de las contradicciones* y que fue cortado de la percepción interna, encuentra en la vida nocturna y bajo el imperio de las formaciones de compromiso los medios y caminos para abrirse paso hasta la conciencia.

«Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo».¹⁷

Pero la interpretación del sueño es la vía regia hacia el conocimiento de lo inconciente dentro de la vida anímica.

Si perseguimos el análisis del sueño avanzaremos un poco en la intelección de la composición de ese instrumento, de todos el más maravilloso y el más lleno de secretos. Será muy poco, sin duda, pero al mismo tiempo habremos dado el primer paso para progresar después, desde otras formaciones (que han de llamarse patológicas), en su descomposición. Es que la enfermedad —al menos la que, con acierto, se llama «funcional»— no tiene por premisa la destrucción de este aparato o la producción de escisiones nuevas en su interior; ha de explicarse *dinámicamente* por el fortalecimiento y el debilitamiento de los componentes del juego de fuerzas del que tantos efectos permanecen ocultos durante la función normal. En otro lugar podría mostrarse todavía el modo en que la composición del aparato por las dos instancias mencionadas permite un refinamiento incluso de su función normal, imposible con una sola de ellas.¹⁸

¹⁷ [«Si no puedo inclinar a los Poderes Superiores, moveré las Regiones Infernales». En una nota inserta en GS, 3 (1925), pág. 169, Freud hace la observación de que «este verso de Virgilio [*La Eneida*, VII, 312] intenta describir los esfuerzos de las mociones pulsionales desalojadas». Utilizó ese mismo verso como epígrafe de la presente obra. (Cf. *supra*, 4, págs. 1 y 17n.) En una carta a Fliess del 4 de diciembre de 1896 (Freud, 1950a, Carta 51), proponía encabezar con él un capítulo sobre la formación de síntoma, en una obra proyectada que no llegó a realizarse. — La oración siguiente se agregó en 1909, y en el mismo año Freud la incluyó en la 3ª de sus *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910a), AE, 11, pág. 29.]

¹⁸ El sueño no es el único fenómeno que permite fundar la psicopatología sobre la psicología. En una serie de ensayos —«Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898b) y «Sobre los recuerdos encubridores» (1899a)—, no completada aún, he intentado interpretar cierto número de fenómenos de la vida cotidiana como pruebas en favor de la misma conclusión. [Agregado en 1909:] Estos ensayos, junto a otros sobre el olvido, el trastrabarse al hablar, el trastocar las cosas confundido, etc., se han reunido después bajo el título de *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901b).

F. Lo inconciente y la conciencia. La realidad

Si las consideramos con mayor atención, las elucidaciones psicológicas de la sección anterior no nos sugieren el supuesto de la existencia de *dos sistemas* cerca del extremo motor del aparato, sino de *dos procesos* o de *dos modos en el decurso de la excitación*. Nos da lo mismo; siempre debemos estar dispuestos a abandonar nuestras representaciones auxiliares cuando nos creemos en condiciones de remplazarlas por alguna otra cosa que se aproxime mejor a la realidad desconocida. Intentemos ahora rectificar algunas intuiciones que pudieron nacer por un malentendido mientras teníamos en vista los dos sistemas, en el sentido más inmediato y grosero, como dos localidades situadas en el interior del aparato anímico; esas intuiciones han dejado su impronta en las expresiones «reprimir» {«*verdrängen*», «desalojar»} e «irrumpir» {«*durchdringen*»}. Cuando decimos, pues, que un pensamiento inconciente aspira a traducirse en el preconciente a fin de irrumpir desde allí en la conciencia, no queremos significar que se forme un pensamiento segundo, situado en un lugar nuevo, por así decir una trascripción junto a la cual subsistiría el original; y también respecto del irrumpir en la conciencia queremos aventar toda idea de un cambio de lugar. Cuando decimos que un pensamiento preconciente es reprimido {desalojado} y entonces el inconciente lo recibe, esta imagen, tomada del círculo de representaciones de la lucha por un terreno, podría inducirnos a suponer que realmente cierto ordenamiento es disuelto dentro de una localidad psíquica y sustituido por otro que se sitúa en una localidad diferente. Ahora remplazamos este símil por lo que parece responder mejor al estado real de cosas, a saber, que una investidura energética es impuesta a un determinado ordenamiento o retirada de él, de suerte que el producto psíquico en cuestión cae bajo el imperio de una instancia o se sustrae de él. De nuevo sustituimos aquí un modo de representación típico por uno dinámico; no es el producto psíquico el que nos aparece como lo movible, sino su inervación.¹

A pesar de ello, juzgo conveniente y justificado seguir

¹ [Nota agregada en 1925:] Fue necesario reformular y modificar esta idea cuando se reconoció que el carácter esencial de una representación preconciente es el enlace con restos de representaciones-palabra. Cf. «Lo inconciente» (Freud, 1915e) [*AE*, **14**, pág. 198. Allí se apunta, empero, que esto ya se indicaba en la primera edición de la presente obra. (Cf. *supra*, pág. 566, e *infra*, pág. 605.) También está anticipado en el «Proyecto de psicología» (1950a). *AE*, **1**, págs. 408-24.]

utilizando la representación intuitiva de los dos sistemas. Evitaremos cualquier abuso de este modo de figuración si recordamos que representaciones, pensamientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, *entre ellos*, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato. Todo lo que puede ser objeto de nuestra percepción interior es *virtual*, como la imagen dada en el telescopio por la propagación de los rayos de luz. Pero a los sistemas, que a su vez no son nada psíquico y nunca pueden ser asequibles a nuestra percepción psíquica, estamos justificados en suponerlos semejantes a las lentes del telescopio, que proyectan la imagen. Prosiguiendo este símil, la censura situada entre dos sistemas correspondería a la refracción de los rayos en el pasaje a un medio nuevo.

Hasta aquí hemos cultivado una psicología de nuestra propia cosecha; es tiempo de que pasemos a examinar las opiniones doctrinales que gobiernan la psicología de hoy, atendiendo a su vínculo con nuestras propuestas. La cuestión del inconciente en la psicología es, según la autorizada palabra de Lipps (1897), menos *una* cuestión psicológica que *la* cuestión de la psicología. Mientras la psicología la despache mediante la mera declaración verbal de que lo «psíquico» es precisamente lo «conciente» y unos «procesos psíquicos inconcientes» serían un palpable contrasentido, queda excluida una apreciación psicológica de las observaciones que un médico pudo haber conseguido en estados psíquicos anormales. El médico y el filósofo sólo se ponen de acuerdo si ambos reconocen que «procesos psíquicos inconcientes» son «la expresión adecuada y plenamente justificada de un hecho efectivo». Frente a la aseveración de que «la conciencia es el carácter infaltable de lo psíquico», el médico no puede replicar de otro modo que encogiéndose de hombros y tal vez, en caso de que su respeto por las manifestaciones de los filósofos sea todavía lo bastante grande, suponiendo que ellos no tratan el mismo objeto ni cultivan la misma ciencia. Es que basta una sola observación inteligente de la vida anímica de un neurótico, un único análisis de sueños, para imponerle la incommovible convicción de que los procesos de pensamiento más complejos y correctos, a los que no puede rehusarse el nombre de procesos psíquicos, pueden ocurrir sin excitar la conciencia de la persona.² Es

² [Nota agregada en 1914:] Me alegra poder citar a un autor que ha extraído del estudio del sueño la misma conclusión que yo

cierto que el médico no tiene noticia de estos procesos inconcientes antes que ellos hayan ejercido sobre la conciencia un efecto susceptible de comunicación o de observación. Pero este efecto de conciencia puede mostrar un carácter psíquico por entero divergente del proceso inconciente, de suerte que la percepción interna no discierna en uno el sustituto del otro. El médico tiene que reservarse el derecho de avanzar, mediante un *proceso de inferencia*, desde el efecto conciente hasta el proceso psíquico inconciente; por este camino se enterará de que el efecto conciente no es sino una repercusión psíquica remota del proceso inconciente, que, como tal, no ha devenido conciente; sabrá, no obstante, que ha existido y ha operado, aunque sin traslucirse de ningún modo para la conciencia.

Es preciso revertir la sobrestimación por la propiedad «conciencia»; es este un requisito indispensable para cualquier intelección correcta del origen de lo psíquico. Lo inconciente, según la expresión de Lipps [1897, págs. 146-7], tiene que suponerse como una base universal de la vida psíquica. Lo inconciente es el círculo más vasto, que incluye en sí al círculo más pequeño de lo conciente; todo lo conciente tiene una etapa previa inconciente, mientras que lo inconciente puede persistir en esa etapa y, no obstante, reclamar para sí el valor íntegro de una operación psíquica. Lo inconciente es lo psíquico verdaderamente real, *nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales.*

Ahora que la vieja oposición entre vida conciente y vida onírica quedó desvalorizada con la intercalación de lo psíquico inconciente en el lugar que le corresponde, se eliminan una serie de problemas del sueño que hubieron de ocupar todavía en profundidad a autores anteriores. Así, muchas operaciones de cuyo cumplimiento en el sueño cabía admirarse ya no son más imputables al sueño, sino al pen-

acerca de la relación entre la actividad conciente y la inconciente. Escribe Du Prel (1885, pág. 47): «El problema de la naturaleza del alma requiere, sin duda, una investigación preliminar para averiguar si conciencia y alma son idénticas. Justamente esa pregunta preliminar es respondida negativamente por el sueño, que muestra que el concepto de alma es más amplio que el de conciencia, de la misma manera que la fuerza gravitatoria de una estrella se extiende más allá del alcance de su luminosidad». Y en otro pasaje (*ibid.*, pág. 306 [citando a Maudsley, 1868, pág. 15]): «Es una verdad en la que nunca se insistirá bastante la de que conciencia y alma no son conceptos de igual extensión».

samiento inconciente que también trabaja durante el día. Si, según Scherner [1861, págs. 114-5], el sueño parece jugar con una figuración simbolizante del cuerpo,³ ahora sabemos que esta es la operación de fantasías inconcientes que probablemente responden a mociones sexuales y que no se expresan sólo en el sueño, sino también en las fobias histéricas y en otros síntomas. Cuando el sueño prosigue y finiquita los trabajos del día y aun trae a la luz ocurrencias valiosas, no tenemos más que quitarle la vestidura onírica que es el producto del trabajo del sueño y la marca de la operación auxiliar de poderes oscuros provenientes de lo profundo del alma (cf. el diablo en el sueño de la sonata, de Tartini⁴). Pero esa operación intelectual se debe a las mismas fuerzas del alma que cumplen durante el día todas las operaciones de esa índole. Incluso es probable que nos inclinemos en exceso a sobrestimar el carácter conciente de la producción intelectual y artística. Por las comunicaciones de hombres en extremo productivos, como Goethe y Helmholtz, llegamos a saber más bien que lo esencial y lo nuevo de sus creaciones les fue dado a la manera de ocurrencias y advino a su percepción casi listo. La cooperación de la actividad conciente nada tiene de sorprendente en otros casos en que todas las fuerzas del espíritu se convocaron en el empeño. Pero es privilegio de la actividad conciente, del que mucho se abusa, el poder ocultarnos todo lo demás siempre que ella participa.

No merece la pena exponer como un tema particular la importancia histórica de los sueños. Si un caudillo se resolvió tal vez, a causa de un sueño, a una osada empresa cuyo éxito provocó un cambio de alcances históricos, ello nos depara un nuevo problema sólo si seguimos contraponiendo el sueño, como un poder ajeno, a otras fuerzas del alma que nos resultan más familiares, pero no si lo consideramos una *forma de expresión* de mociones sobre las cuales durante el día pesó una resistencia y que por la noche pudieron obtener un refuerzo de parte de fuentes de excitación situadas en lo profundo.⁵ Ahora bien, el respeto de que el sueño gozó

³ [Cf. *supra*, 4, págs. 107-8.]

⁴ [Se dice que el compositor y violinista Giuseppe Tartini (1692-1770) soñó que vendía su alma al diablo, quien tras eso tomó un violín y ejecutó una sonata de exquisita belleza con destreza consumada. Al despertar, el compositor escribió de inmediato lo que podía recordar de ella, y el resultado fue su famoso «Trillo del Diavolo».]

⁵ [Nota agregada en 1911:] Véase sobre esto el sueño de Alejandro Magno cuando el sitio de Tiro. [Cf. *supra*, 4, pág. 121, n. 4.]

en los pueblos antiguos es un homenaje, fundado en una intuición psicológica correcta, a lo indomeñado y a lo indestructible contenido en el alma del hombre; a lo *demoníaco*, eso que engendra el deseo onírico y eso que nosotros reencontramos en nuestro inconciente.

No sin deliberación digo *en nuestro inconciente*, pues lo que así llamamos no coincide con lo inconciente de los filósofos ni con lo inconciente según Lipps. En ellos está destinado a designar sólo lo opuesto a lo conciente; el conocimiento de que, además de los procesos concientes, hay otros procesos psíquicos que son inconcientes se impugna con ardor y se defiende con energía. En Lipps hallamos un enunciado que da un paso más, a saber, que todo lo psíquico ha existido como inconciente y, de eso, algo, después, lo ha hecho también como conciente. Pero no fue para probar *este* enunciado que adujimos los fenómenos del sueño y de la formación de síntomas histéricos; la sola observación de la vida diurna normal basta para establecerlo fuera de toda duda. Lo nuevo que nos enseña el análisis de las formaciones psicopatológicas y ya su primer eslabón, el sueño, consiste en que lo inconciente —por ende, lo psíquico— ocurre como función de dos sistemas separados y eso ya sucede dentro de la vida normal del alma. Lo *inconciente* existe por tanto *de dos modos*, que no hallamos todavía separados por los psicólogos. Uno y otro son inconcientes en el sentido de la psicología; pero en nuestra concepción, uno, que llamamos *Icc*, es también *insusceptible de conciencia*, mientras que el otro, *Prcc*, recibió de nosotros ese nombre porque sus excitaciones —por cierto que obedeciendo también a ciertas reglas y quizá sólo después de superar una nueva censura, pero sin miramiento por el sistema *Icc*— pueden alcanzar la conciencia. El hecho de que las excitaciones, para poder llegar a la conciencia, tengan que recorrer una secuencia inmutable, un itinerario de instancias que pudimos vislumbrar a través de las alteraciones que les impone la censura, nos sirvió para proponer un símil tomado de lo espacial. Describimos las relaciones de los dos sistemas entre sí y con la conciencia diciendo que el sistema *Prcc* se sitúa como una pantalla {*Schirm*} entre el sistema *Icc* y la conciencia. El sistema *Prcc* no sólo bloquea el acceso a la conciencia, sino que preside el acceso a la motilidad voluntaria y dispone acerca del envío de una energía de investidura móvil, una parte de la cual nos es familiar como atención.⁶

⁶ [Cf. págs. 582-3. — *Nota agregada en 1914:*] Véase mi trabajo titulado «Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis» (1912g), publicado primero en inglés en los *Proceedings* de la So-

También de la distinción entre *supraconciencia* y *subconciencia*, predilecta de la bibliografía más reciente sobre las psiconeurosis, tenemos nosotros que mantenernos alejados, pues precisamente parece destacar la equiparación entre lo psíquico y lo conciente.

¿Qué papel resta en nuestro esquema a esa conciencia antaño todopoderosa y que todo lo recubría? Ningún otro que el de un *órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas*.⁷ De acuerdo con las ideas básicas de nuestro ensayo esquemático, sólo podemos concebir esa percepción-conciencia {*Bewusstseinswahrnehmung*} como la operación propia de un sistema particular para el cual es recomendable la designación abreviada *Cc*. A este sistema lo imaginamos, en sus caracteres mecánicos, de manera parecida a los sistemas de percepción *P*; o sea, excitable por cualidades e incapaz de conservar la huella de las alteraciones, vale decir, carente de memoria. El aparato psíquico, que con el órgano sensorial de los sistemas *P* está vuelto hacia el mundo exterior, es él mismo mundo exterior para el órgano sensorial de la *Cc*, cuya justificación teleológica descansa en esta circunstancia. El principio del itinerario de instancias, que parece presidir el armazón del aparato, nos sale aquí al paso otra vez. El material de excitaciones afluye desde dos lados al órgano sensorial *Cc*: desde el sistema *P*, cuya excitación condicionada por cualidades probablemente atraviese por un nuevo procesamiento antes de convertirse en sensación conciente, y desde el interior del propio aparato, cuyos procesos cuantitativos son sentidos, toda vez que los alcanzan ciertas alteraciones, como serie de cualidades de placer y displacer.

Los filósofos que se percataron de que son posibles, sin colaboración de la conciencia, formaciones de pensamiento correctas y en extremo complejas se vieron en dificultades para asignar a esta una función; ella les pareció un reflejo superfluo del proceso psíquico consumado. La analogía de nuestro sistema *Cc* con los sistemas de la percepción nos saca de esta perplejidad. Vemos que la percepción por nues-

ciety for Psychical Research, 26 [pág. 312], donde he distinguido los significados descriptivo, sistemático y dinámico de la multívoca palabra «inconciente». [Este tema es reexaminado en su totalidad a la luz de las posteriores opiniones de Freud en el capítulo I de *El yo y el ello* (1923b).]

⁷ [El uso que hace Freud de los términos «cantidad» y «cualidad» es explicado en forma cabal en la parte I de su «Proyecto de psicología» (1950a).]

tros órganos sensoriales tiene la consecuencia de guiar una investidura de atención por los caminos a través de los cuales se propaga la excitación sensorial adviniente; la excitación cualitativa del sistema *P* sirve a la cantidad móvil dentro del aparato psíquico como regulador de su decurso. La misma función podemos pretender para el órgano sensorial, superpuesto, del sistema *Cc*. Cuando percibe cualidades nuevas presta una nueva contribución a la guía y a la distribución acorde a fines de las cantidades móviles de investidura. Por medio de la percepción de placer y displacer influye sobre la circulación de las investiduras en el interior del aparato psíquico, que por lo demás trabaja de manera inconciente y por desplazamientos de cantidad. Es probable que al comienzo el principio de displacer regule automáticamente los desplazamientos de la investidura; pero es muy posible que la conciencia de estas cualidades agregue una segunda regulación, más fina, que hasta puede contrariar a la primera y que perfecciona la capacidad de operación del aparato, por cuanto, en contra de su disposición originaria, lo habilita para someter a la investidura y a la elaboración también aquello que se enlaza con un desprendimiento de displacer. La psicología de las neurosis nos enseña que a estas regulaciones operadas por la excitación-cualidad de los órganos sensoriales les está reservado un importante papel en la actividad funcional del aparato. El imperio automático del principio primario de displacer (con la consecuente restricción de la capacidad de operación) es quebrantado por las regulaciones sensibles, a su vez otros tantos automatismos. Nos enteramos de que la represión, que, aunque originariamente adecuada a fines, desemboca en una renuncia dañina a la inhibición y al gobierno del alma, se consuma con facilidad mucho mayor en recuerdos que en percepciones, porque en los primeros necesariamente falta el aumento de investidura que es consecuencia de la excitación de los órganos sensoriales psíquicos. Si por una parte un pensamiento del que hay que defenderse no deviene conciente porque fue sometido a la represión, en otros casos puede ser reprimido sólo por el hecho de que en virtud de otras razones fue sustraído de la percepción-conciencia. De estas indicaciones se sirve la terapia para remover represiones consumadas.

Dentro de una concatenación teleológica, nada prueba mejor el valor de la sobreinvestidura producida por la influencia reguladora del órgano sensorial *Cc* sobre la cantidad móvil que la creación de una nueva serie de cualidades y, con ella, de una regulación nueva, que constituye el privilegio del ser humano frente a los animales. En efecto, los procesos

de pensamiento carecen de cualidad, salvo las excitaciones de placer y displacer que los acompañan, que deben mantenerse refrenadas como perturbación posible del pensar. Para prestarles una cualidad son asociados, en el ser humano, con recuerdos de palabra, cuyos restos de cualidad bastan para atraer sobre sí la atención de la conciencia y para volcar sobre el pensar, desde esta, una nueva investidura móvil. [Cf. págs. 566 y 598n.]

La multiplicidad de los problemas que suscita la conciencia no puede abarcarse sino descomponiendo los procesos de pensamiento de la histeria. Se tiene entonces la impresión de que también el paso del preconciente a la investidura consciente se conecta con una censura parecida a la situada entre *Icc* y *Prcc*.⁸ También esta censura sólo entra en funciones por encima de cierto límite cuantitativo, de suerte que se le escapan pensamientos de poca intensidad. Todos los casos posibles de apartamiento de la conciencia, así como de interrupción en ella bajo ciertas restricciones, se hallan reunidos en el marco de los fenómenos psiconeuróticos; todos ellos apuntan a la íntima y bilateral concatenación entre censura y conciencia. Quiero cerrar estas elucidaciones psicológicas comunicando dos de esos casos.

El año pasado fui llamado a consulta, y me vi frente a una muchacha que lucía inteligente y desprejuiciada. Su postura es extraña; la mujer suele cuidar de sus vestidos hasta la última arruga, mientras que ella lleva una media colgando y dos botones de la blusa desprendidos. Se queja de dolores en una pierna y sin que se lo pidan descubre una pantorrilla. Pero su principal queja es esta, textualmente: tiene una sensación en el cuerpo como si hubiera *algo metido ahí que se mueve para acá y para allá y la hace estremecerse toda*. Muchas veces eso le pone *tieso* todo el cuerpo. Mi colega, allí presente, me mira entonces; no halla dificultad alguna en comprender el significado de su queja. A los dos nos parece asombroso que la madre de la enferma no lo advierta; ya repetidas veces tiene que haberse encontrado en la situación que su hija describe. La muchacha misma ni sospecha el alcance de sus dichos, pues de lo contrario no los hubiera pronunciado. Aquí se ha logrado cegar a la censura de tal suerte que una fantasía que en otro caso permanecería en el preconciente es admitida en la conciencia como algo inocente, bajo la máscara de una queja.

Otro ejemplo: Inicio un tratamiento psicoanalítico con

⁸ [La censura entre el *Prcc* y la *Cc* aparece rara vez en los escritos posteriores de Freud, pero se la trata extensamente en la sección VI de «Lo inconciente» (1915e).]

un muchacho de catorce años que sufre de un *tic convulsif*, vómitos histéricos, dolores de cabeza, etc., y le aseguro que cerrando los ojos verá imágenes o tendrá ocurrencias que él debe comunicarme. Responde en imágenes. Revive visualmente en su recuerdo la última impresión que tuvo antes de acudir a mi consultorio. Había jugado a las damas con su tío y ahora ve el tablero frente a sí. Considera diversas posiciones favorables o desfavorables, movidas que no están permitidas. Después ve sobre el tablero una navaja, objeto que su padre posee pero que su fantasía sitúa en el tablero. Luego hay puesta una hoz sobre el tablero, más adelante se agrega una guadaña, y ahora viene la imagen de un viejo campesino que corta con la guadaña el pasto que crece frente a la casa, frente al hogar distante. Pasados unos días pude comprender esta sucesión de imágenes. Relaciones familiares desdichadas han irritado al muchacho. Un padre duro, de mal genio, que vivía en querrela con la madre y cuyo recurso pedagógico eran las amenazas; la separación del padre respecto de esa madre blanda y tierna; el nuevo matrimonio de él, quien un día trajo a la casa a una mujer joven presentándola como la nueva mamá. A poco de ello estalló la enfermedad de este muchacho de catorce años. Es la sofocada furia contra el padre la que compuso aquellas imágenes en alusiones inteligibles. Una reminiscencia de la mitología proporcionó el material. La hoz es aquella con que Zeus castró al padre; la guadaña y la imagen del campesino pintan a Cronos, el viejo violento que devoraba a sus hijos y del que Zeus se vengó de manera tan poco filial.⁹ El casamiento del padre era una ocasión para devolverle los reproches y amenazas que el niño antes tuvo que oír de él por *jugar* con sus genitales (el juego de damas, los movimientos prohibidos, la navaja con la que se puede matar). Aquí son recuerdos largo tiempo reprimidos y sus retoños que han permanecido inconcientes los que se cuelan en la conciencia como imágenes *sin sentido aparente* por el rodeo que se les ha abierto.

Yo buscaría, por eso, el valor teórico del estudio del sueño en las contribuciones que puede hacer al conocimiento psicológico y en la preparación que puede darnos para comprender las psiconeurosis. ¿Quién es capaz de vislumbrar la altura a que puede elevarse todavía un conocimiento a fondo de la construcción y de las operaciones del aparato

⁹ [Cf. *supra*, 4, pág. 266.]

animico, si ya el estado actual de nuestro saber permite una feliz corrección terapéutica de las formas de psiconeurosis en sí curables? ¿Cuál es el valor práctico de ese estudio, se me dirá, para el conocimiento del alma, el descubrimiento de las propiedades ocultas del carácter de los individuos? ¿Acaso las mociones inconcientes que el sueño pone de manifiesto no poseen el valor de reales poderes dentro de la vida anímica? ¿Y es de tenerse en poco el significado ético de los deseos sofocados, que, así como crean sueños, pueden engendrar mañana otra cosa?

No me siento autorizado para responder a estas preguntas. Mis pensamientos no han perseguido este aspecto de los problemas del sueño. Opino, simplemente, que se equivocaba el emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos porque este había soñado que le daba muerte.¹⁰ Primero habría debido preocuparse por buscar el significado de este sueño; muy probablemente, no era el que parecía. Y aun si un sueño de texto diferente tuviera ese significado {esa intencionalidad} de lesa majestad, cabría atender todavía al dicho de Platón, a saber, que el virtuoso se contenta con soñar lo que el malvado hace realmente. Opino, pues, que lo mejor es dejar en libertad a los sueños. Yo no sé si a los deseos inconcientes hay que reconocerles *realidad*; a todos los pensamientos intermedios y de transición, desde luego, hay que negársela. Y si ya estamos frente a los deseos inconcientes en su expresión última y más verdadera, es preciso aclarar que la realidad *psíquica* es una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad *material*.¹¹ No parece entonces justificado que los hombres se muestren renuentes a tomar sobre sí la responsabilidad por el carácter inmoral de sus sueños. La apreciación del modo de funcionamiento del aparato anímico y la intelección del vínculo entre conciente e inconciente disipa, las más de las veces, lo que nos choca, en el aspecto ético, de nuestra vida onírica y de la fantasía. «Eso que el sueño nos

¹⁰ [Cf. *supra*, 4, pág. 90.]

¹¹ [Esta oración no figuraba en la primera edición. En 1909 apareció bajo la siguiente forma: «Y si ya estamos frente a los deseos inconcientes en su expresión última y más verdadera, es preciso recordar sin duda que también la realidad psíquica tiene más de una forma de existencia». En 1914 el texto es por primera vez el actual, salvo que la última palabra era «fáctica» en lugar de «material», palabra que remplazó a aquella en 1919. — El resto de este párrafo se agregó en 1914. — Freud ya había esbozado la distinción entre «realidad del pensar» y «realidad externa» en su «Proyecto de psicología» (1950a), *AE*, 1, pág. 421, donde brindo mayores referencias en una nota al pie.]

ha hecho notorio en materia de relaciones con el presente (realidad) queremos después rebuscarlo también en la conciencia, y no tenemos derecho a asombrarnos si lo enorme que vimos bajo la lente de aumento del análisis lo encontramos después como un infusorio microscópico» (H. Sachs [1912, pág. 569]).

Para la necesidad práctica de juzgar el carácter del hombre, casi siempre bastan las obras y el credo expresado concientemente. Las obras, sobre todo, merecen ser situadas en la primera línea, pues muchos impulsos que han irrumpido hasta la conciencia son cancelados aún por poderes reales de la vida anímica antes de desembocar en las obras; e incluso muchas veces no tropiezan en su camino con ningún obstáculo psíquico porque el inconciente está seguro de que serán detenidos en otro lugar. Y en todo caso será instructivo tomar conocimiento del tan hozado suelo sobre el que se levantan, orgullosas, nuestras virtudes. La complicación de un carácter humano, dinámicamente movida en todas las direcciones, rarísima vez admite despacharse con una simple alternativa, como querría nuestra añeja doctrina moral.¹²

¿Y el valor del sueño para el conocimiento del futuro? Ni pensar en ello, naturalmente.¹³ Podríamos remplazarlo por esto otro: para el conocimiento del pasado. Pues del pasado brota el sueño en todo sentido. Aunque tampoco la vieja creencia de que el sueño nos enseña el futuro deja de tener algún contenido de verdad. En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido, nos traslada indudablemente al futuro; pero este futuro que al soñante le parece presente es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible.

¹² [Este tema es objeto de ulterior examen en «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (Freud, 1925i), AE, 19, págs. 133 y sigs.]

¹³ [Cf. *supra*, 4, pág. 32, n. 10. — En la edición de 1911, solamente, aparecía aquí la siguiente nota al pie: «El profesor Ernst Oppenheim, de Viena, me ha mostrado, sobre la base de material folklórico, que existe una clase de sueños respecto de los cuales tampoco el pueblo cree que signifiquen nada para el futuro, y que de manera enteramente correcta ha reconducido a mociones de deseo y necesidades que emergen durante el dormir. Próximamente publicará un informe detallado sobre estos sueños, referidos casi siempre como “historias cómicas”». — A comienzos de 1911, D. E. Oppenheim, profesor de una escuela secundaria de Viena y especialista en estudios clásicos, escribió en colaboración con Freud «Sueños en el folklore» (Freud, 1958a), AE, 12, págs. 177 y sigs. (cf. mi «Nota introductoria» a dicho trabajo, donde se encontrarán más pormenores). Oppenheim se convirtió poco más tarde en partidario de Adler y presentó su renuncia a la Sociedad Psicoanalítica de Viena, que lo contó entre sus miembros durante dos o tres años.]

Apéndice A. Una premonición onírica cumplida¹

La señora B., persona inteligente y aun provista de sentido crítico, cuenta a raíz de otra cosa, y en un contexto en modo alguno tendencioso, que una vez, hace muchos años, soñó que se encontraba con su viejo médico de cabecera y amigo, el doctor K., en la Kärntnerstrasse,² frente a la tienda de Hiess. A media mañana del día siguiente iba ella por esa calle y se encontró realmente con la persona nombrada, en el lugar donde lo tenía soñado. Hasta ahí el argumento. Hago notar que este asombroso encuentro no reveló su significación por ningún acontecimiento subsiguiente, vale decir, no se justifica por lo venidero.

Del examen hecho con miras al análisis resultó que ella no podía probar inequívocamente que hubiera recordado ese sueño por la mañana, tras la noche del sueño, antes de aquel paseo. Una prueba de esa índole habría sido poner el sueño por escrito o comunicarlo con anterioridad a su cumplimiento. La dama, más bien, hubo de convenir sin reparos en la siguiente descripción del estado de cosas, que me parece el más probable: Un día a media mañana fue de paseo por la Kärntnerstrasse, y frente a la tienda de Hiess se encontró con su viejo médico de cabecera. Cuando lo vio, le entró la convicción de que la noche última había soñado justa-

¹ [«Eine erfüllte Traumahnung». El manuscrito de este artículo está fechado el 10 de noviembre de 1899 —seis días después de haberse publicado *La interpretación de los sueños*—. En la misma carta a Fliess en que Freud anunciaba este acontecimiento (Freud, 1950a, Carta 123, del 5 de noviembre de 1899), señalaba que acababa de descubrir el origen y significado de los sueños premonitorios. El artículo fue publicado por primera vez en forma póstuma en *GW*, **17** (1941), pág. 21. — El mismo incidente fue objeto de un informe más breve en *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901b), *AE*, **6**, pág. 255. — En *La interpretación de los sueños* (1900a), el tema de los sueños premonitorios se toca *supra*, **4**, pág. 88, y **5**, pág. 608. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, **4**, pág. xiii y n. 6): 1955: «Una premonición onírica cumplida», *SR*, **21**, págs. 27-31, trad. de L. Rosenthal; 1967: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 369-72; 1972: Igual título, *BN* (9 vols.), **2**, págs. 753-4.}]

² [La principal arteria comercial en el centro de Viena.]

mente con ese encuentro en ese mismo lugar. De acuerdo con la regla aplicable a la interpretación de síntomas neuróticos, ese convencimiento tiene que tener sus razones. Su contenido admite una reínterpretación.

El pasado de la señora B. contiene la siguiente historia, en la que está implicado el doctor K. De joven, y sin su plena aquiescencia, la casaron con un hombre mayor, pero acaudalado; pocos años después, él perdió su fortuna, enfermó de tuberculosis y murió. La joven señora se mantuvo a sí misma y mantuvo al enfermo durante largos años dando lecciones de música. En la desgracia halló amigos; uno de ellos fue el doctor K., médico de cabecera, que se consagró al cuidado del marido y le allanó a ella el camino para tener sus primeros alumnos. Otro fue un abogado, también un doctor K., quien puso en orden los estragados asuntos del comerciante arruinado, pero asimismo requirió de amor a la joven señora e incluso —por primera y única vez— encendió en ella la pasión. De esta relación de amor no resultó una dicha consumada, pues los escrúpulos de su crianza y su manera de pensar le estorbaron a la esposa, y después a la viuda, la entrega. Dentro del mismo orden de cosas a que el sueño citado al comienzo concierne, cuenta la señora B. un hecho real de aquel tiempo desdichado, en que ella cree ver un encuentro milagroso. Estaba en su habitación, de hinojos en el suelo, la cabeza reclinada sobre un sillón, y sollozaba en apasionada añoranza de su amigo y protector, el abogado, cuando en ese mismo instante él abrió la puerta para hacerle una visita. Nosotros no hallamos nada de milagroso en esa coincidencia si reflexionamos en la asiduidad con que ella debe de haberle tenido en sus pensamientos y con que él la habrá visitado. Y en verdad, en todas las historias de amor hallamos esas como convenidas casualidades. Y bien, esa coincidencia es probablemente el genuino contenido de su sueño y el único fundamento de su convicción de que se le había cumplido.

Entre aquella escena, en que le fue concedido el deseo, y el sueño corrieron más de veinticinco años. La señora B., entretanto, quedó viuda de un segundo marido que le dejó un hijo y bienes. La vieja señora conservó un permanente apego a ese hombre, el doctor K., que ahora es su consejero y el administrador de sus bienes y a quien suele ver a menudo. Conjeturemos que en los días anteriores al sueño ella había esperado su visita, pero él —ya no le era tan apremiante como otrora— no vino. Es fácil entonces que a la noche haya tenido un sueño de añoranza que la trasportó hacia atrás, a tiempos idos. Sueña ahora, probablemente,

con una cita del tiempo de la pasión, y la cadena de los pensamientos oníricos retrocede hasta aquella vez en que sin haberlo convenido él llegó justamente en el instante en que lo añoraba. Tales sueños deben de ocurrirle ahora con frecuencia; son una parte del tardío castigo que le es deparado a la mujer por la crueldad que tuvo en su juventud. Pero en cuanto retoños de una corriente sofocada, y plenos de reminiscencias de las citas en que, desde su segundo matrimonio, ya no piensa de buena gana, tales sueños son apartados de nuevo tras el despertar. Eso habrá sucedido en el caso de nuestro sueño presuntamente profético. Ella sale entonces, y en un punto en sí indiferente de la Kärntnerstrasse se encuentra con su viejo médico de cabecera, el doctor K. No lo ve desde hace mucho tiempo, él está íntimamente enlazado con las excitaciones de aquel período dichoso-desdichado, fue también un protector y, tenemos derecho a conjeturarlo, es en los pensamientos y quizá también en los sueños de la señora B. una persona-pantalla tras la que se esconde la del otro doctor K., el más amado. Y ese encuentro revive ahora el recuerdo del sueño. Debíó de decirse en su interior: «Y justo, hoy mismo he soñado que tenía mi cita con el doctor K.». Pero este recuerdo tuvo que soportar la misma desfiguración de la que el sueño sólo se ha sustraído porque ni siquiera se conservó en el recuerdo. A cambio del K. amado se desliza el K. indiferente, que trae el recuerdo del sueño; el contenido del sueño —la cita— se trasfiere a la creencia de que ella ha soñado con este lugar preciso, pues una cita consiste en que dos personas llegan al mismo tiempo a un determinado lugar. Y si después se instala la impresión de que un sueño se ha cumplido, con esto no se hace sino dar curso al recuerdo de que en aquella escena, cuando ansiaba llorosa su presencia, su añoranza realmente se le cumplió al punto.

Así, la creación onírica hecha con posterioridad, la única que posibilita al sueño profético, no es tampoco otra cosa que una forma de la actividad de censura, que permite al sueño irrumpir en la conciencia.

10 Nov. 99